

V R E U G D E N H I L

HISTORIA BIBLICA PARA LA JUVENTUD

TOMO I



J. Vreugdenhil

HISTORIA BÍBLICA

PARA

LA JUVENTUD

ANTIGUO TESTAMENTO

– TOMO I –



Editorial CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

HISTORIAS BÍBLICAS PARA LA JUVENTUD
Tomo I

© W.M. Den Hertog

Traductor: Valentín Muñoz Maillo

Depósito Legal: B. 32.667-1994
ISBN 84-7645-761-8 Obra completa
ISBN 84-7645-762-6 Tomo I

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 2.910 SE –Polígono Industrial Can Trias,
c/Ramón Llull, s/n– 08232 VILADECALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 28 JÓVENES
C.T.C. 04-28-2000-08

Referencia: 22.37.79

Índice

	<i>Prólogo</i>	7
1	<i>La creación</i>	9
2	<i>Adán y Eva</i>	15
3	<i>La desobediencia</i>	20
4	<i>Caín y Abel</i>	27
5	<i>El primer mundo</i>	33
6	<i>El diluvio</i>	38
7	<i>Después del diluvio</i>	44
8	<i>La vocación de Abram</i>	51
9	<i>Abram y Lot</i>	56
10	<i>Pacto de Jehová con Abram y nacimiento de Ismael</i>	63
11	<i>En el encinar de Mamre</i>	68
12	<i>La destrucción de Sodoma y Gomorra</i>	74
13	<i>Isaac e Ismael</i>	81
14	<i>El sacrificio de Isaac</i>	87
15	<i>El matrimonio de Isaac</i>	93
16	<i>Jacob y Esau</i>	100
17	<i>Obteniendo la bendición</i>	105
18	<i>Jacob y Labán</i>	111
19	<i>De vuelta a Canaán</i>	117
20	<i>José vendido como esclavo</i>	124
21	<i>José con Potifar y en la cárcel</i>	130
22	<i>José gobernador de Egipto</i>	137

23	<i>José vuelve a ver a sus hermanos</i>	142
24	<i>Yo soy José</i>	148
25	<i>Un encuentro feliz</i>	155
26	<i>Mi siervo Job</i>	164
27	<i>Israel oprimido</i>	173
28	<i>Moisés</i>	179
29	<i>Vocación de Moisés</i>	186
30	<i>Moisés y Faraón</i>	193
31	<i>Las plagas de Egipto</i>	199
32	<i>Las plagas de Egipto (continuación)</i>	208
33	<i>Por fin liberados</i>	216
34	<i>Por el mar Rojo</i>	224
35	<i>Caminando</i>	232
36	<i>Los diez mandamientos</i>	241
37	<i>El becerro de oro</i>	247

Prólogo a la Segunda Edición

Hace más de veinte años que mi amigo (ya con el Señor) Cornelio Neeser, de Holanda, me pedía si yo podría ayudarle en la corrección de una Historia Bíblica que estaba traduciendo, con el fin de ponerla en un lenguaje «llano», y no con el suyo tan académico. Naturalmente, le dije que sí sin saber todo el alcance que ello tendría, y allí comenzó una obra estupenda que, durante todos estos años, ha ido distribuyéndose gratuitamente en las iglesias evangélicas españolas, primero en fascículos del Nuevo Testamento y después en una edición en tres tomos del Nuevo Testamento y en cuatro del Antiguo, traducidos estos últimos por Federico Van Holten y Valentín Muñoz Maíllo.

Agotadas las ediciones anteriores, que como digo fueron distribuidas gratuitamente gracias al patrocinio de la «Fundación Misión Evangélica para España», de Holanda, me encuentro nuevamente sumergido en la reedición de esta obra, por el llamamiento recibido de mi buen amigo David Muniesa, pero ahora con la intención de hacer una seria revisión de la obra editada —cosa que hemos hecho— y con la idea de incluirla en el catálogo de Editorial CLIE para, siguiendo con la colaboración de la «Fundación Misión Evangélica para España», poder ofrecer la obra a un bajo precio y que pueda estar al alcance de todos los que estén interesados en ella, que quizás sea más apreciada que cuando se ha tratado de una donación sin costo alguno.

En lo que se refiere a la presente edición, y a la del Nuevo Testamento que se hará más adelante, se ha mejorado la impresión del texto, y con las portadas a todo color ha adquirido una presentación más atractiva, habiendo respetado los dibujos de la edición original holandesa, ya que con ellos se mantiene el carácter de esta obra clásica en los hogares evangélicos holandeses.

Como decía en el Prólogo a la primera edición, el material es muy útil para la evangelización, así como para clases de estudio bíblico, por lo que no debe faltar en ninguna biblioteca de iglesia y, a ser posible, en los hogares de creyentes y de recién convertidos, ya que por su sencillez es asequible a quienes comienzan su andadura cristiana, y pueden así acceder a historias que, de otra forma, les sería difícil entender.

Agradezco, pues, esta nueva oportunidad de entrar en contacto con los lectores de España y América latina, y me ofrezco para, como en ocasiones anteriores, contestar a las preguntas que muchas veces me han hecho sobre temas religiosos que en el libro se tratan.

Espero que los lectores comprenderán que no se publique todo el contenido del Antiguo Testamento, ya que la edición se ha limitado a lo que podríamos llamar «historias», por lo que no figuran en ella ni los libros poéticos, ni los proféticos, a excepción de un breve atisbo del libro de Job, pero sí que hay un tratamiento muy interesante de los libros de Moisés y los puramente históricos, aunque el contenido de esas historias, por ser reales, sea un poco duro.

Deseo, pues, que os sea de bendición y ayuda su lectura.

ADOLFO DE SILVA

Escriban a:

BIBLIOTECAS

Att. D. Adolfo de Silva

Apartado 333

08220 TERRASSA (Barcelona) España

Capítulo 1

LA CREACIÓN

Génesis 1:1-25

Un tren rápido atraviesa la llanura a gran velocidad y una larga cadena de vagones es arrastrada por una sola locomotora; sus ruedas se deslizan rápidamente sobre los raíles de acero. Las espigas de trigo, tan amarillas, al lado de la vía, se inclinan profundamente por la fuerza aspiradora del tren. Atravesar un río o un barranco en su recorrido no tiene dificultades, pues un fuerte puente de hierro une las dos orillas y con gran estrépito el tren pasa sobre él. Si se acerca a una estación, con un chirriar de los frenos, reduce la velocidad visiblemente y con un golpe seco el coloso se detiene en el lugar exacto.

Muy alto, en el cielo, un avión vuela dejando oír el estruendo de sus motores y los rayos del sol le hacen resplandecer como un ave de plata. Los potentes motores propulsan a aquella ave metálica con una velocidad impresionante.

Cientos de miles de pasajeros, miles de kilos de correo y otras mercancías son transportadas de esta manera de un país a otro en un mínimo de tiempo.

Sobre los inmensos océanos surcan sus aguas grandes buques que parecen castillos flotantes, impulsados por enormes hélices que desplazan las aguas con remolinos y espuma. Cortan las olas de los mares en todas las direcciones, desde el este hasta el oeste, desde el norte hasta el sur.

Tales trenes, aviones o buques, todos han sido construidos por el hombre. Cuán inteligente es el hombre, ¿verdad?

Los muebles de gran estilo, las grandes casas, las altas torres son construidas por el hombre. En todas partes hay fábricas con grandes máquinas que fabrican toda clase de cosas, desde las más sencillas hasta las más sofisticadas.

Los automóviles se deslizan por las carreteras a gran velocidad; tranvías y autobuses llenan las calles con sus estridentes ruidos. Cuando vemos todo esto estamos tentados a decir: —«Los hombres pueden hacerlo todo.»— ¿Todo? ¿Es posible que los hombres puedan hacerlo todo?

Cuando miramos las pequeñas flores que crecen junto a la vía férrea y que se inclinan al paso del tren, pensamos... «¿Es posible que puedan crearlas los hombres?» Mentalmente escucho vuestra respuesta: —«No, no pueden hacerlo todo.»

Las margaritas que florecen a millares entre la hierba, las rosas con sus agradables perfumes, los árboles con sus hojas, las cañas con sus alargadas hojas temblando a orillas de los ríos, ¿serán también obra de los hombres? De nuevo os veo mover la cabeza en sentido negativo. Pero... ¿por qué razón? Si son capaces de construir trenes gigantes, ¿no podrían crear esas sencillas flores? No. Con toda su inteligencia, con todas sus grandes fábricas no pueden hacer ni una sola flor. Y... ¿sabéis por qué razón les es imposible? Todo lo que los hombres crean es muerte, son cosas inanimadas, muertas, sin embargo esas florecillas tienen vida. La «vida», ni aun los mayores sabios del mundo la pueden dar. Es únicamente obra de Dios. La gigantesca locomotora es una cosa inanimada; si la dejan en la vía allí quedará bajo los ardientes rayos del sol o soportando la lluvia o las heladas; está muerta y muerta quedará, no sufre ninguna alteración. Pero aquella pequeña flor vive, si el tiempo es seco bajará sus hojas como si estuviera pidiendo agua y cuando viene la lluvia levanta sus hojas como si quisiera mostrar su agradecimiento. Cuando llega la noche cierra sus hermosas flores como si deseara protegerlas del frío nocturno. Estas florecillas, jóvenes, son una maravilla más grande que todas las locomotoras, aviones y buques del mundo entero. Estas flores, como las amapolas, las margaritas, las rosas, son

obra de Dios. ¡Qué hermosas son las obras de Dios en la naturaleza! Mucho más hermosas de lo que pensamos a primera vista.

Pero estas flores, árboles, cañas, etc., no han existido siempre. Hubo una época en que no había nada, ni árboles, ni plantas, ni flores, absolutamente nada. Ni siquiera la tierra existía.

Hace muchos miles de años el Señor lo creó todo.

Cuando los hombres desean construir un tren, necesitan hierro, madera, vidrio y muchos materiales más. Pero cuando Dios hizo su creación no le hizo falta nada. Por ello decimos que Dios lo creó todo de la «nada».



Dios formó las montañas y los valles

En la Biblia, es decir, en la Palabra de Dios, la hermosa historia de la creación está en la primera página. Leed vosotros mismos cómo empieza la Biblia: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra.»

Dios quería que los cielos fuesen y entonces los cielos fueron; Dios quería que fuese la tierra y entonces surgió la tierra, de una manera espontánea. Es maravilloso, ¿verdad?

De esta forma Dios ha creado los inmensos cielos, donde hay millones de ángeles y millones de estrellas.

De igual manera creó la tierra, esta tierra donde vivimos nosotros. En el principio no había plantas, ni árboles, ni aves, ni animales. La tierra estaba desordenada y vacía, había oscuridad y frialdad. Pero, afortunadamente, no quedó así, Dios la transformó. El Señor dijo: —«Sea la luz»— y de pronto se abrieron los cielos y la luz resplandeció iluminando toda la tierra. El Señor llamó a la luz Día y a la oscuridad Noche.

A la mañana siguiente, el segundo día, la luz reapareció y en este segundo día el Señor creó las nubes que flotan en los cielos y el viento que respiramos. Tal vez ya sabéis que el segundo día, Dios creó los cielos, es decir, la atmósfera. Y de nuevo la luz fue cambiada por la oscuridad. El tercer día, Dios creó los grandes mares y las altas montañas. ¿Habéis estado alguna vez a la orilla del mar? Hasta donde nos alcanza la vista todo es agua. Los trasatlánticos deben navegar días y días para cruzar los océanos. ¿Habéis visto las montañas? Hay montañas altísimas.

En este mismo día el Señor creó la hierba, las plantas y los árboles, Él dijo Su Palabra y fueron.

Qué bello aspecto tendría entonces la tierra y qué aspecto más bello ofrecerían las margaritas y las amapolas entre la hierba verde. También a la orden de Dios surgieron los árboles de la tierra y en las ramas de aquellos árboles crecieron las más deliciosas frutas: Manzanas, peras, ciruelas, etc. ¡Cuán poderoso es el Señor! ¿Verdad?

Es verdad que los hombres también pueden hacer flores, quizás las hayáis visto en los comercios, pero, en este caso, las flores son artificiales, son de tela, papel o plástico. Estas flores artificiales no necesitan agua, porque están muertas, pero el

Señor creó las flores naturales, flores que viven y crecen y esto no pueden hacerlo los hombres.

El cuarto día el Señor creó el sol, la luna y las estrellas; desde ahora el sol alumbraría y calentaría la tierra. Al salir el sol se hace la luz y cuando a la tarde el sol se pone vuelve la oscuridad. A veces sucede que la oscura noche es iluminada un poco por la Luna. Dios también ha creado las estrellas, cuando hay oscuridad las podéis ver muy bien. Es posible que alguna noche las hayáis estado contemplando y hasta es posible que hayáis tratado de contarlas, pero habréis comprobado que es imposible contarlas.

Qué belleza ver la puesta del sol; a veces hay nubes rojizas que engrandecen la belleza del ocaso. Cuando el sol se puso terminó el cuarto día.

El quinto día el Señor creó las aves del cielo y los peces del mar. De pronto, entre las ramas de los árboles, voló un pájaro seguido de otro y otro... Una golondrina pasa surcando el aire, y un cuco canta en la lejanía... ¿De dónde vienen estas aves? El Señor las ha creado. Ved el agua donde nadan toda clase de peces, grandes y pequeños; aquí un grupo de carpas, allí otro de lucios, también las colosales ballenas han sido creadas por el Señor.

Al ponerse el sol, cuando llegó la noche, todas las aves volaron a los árboles buscando una ramita donde posarse y colocando sus cabecitas entre las plumas se durmieron. Ha pasado el quinto día.

El sexto día el Señor ha creado todos los diferentes animales de sobre la tierra. Aparece un rebaño de ovejas pastando sobre la verde hierba, una manada de vacas reposa bajo la sombra de los árboles, más allá un león se pasea, pero ¿no ataca el león a las vacas ni a las ovejas? No, entonces no. Momentos después el león y las ovejas están acostados pacíficamente sobre la hierba. Por los árboles reptan grandes serpientes. Diligentes abejas van de flor en flor en busca de polen para fabricar miel. La tierra era muy hermosa, no había hojas secas ni muertas en los árboles, las rosas florecían y perfumaban todo con su aroma, las aves cantaban, las ovejas retozaban en los prados. Todo era alegría y felicidad. Toda la creación cantó, jugó y exultó en honor de Dios que lo había hecho todo.

Después de haber creado el Señor todas estas cosas, vio el Señor que todo aquello era bueno, en gran manera bueno, no faltaba nada. Luego el Señor reposó el séptimo día. No porque el Señor estuviese cansado, no, el Señor no se cansa, Dios reposó habiéndolo creado todo según su voluntad.

El Señor ha trabajado durante seis días y el séptimo reposó. Por esta razón nosotros, los hombres, debemos también trabajar seis días y el domingo debemos reposar. Actualmente la mayoría de la gente no trabaja tampoco el sábado y este día no tenemos que asistir a la escuela, el padre trabaja en el jardín o haciendo cosas en casa. Si hace buen tiempo hay la posibilidad de hacer alguna excursión en bicicleta o en automóvil, todo ello es muy agradable.

Sin embargo, es deplorable que hoy mucha gente se sirve del domingo para hacer excursiones, deportes, diversiones, pero el Señor no nos ha dado el domingo para este fin. El día del Señor, es decir el domingo, hay en las calles y carreteras más tráfico que cualquier día de la semana. Así no se puede disfrutar de Su bendición. El domingo tenemos la oportunidad de ir a la Iglesia, lo cual es un privilegio. De esta forma podemos escuchar la Palabra de Dios, la predicación del Evangelio. Podemos pedir al Señor que nos dé un corazón nuevo; ¿lo pedís vosotros?

Capítulo 2

ADÁN Y EVA

Génesis 1:26-31

Génesis 2

Quizás habéis pensado que en el primer capítulo se me olvidó algo. En él se describió que Dios creó el cielo y la tierra, la luz y las nubes, las montañas y los mares, los árboles y las plantas, el sol, la luna y las estrellas, las aves y los peces y, finalmente, los diferentes animales terrestres. Entonces podríamos preguntarnos: ¿Cómo y por quién fueron creados los primeros hombres?

Es lo que os contaré seguidamente.

Al final casi del sexto día el Señor creó al hombre. Cuando Dios creó todas las cosas narradas, Él habló y por Su Palabra poderosa surgieron inmediatamente todas las cosas que Dios quiso. En cambio, cuando el Señor crea al hombre, no se limita solamente a hablar; vamos a leer lo que nos dice la Biblia: «Y Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra y alentó en su nariz sopro de vida; y fue el hombre un alma viviente.» ¿Entendéis lo que quiere decir?

El Señor formó de la tierra el cuerpo del hombre, pero aquel cuerpo estaba inánime, es decir, no había vida en él. Sucedió algo maravilloso, cuando el Señor alentó en las narices de aquel cuerpo el sopro de vida y entonces, aquel cuerpo de tierra comenzó a vivir. Aquella tierra se transformó en carne y

huesos. Qué poderoso es el Señor, ¿verdad? Lo que los hombres no pueden hacer para Dios sí es posible.

Por este hecho podemos darnos cuenta que el Señor es Todopoderoso. Cuando Dios alentó el «soplo de vida» en las narices de aquel cuerpo, el alma entró en él. De esta forma creó Dios al primer hombre y le dio un nombre, el cual podemos leer en la Biblia: Se llamó Adán.

Adán, pues, quedó formado de alma y cuerpo. No ocurre lo mismo con los animales, éstos no tienen alma y cuando mueren son enterrados y quedan por siempre muertos; en cambio, cuando el hombre muere, su cuerpo es sepultado, pero su alma sigue viviendo para siempre. Tal vez os sea difícil de entender, pero ya lo comprenderéis, aunque sabéis muy bien que si muere un amigo o compañero vuestro, su alma va al cielo o al infierno. Si ha nacido de nuevo indudablemente va al cielo ¿verdad? De lo contrario irá al infierno, lo cual es terrible. ¿Habéis pensado qué ocurrirá cuando muráis vosotros? Sólo hay dos posibilidades, el cielo o el infierno.

Ésta es la gran diferencia entre el hombre y el animal.

Cuando el Señor creó a Adán, éste era perfecto, vivía como un santo y sin pecado; Adán era el rey de la creación, todos los animales creados por el Señor le estaban sujetos.

Pero ¿vagaba Adán recorriendo toda la tierra? No, el Señor creó un jardín muy hermoso, en el cual había gran cantidad de árboles frutales y en este jardín vivía y se paseaba Adán. Este jardín se llamaba El Paraíso.

¿Sabéis qué tuvo que hacer Adán? Dios le ordenó que pusiera nombre a todos los animales. Se acerca a Adán un gran animal, no teme, Adán no tenía miedo a los animales. Puso la mano sobre este animal diciendo: —tendrás un nombre hermoso, te llamarás «león», a otro llamó «perro». ¿Por qué puso Adán tal nombre a cada animal? No lo sabemos. Es posible que vuestros padres os hayan contado esta historia cuando erais pequeños. Sin embargo, Adán puso el nombre a cada animal por una razón; a cada animal puso nombre según su naturaleza. De esta forma Adán dio nombre a todos los animales; caballos, vacas, ovejas, todos vinieron a Adán. ¡Cuán inteligente era! ¿Verdad?



Adán poniendo nombre a los animales

Sin embargo, Adán estaba solo, pero por poco tiempo ya que el Señor dijo:

—No es bueno que el hombre esté solo; haré ayuda idónea para él, y ¿sabéis lo que sucedió? Adán cayó en un profundo sueño, el Señor le hizo dormir «a pierna suelta» de forma que no pudiese notar nada y mientras él dormía plácidamente sobre la hierba, el Señor hizo de una costilla de Adán a otra persona, una mujer.

Cuando Adán despertó Dios le entregó a aquella mujer, que ahora era su mujer; en el futuro vivirían juntos y discutirían todas las cosas. Es seguro que Adán se alegraría grandemente, puesto que ya no estaría solo, sino que su mujer estaría siempre con él ayudándole en todo. También puso nombre a su mujer y la llamó «Varona», nombre que más tarde cambiaría por «Eva».

Juntos paseaban por aquel hermoso jardín y cantaban con alegría. Vosotros, después de un día agitado, estáis cansados

y sin embargo, Adán y Eva no se cansaban nunca. Quizás, alguna vez, habéis estado enfermos, pero ellos nunca estaban enfermos; tal vez habéis tenido dolor de cabeza o de muelas, sin embargo Adán y Eva no sabían lo que era un dolor de cabeza o de muelas, ellos no conocían el dolor.

Es posible que cuando llega la oscura noche tengáis miedo, sin embargo, cuando se hacía de noche en el Paraíso Adán y Eva no tenían miedo. Tal vez cuando hay tormenta os asuntan los truenos; cuando truena es el Señor quien habla, escuchamos la voz de Dios desde las nubes, pero ya no podemos entender la voz de Dios. Adán y Eva no tenían miedo cuando el Señor hablaba y podían entender Su voz. Diariamente vivían en la presencia del Señor pues tenían una relación amistosa con el Señor.

Ahora debemos trabajar el día entero, trabajar mucho para conseguir el dinero suficiente para poder vivir, alimentarnos, vestirnos, pero Adán y Eva no necesitaban vestidos, estaban desnudos y ello no les reportaba ninguna molestia; no tenían que adquirir víveres, porque cuando tenían hambre podían coger las frutas más deliciosas de los árboles y comerlas.

De todos los árboles podían comer a excepción de un solo árbol. En el Paraíso se hallaba un árbol del cual les estaba prohibido comer. El Señor se lo había prohibido. Este árbol se llamaba «El árbol de la ciencia del bien y del mal». El Señor le dijo a Adán:

-De todos los árboles que hay en este jardín hermoso podrás comer, mas de este árbol no comerás.

Esto no significaba ningún problema ya que en el Paraíso había muchísimos árboles de los cuales podían comer.

¿Sabéis por qué razón el Señor no quería que comieran de este árbol? Adán y su mujer debían obedecer al Señor. Si vuestros padres os prohíben algo es natural que tratéis de obedecerlos.

El Señor hizo un Pacto con Adán, dijo:

-Si no comieres la fruta de este árbol podrás seguir viviendo en el Paraíso y en el futuro haré que no puedas ser desobediente. Mas si comieres de él y no me escuchares, morirás.

Este Pacto se llamó «Pacto de las obras».

Adán podía merecer la vida eterna, cosa que ya no podremos hacer nosotros. Poco después, Adán cuenta todo esto a su mujer, Eva, diciéndole que ella tampoco podía comer de aquel árbol; de esta forma Eva estaba también al corriente.

Adán y Eva eran muy felices en aquella época.

Capítulo 3

LA DESOBEDIENCIA

Génesis 3

Después de crear el Cielo y la Tierra Dios reposó el séptimo día; la Biblia dice: «Y Dios vio todo lo que había creado y he aquí todo era muy bueno.»

La creación entera estaba exultante y cantando en honor de Dios. En los cielos había miles de ángeles que con sus cantos rendían honores al Señor alabándole en gran manera. Todos los diferentes animales de la tierra vivían en paz, engrandeciendo a Dios, cada uno a su propia manera.

¿Y ahora? ¡Cuánto dolor y miseria hay en este mundo! Adultos y niños que deben guardar cama debido a la enfermedad y por todas partes hay grandes hospitales que nos hablan de los grandes sufrimientos humanos. Muchas personas han perdido la razón y están internadas en manicomios. Los animales ya no viven en paz entre sí, sino que se matan y se comen. Los leones y los tigres matan a las ovejas y a las vacas para comerlas. ¿Habéis oído el chillido del ratón cuando es atrapado por el gato? Terrible, ¿verdad? ¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿De dónde han venido todos estos dolores y miserias?

No, jóvenes, la tierra no permaneció por mucho tiempo tal cual había salido de las manos del Señor. Sucedió algo terrible, algo demasiado grave, casi ni se podría contar. Pero escuchad con atención.

Sabéis que en los cielos vivían miles de ángeles que alababan al Señor. Pero, un ángel, el principal, no estaba muy satisfecho y se negó a obedecer a Dios, fue algo indigno de aquel ángel, pero ¿sabéis qué fue aún más terrible? Miles de ángeles se unieron al ejemplo de aquel ángel y no quisieron obedecer al Señor. Entonces el Señor los arrojó de los cielos; no podían permanecer por más tiempo allí aquellos ángeles desobedientes. Estos ángeles, buenos en su origen, se convirtieron en diablos. Afortunadamente no todos los ángeles fueron desobedientes. No, miles de ángeles siguieron obedeciendo al Señor y sirviéndole y éstos quedaron en los cielos.

Cuando el principal ángel desobediente fue arrojado desde el cielo sobre la tierra, vio a Adán y Eva que eran felices y esto no lo podía soportar y pensaba: «Trataré de seducir a esta feliz pareja humana para que también sean desobedientes al Señor.»

¿Sabéis lo que hizo el diablo? Se sirvió de una serpiente que iba arrastrándose por las ramas de un árbol. Cuando Eva paseaba por el Paraíso aquella serpiente comenzó a hablar. ¿Cómo pudo ser así? Seguro que estáis pensando: «Una serpiente no puede hablar.» Tenéis razón, una serpiente no puede hablar, era el diablo quien estaba hablando por medio de ella.

De pronto preguntó a Eva:

–¿Así que Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?

Podéis imaginaros la sorpresa de Eva cuando oyó hablar a la serpiente. Eva no debía haber escuchado tal voz, debería haber ordenado a la serpiente callar, debería haber preguntado al Señor qué es lo que significaba aquello y entonces Dios le hubiera revelado lo que sucedía. Es una lástima que Eva no lo hiciese. Fue curiosa, escuchó, contestó y eso la perdió.

–No –respondió ella– tenemos permiso para comer de todos los árboles, excepto de un solo árbol.

El diablo agravó la situación más de lo que estaba, siempre actúa así, jóvenes. ¿Sabéis lo que os hace creer? Si veis la buena suerte de los hijos de Dios y tenéis envidia de ellos, entonces os hace creer que a vosotros no os es lícito reír o jugar, ni hacer otras cosas. Pero no es verdad, claro que podéis reír y jugar.

¿Sabéis qué es lo que está prohibido? El ser malos, el pecar

contra el Señor, eso nunca debéis hacerlo. Si el diablo os dice que Dios prohíbe las sanas alegrías, es una mentira diabólica.

El diablo mintió también a Eva, oíd:

–Come libremente de ese árbol –dice a Eva–, está permitido. El Señor ha dicho que está prohibido y que moriréis caso de hacerlo, pero no tengáis miedo. Os digo que no moriréis sino que seréis igual al Señor. Probadlo y ya veréis como es verdad.

Eva hubiera debido contestar:

–No, no lo hago, no puedo hacerlo porque es el Señor quien lo ha prohibido. Quiero obedecer al Señor.

Pero Eva no lo dijo. Escuchó atentamente y entre tanto se le ocurrió pensar que podía ser verdad este dicho de la serpiente. Comenzó a dudar.

Se acerca al árbol, lo mira atentamente, le parece que las frutas del árbol tienen un aspecto delicioso, tal vez, sería bueno probarlas y si... Además se vuelve igual que Dios... Alarga la mano, coge una fruta y la come.

A pesar de la prohibición, ¡qué gran desobediencia la de Eva!

En seguida que comió la fruta sintió que había sido engañada ya que un gran temor se apoderó de ella. Con una furtiva mirada observó si alguien la había visto. No deseaba seguir sola, el silencio y la soledad la aterraban. En seguida buscó a Adán. Sintió lo que había hecho: había violado la orden del Señor, no había querido escuchar al Señor. Había creído que el Señor le había mentado. Tremendo, jóvenes, ¿cómo pudo Eva pensar todo esto?

De pronto encontró a Adán y le dio la fruta prohibida. Adán sabía que era una fruta del árbol prohibido, hasta es posible que la misma Eva se lo dijera. ¿Qué haría Adán? ¿Rehusaría diciendo: «No, mujer, no como de esa fruta, porque el Señor me lo ha prohibido y quiero obedecer al Señor»?

Ojalá hubiera sido así. Pero Adán no rehusó, pese a saber que era fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, la aceptó de Eva y... la comió.

Así, pues, Adán fue también desobediente, pues hizo lo que le estaba prohibido. En ese momento también Adán tuvo miedo y angustia.

De pronto, los dos descubrieron que estaban desnudos; hasta ahora su desnudez no les había causado molestias, ahora sí. Por su desobediencia conocieron su desnudez. Cogieron grandes hojas de una higuera, haciendo delantales con ellas y se las pusieron.

De repente tanto Adán como Eva se asustaron al escuchar la voz de Dios hablando por entre los árboles. Los dos se escondieron detrás de unos arbustos para que el Señor no les encontrase, ahora tenían miedo del Señor.

A veces cuando os dais cuenta que habéis hecho alguna cosa mala también tenéis miedo de vuestros padres, ¿verdad?

El Señor sabía muy bien dónde estaban escondidos Adán y Eva, Él lo sabe todo. No obstante llamó a Adán, escuchad:

—¿Dónde estás tú?

Oyendo Adán que el Señor le llamaba no osó permanecer más tiempo escondido y temblando se puso en la presencia del Señor. No sabía qué decir y por eso dijo:

—Me daba vergüenza estar desnudo y por eso me escondí.

El Señor contestó:

—¿Quién te ha dicho que estás desnudo? ¿Has comido del árbol de la ciencia del bien y del mal?

En lugar de decir Adán honestamente lo que había hecho, le echó la culpa a su mujer Eva. ¿No hacéis vosotros también esto muchas veces?

Cuando habéis hecho algo malo en casa o en el colegio y se descubre, pronto tratáis de decir: «Él lo ha hecho.» Esto no es honrado, es de cobardes. Decid siempre la verdad.

De la misma forma hizo Adán, escuchadle:

—La mujer que me diste, me dio un fruto de aquel árbol prohibido y entonces yo comí. No es culpa mía.

Esto no era la verdad, sino que Adán era tan culpable como Eva, porque él sabía muy bien lo que hacía.

Entonces el Señor preguntó a Eva:

—¿Por qué razón lo hiciste? ¿Por qué has comido de aquel árbol? ¿No os lo había prohibido?

—No fue culpa mía —respondió Eva temblando— aquella serpiente tiene la culpa. Me ha engañado. ¿Habéis oído? Eva también echó la culpa a otro.



Adán y Eva arrojados del Paraíso

En seguida el Señor condenó a la serpiente y al diablo que habló por ella.

—Por cuanto esto hiciste —sonó de la boca del Señor— maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los días de tu vida.

Y el Señor dijo al diablo:

—Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar.

¿Sabéis lo que significa esto, jóvenes? Allí, en el Paraíso, Dios ya prometió que vendría el Señor Jesús y Él sería muy obediente a Dios. Adán y Eva habían sido desobedientes, deberían ser castigados, habían merecido caer en el infierno eternamente. Ahora pues, vendría el Señor Jesús y Él voluntariamente llevaría el castigo que habían merecido por su pecado contra Dios. Ellos habían merecido la muerte, pero el Señor Jesús moriría por ellos en la maldita muerte de cruz. Porque el Señor Jesús sería castigado en lugar de Adán y Eva, por ello, Dios perdona el mal a Adán y Eva otorgándoles la posibilidad de entrar en el cielo. Serían bienaventurados por gracia.

Esto se llama: «El Pacto de Gracia». Este Pacto no es solamente para Adán y Eva, sino también para todos los hijos de Dios.

También a veces sentís que habéis hecho mal ¿verdad? Cuando seáis convertidos por el Señor y recibáis un corazón nuevo, también entonces obtendréis los beneficios conseguidos por el Señor Jesús. Pedidlo sin cesar, pedid al Señor que os dé un corazón nuevo.

Las consecuencias de la desobediencia fueron terribles para Adán y Eva. Y no solamente para ellos, sino también para todos sus descendientes. El Señor dijo: «El día que comieres del árbol, morirás.» Después de pecar murieron en el sentido espiritual, esto conllevaba que ya de por sí no amaban al Señor, sino que estaban inclinados a odiar a Dios. Sin embargo, Adán y Eva recibieron un corazón nuevo del Señor, Adán y Eva tendrían que morir físicamente, no de inmediato, porque aún vivieron muchos años antes de que les llegara la muerte.

También para vosotros llegará ese día y moriréis. ¿Podréis ese día presentaros ante Dios? Si estáis inconversos será terrible. Sin embargo, no será terrible para aquellos que han recibido un corazón nuevo, porque ellos estarán en el cielo para siempre con el Señor y allí ya no habrá más dolor ni llanto.

Adán y Eva no pudieron seguir viviendo en el Paraíso, fueron echados de aquel hermoso jardín. Fue una gran desgracia.

Pero... ¿No podrían Adán y Eva entrar allí secretamente cuando nadie los viera? No, porque a la entrada se pondrían ángeles con una espada de fuego, de tal forma que jamás pudieran volver a entrar allí.

Un cambio se produjo. El pecado se había declarado en el mundo y todo lo trastocó; ahora la maldición reposa sobre todo lo que Dios creó. Los animales se devoran unos a otros y Adán y Eva tienen que trabajar mucho; siembran trigo, plantan viñas y entre ellos crecerán los cardos y los espinos con sus agudas púas que se llenan de «callos» y heridas hasta sangrar.

Por esta razón, jóvenes, ha sido por la que han venido a este mundo tantas penas y miserias, tantas enfermedades, tantas lágrimas, todo por causa del pecado.

Los dos salen del Paraíso, tienen que abandonarlo, salen fuera. Tal vez han salido llorando, pero... Ha sido suya la culpa, ellos lo han querido así, el Señor ya les había advertido.

Capítulo 4

CAÍN Y ABEL

Génesis 4:1-15

En medio del campo hay un joven sentado en la hierba y a poca distancia pasta un rebaño de ovejas; el joven cuida del rebaño; si una oveja se aleja se levanta y acude a por ella, no las dejará alejarse para que no sean presa de algún león u otra fiera. No mucho más lejos, otro joven cuida de la tierra; quizás ha sembrado trigo o avena; tal vez ha plantado una viña, está arrancando las malas hierbas, las espinas, los cardos. De vez en cuando deja por un momento el trabajo y se seca el sudor que corre por su frente; a veces, descansa un momento mirando a su alrededor, al cielo azul en el que pequeñas nubes están flotando, a los árboles cercanos, a las ovejas en la lejanía. Después se agacha y sigue su trabajo con mucho celo.

¿Quiénes son estos dos jóvenes? ¿Quién es el pastor sentado sobre la hierba y el labrador que trabaja afanosamente?

Adán y Eva fueron arrojados del hermoso Paraíso, como castigo por su desobediencia. Si no hubieran escuchado al diablo, si no hubieran comido del árbol prohibido, si hubieran escuchado al Señor, si hubieran..., si hubieran... ¡Demasiado tarde! Habían violado la orden del Señor y ahora sufren su castigo. ¡Cuán triste debe haber sido para Adán y Eva!

Es verdad que ellos sabían que el Señor les había perdonado aquel pecado, sabían y tenían fe de que el Señor Jesús vendría

para ellos y se encargaría de pagar por sus pecados, pero, no obstante, tenían una gran aflicción, recordaban la diaria compañía con Dios y las consecuencias del pecado.

Ahora Adán tenía que trabajar durante el día entero, desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche; cuando volvía a casa por la noche estaba rendido, le dolía la espalda de tanto tener que agacharse para arrancar las molestas espinas y cardos. Tenía las manos cubiertas de rasguños causados por las agudas espinas. Añoraba el tiempo pasado en el Paraíso, cuando nunca estaba cansado, ni tenía dolor, ni siquiera conocía entonces el dolor, pero, ¿sabéis qué era aún más doloroso para él? Que era precisamente por su propia culpa que ahora tenía que trabajar duramente.

Pasado algún tiempo Adán y Eva tuvieron hijos. Llamaron Caín a su primogénito y cuando Caín tuvo un hermano, éste fue llamado Abel. Ahora Eva tenía también muchas ocupaciones para cuidar a sus hijos; cuando éstos aprendieron a andar tenía que tener cuidado para que no se perdiesen o no les ocurriese alguna desgracia. Cuando los niños estaban acostados durmiendo plácidamente, Eva también se encontraba cansada y añoraba el tiempo cuando vivían en el Paraíso, y se encontraba tan apenada como Adán. Los dos sentados hablaban de aquel tiempo. Se sentían tristes por haber pecado contra el Señor, pero cuando pensaban en que Dios les había prometido un Salvador entonces su corazón se inundaba de alegría.

Cuando sus hijos crecieron y aprendieron a hablar, Adán y Eva les contaron todo cuanto sucedió; les han indicado dónde estaba el Paraíso y hasta es posible que Caín y Abel hayan visto a los ángeles con la espada de fuego guardando la puerta del Paraíso.

Adán y Eva les han dicho que no es por culpa del Señor que ya no pueden vivir en el Paraíso, sino que la culpa solamente es suya. También les han hablado de la promesa y les han dicho que cuando hagan algo malo pidan rápidamente perdón al Señor.

Abel escuchaba atentamente, pero Caín pensaba más en sus juegos.

Los dos hermanos cuando crecieron tuvieron que trabajar.

Entonces no existían las escuelas y, por tanto, no estaban obligados a asistir a la escuela.

Caín fue labrador, se dedicaba a trabajar la tierra; la cavaba con un trozo de madera ya que entonces no había arados, ni azadas; después de preparada la tierra la sembraba.

Abel, más joven, era pastor, se pasaba el día entero cuidando el rebaño de ovejas para impedir que fueran devoradas por las fieras.

¡Qué cambio tan profundo se produjo como consecuencia del pecado!

Caín era el mayor, más alto y más fuerte, Abel era más débil. Antes de dormirse los dos se ponían de rodillas para orar al Señor. ¿Lo hacéis también vosotros? Abel pedía al Señor que le perdonase el mal que había hecho durante el día. Caín también oraba, pero siempre terminaba el primero, pensaba más en su tierra y en los frutos.

Adán y Eva también han contado a sus hijos que un día vendría el Señor Jesús para ser castigado en lugar de todo Su pueblo y de esta forma perdonar todos sus pecados y librarlo de la condenación.

Abel que estaba triste por las cosas malas que hacía, deseaba ser liberado del pecado. No quería hacer el mal y, sin embargo, cada día volvía a caer en el mal. Se daba cuenta de que con sus pecados ofendía a Dios, y suplicaba al Señor que le diera un corazón nuevo. Caín no sentía esta necesidad.

Las ovejas de Abel tenían corderillos, que crecían y de esta forma su rebaño aumentaba más y más.

Caín plantó un viñedo en el que se produjeron pequeñas uvas y cuando maduraron las cogió para comerlas; quizás Abel también comió de las uvas.

Un día Caín y Abel quisieron dar una ofrenda al Señor y salieron al campo para buscar grandes piedras, las cuales apilaron erigiendo una especie de mesa a la que llamaron «altar». Pusieron unas ramas secas sobre el altar. Caín fue a su huerto y tomó un puñado de frutas que colocó sobre las ramas secas. Abel fue a sus ovejas y escogió la más hermosa de su rebaño para ofrecerla al Señor. Mató esa hermosa oveja y la colocó sobre el altar, después los dos encendieron la ofrenda. ¿Y?...

El Señor aceptó a Abel y a su ofrenda, pero rehusó a Caín y su ofrenda. Los dos se dieron cuenta de ello. Abel, en su corazón, sintió que el Señor aceptaba su ofrenda, pero Caín ha sentido que su ofrenda era rechazada. De qué manera los dos se han dado cuenta de ello, no lo sabemos. ¿Por qué aceptó el Señor la ofrenda de Abel y no la de Caín? El Señor ha visto la intención sincera y honesta de Abel, porque le había dado un corazón nuevo. A pesar de esto Abel ha pecado muchas veces contra el Señor, pero también ha sentido un gran dolor por ello y ha pedido al Señor que perdonase sus pecados, tenía fe en que el Señor Jesús pagaría por sus pecados. Abel reconocía que tenía que morir por sus pecados y por eso ha tomado una oveja y la ha matado, con ello quería decir: «Señor, yo debería morir, pero en lugar mío muere este animal.» Esta oveja era un símbolo del Señor Jesús que moriría una vez para que Abel pudiera obtener la vida eterna.

Caín no sacrificaba con un corazón sincero; también hacía malas cosas, pecaba muchas veces, pero esto no le hacía sentirse angustiado, no pedía al Señor que le perdonase sus pecados. No creía que el Señor Jesús vendría para morir por sus pecados, no se preocupaba de estas cosas. No necesitaba del Señor y no podía reconocer que debía morir por sus pecados, por eso no sacrificaba ninguna oveja. Sólo dio al Señor un puñado de fruta, era más que suficiente en su opinión y el Señor debería contentarse con eso; por ello, el Señor aceptó la ofrenda de Abel, pero no la de Caín. Cuando Caín vio que su ofrenda había sido rechazada se enojó con su hermano Abel, que no tenía ninguna culpa.

Tal era el odio que sentía Caín que muchas noches no podía dormir y tampoco tenía ganas de comer. Se puso pálido y cada día estaba más delgado, no quería hablar con su hermano.

El Señor dióse cuenta y advirtió a Caín, escuchad su voz:

—Caín ¿por qué no puedes dormir? ¿Por qué estás enflaqueciendo? Estás disgustado con Abel porque Yo he aceptado su ofrenda y no la tuya. Pero la culpa es tuya, no la has ofrecido con sinceridad.

Caín estaba también enojado con el Señor y no quiso escucharle.

Un día Caín y Abel estaban juntos en el campo y entonces Caín comenzó a discutir con Abel; de repente comienzan a luchar, Caín le echó sobre la tierra golpeándole con tal fuerza que mató a Abel, que queda tumbado sobre tierra la cual es teñida con la sangre de Abel. Caín deja a su hermano y huye a toda prisa. El Señor ha visto lo que ha sucedido y pregunta a Caín:

—¿Dónde está tu hermano?

—No lo sé —contesta Caín— acaso, ¿tengo yo que cuidar de Abel?

Era una respuesta insolente y además mintió al Señor. ¿Mentís vosotros también? El Señor conoce la verdad. El Señor sabía que Caín había matado a Abel. Oíd lo que dice Dios:

—Caín, tú sabes muy bien dónde está tu hermano, porque le has matado. Lo he visto. La sangre de tu hermano ha teñido la tierra. Caín fue castigado severamente.

A partir de ahora, Caín tendría que andar errante por la tierra. Su trabajo sería duro porque la tierra sería menos fértil que antes. Caín se da cuenta de que el Señor lo sabe todo, incluso que ha matado a Abel. Sin embargo, Caín no se arrepiente, sólo teme el castigo. Amigos, cuando habéis hecho mal, muchas veces, tenéis miedo, pero no os arrepentís de ello.

Caín tenía miedo, temía que ahora alguien le matase, pero el Señor le dijo:

—No serás matado, pero Yo te castigaré.

Caín huyó lejos de su padre y de su madre pues no se atrevía a ir a casa. A la noche Adán esperaba en casa; era muy tarde y Caín y Abel aún no habían regresado y su inquietud aumentaba por momentos. Adán y Eva salen juntos a buscarles. Hallan a Abel, muerto sobre la tierra, pero de Caín no han hallado el menor rastro.

Juntos llevan el cuerpo muerto de su hijo a casa; grande ha sido la aflicción de los padres y hermanas de Abel, y es una noche muy triste para ellos.

Al día siguiente Adán entierra a Abel; el alma de Abel ha ido al cielo. Abel ha podido ir al cielo para estar por siempre con el Señor, allí no hay dolor, ni pecado, ni tristeza.

Si sois convertidos por el Señor también vosotros, jóvenes, iréis al cielo, pero si quedáis inconversos estaréis perdidos para siempre.

Orad al Señor que perdone todos vuestros pecados, como Abel hizo muchas veces en la soledad del campo, donde sólo era visto por el Señor.

Capítulo 5

EL PRIMER MUNDO

Génesis 4:16-26

Génesis 5 y 6

Un hombre vaga por el campo, tiene miedo y parece agitado; anda con prisa mirando sigilosamente en todas direcciones, camina más y más hacia la soledad. Ese hombre es un asesino, es Caín, que ha matado a su hermano Abel.

Abel nunca le había hecho daño, no le había hecho ningún mal y, sin embargo, Caín mató a su hermano menor, ¿por qué?

Por envidia y por odio, pues el Señor había aceptado a Abel y su ofrenda, rechazando la ofrenda de Caín. Esto era insoportable para Caín e, incluso, estaba disgustado con Dios, con todo el mundo, con Abel y por eso lo mató. El Señor lo ha visto y le ha preguntado por su hermano. El Señor ha pronunciado una maldición y Caín ha huido sin atreverse a ir a casa con sus padres y hermanas. Ahora le vemos vagando en la soledad, no sabemos qué es lo que pensaría Caín. A pesar de que el Señor le ha dicho que no sería matado, sin embargo, está angustiado y agitado y tiene miedo. A causa de su pecado, Caín tenía remordimientos de conciencia.

En la oscuridad de la noche Caín está solo en el campo con su miedo y angustia. ¡Caín, dobla tus rodillas y pide a Dios que te perdone tu terrible pecado. Caín, vuelve a tus padres y pídeles perdón!



Caín, asesino de su hermano, huyendo

Pero, Caín, no hace esto y eso aún es peor.

Posiblemente no ha dormido en toda la noche, quizás una voz reprochadora le ha mantenido en vela. A la mañana siguiente con la luz y el sol, Caín tiene menos miedo. ¿Volverá a casa para pedir perdón a sus padres? Esta idea no cruza por la mente de Caín. Es fuerte y podrá defenderse. Es posible que haya construido una cabaña para pasar la próxima noche. Ha preparado una nueva huerta en la que ha sembrado y plantado, poco a poco olvida que es un asesino. ¿Olvidar? No es posible. De noche en la cama debería siempre pensar en ello; había matado a su hermano. Pero Caín preferiría olvidarlo porque de lo contrario siempre estaría temeroso y angustiado. Desecha esos pensamientos, piensa en la huerta y el trabajo y finalmente le rinde el sueño.

No sabemos por cuanto tiempo ha estado solo Caín, pero luego se ha casado. ¿Casado? ¿Con quién? Con una hermana suya. ¿Estaba permitido? Ahora sería imposible, pero entonces no existía otra forma.

Caín ha tenido hijos e hijas, ya no estaba solo y poco a poco ha olvidado su crimen.

De día ha trabajado afanosamente, porque leemos que ha construido una ciudad. No penséis en una ciudad como las de hoy.

Es posible que Caín haya plantado un seto alrededor de su cabaña o que haya cavado un foso alrededor para defenderse de las fieras. Lo ha hecho para la seguridad de su mujer y sus hijos, más tarde se han ido añadiendo más cabañas y pronto se ha formado la ciudad. Luego los hijos de Caín se han casado y han tenido, a su vez, más hijos y de esta forma se ha ido poblando más y más.

Pero los hijos y nietos de Caín eran impíos, no sentían la necesidad del Señor, vivían como si Dios no existiera. Esto era terrible, ¿verdad?

Cada uno se gloriaba de ser más impío que el otro.

Un hombre, su nombre era Lamec, tomó dos mujeres. Los hijos de Lamec eran inteligentes; uno de ellos, Jabal, construyó tiendas en las que podían vivir; otro, Jubal, fue padre de los que manejan arpa y órgano. Por las noches tocaban música,

cantaban y bailaban. El tercer hijo, Tubal-Caín, fue herrero, forjaba armas, espadas y cuchillos. Lamec su padre usaba estas espadas y cuando alguien casualmente le hería, lo mataba con su espada. Un joven chocó con Lamec y le golpeó en la cabeza y entonces Lamec tomó su espada y le mató. Terrible ¿verdad? Estos hijos de Caín eran muy impíos y nunca doblaban sus rodillas para orar, ni tan siquiera pedían al Señor que les convirtiera.

¿Qué había pasado, mientras tanto, a Adán y Eva?

La muerte de Abel les había dejado sumidos en gran aflicción, pero en su lugar el Señor les dio otro hijo al que llamaron Set.

Más tarde Set se casó y tuvo también hijos, pero éstos sí amaban al Señor y le pidieron que les convirtiese.

La familia de Adán y Eva fue cada vez más numerosa, porque los hijos de Set también tuvieron hijos.

Por las noches, una vez terminado el trabajo, se reunían con Adán y Eva y Adán les contaba sobre los tiempos pasados, de qué forma Dios había creado todas las cosas, de la época de su estancia en el Paraíso. Su voz se volvía triste al hablar de su desobediencia para con Dios, cuando comió del árbol prohibido y del castigo que le había acaecido como consecuencia de ello. Les narraba la promesa de Dios acerca de la venida del Señor Jesús. Por Él se les había perdonado a ellos y les decía que ellos tenían también que pedir perdón. Todos le escuchaban con gran atención y en un profundo silencio. Muchas veces narró Adán todo esto durante seiscientos o setecientos años.

Supongo que pensáis: «Es imposible, porque Adán ya debería estar muerto»; no, es verdad, jóvenes. Actualmente los hombres no llegan a esa edad, lo normal son setenta, ochenta, a lo sumo noventa años, pero entonces los hombres vivían centenares de años. Por ello Adán pudo narrar todo esto a sus hijos y a los hijos de sus hijos y a los de éstos. Sí, Adán vivió novecientos treinta años.

Sólo un hombre no llegó a la vejez, se llamaba Enoc.

En su juventud, Enoc había recibido un corazón nuevo del Señor; sabía que el Señor Jesús pagaría por sus pecados, que recibiría el castigo en su lugar, esto es lo que anunciaba Enoc

y cuando los hombres hacían actos impíos, les corregía diciendo: «No os está permitido hacer lo que estáis haciendo, el Señor lo ve y lo castigará.» Estos hombres se enfadaban con Enoc por las palabras que les decía y por las amonestaciones que les hacía, pero Enoc no temía, antes al contrario, seguía amonestándoles porque amaba y temía al Señor. Un día estos hombres impíos querían matarle para que no siguiera molestándoles con sus palabras y fueron a buscarle a su casa, pero no le hallaron por ninguna parte. Enoc había desaparecido. ¿Sabéis qué había sucedido?

El Señor lo había tomado consigo para que no fuera matado. En alma y cuerpo, Enoc fue transportado a los cielos. Esa gente malvada ya no podía molestarle más. Qué felicidad para Enoc, ¿verdad?

El Señor le guardó de una terrible muerte, por esta razón Enoc no llegó a viejo como los demás hombres.

¿Sabéis quién fue el más viejo de todos los hombres? Fue Matusalén, que vivió novecientos sesenta y nueve años.

En aquellos tiempos había dos pueblos en la tierra, uno estaba formado por los hijos y descendientes de Caín, que eran impíos y no adoraban a Dios y el otro lo formaban los hijos y descendientes de Set, que servían y adoraban a Dios.

Tras la muerte de Adán y Eva, los hijos de Set, que eran fieles adoradores de Dios, se fueron haciendo negligentes y comenzaron a hacer amistad con los hijos de Caín, los cuales blasfemaban y se burlaban de Dios. Los hijos de Set también llegaron a seguir este perverso ejemplo y no tardaron también en burlarse de Dios. De tal forma que muy pronto casi todos los hombres eran impíos y apenas había quien sirviese al Señor.

También en la tierra vivían hombres muy grandes, gigantes. Todos temían a estos gigantes; si alguien tropezaba con ellos era muerto. La tierra estaba llena de homicidios y muerte. Casi nadie doblaba las rodillas ante el Señor, casi nadie oraba al Señor por la conversión, casi nadie sentía necesidad del Señor...

El Señor ve todo esto, conoce las blasfemias y burlas de los hombres, conoce sus vidas impías y, entonces, decide castigar a todos estos hombres ateos. No cuidaría de ellos, ni les salvaría, serían todos destruidos.

Capítulo 6

EL DILUVIO

Génesis 6

En el capítulo precedente hemos visto que casi todos los hombres vivían en un estado de impiedad. He dicho «casi» todos los hombres, porque había un hombre que no se burlaba ni blasfemaba. Una persona que lamentaba que casi nadie temiese al Señor, ese hombre era Noé.

Muchas veces Noé ha orado para que el Señor convirtiese a aquellos impíos, para que se volviesen a Dios y le sirviesen. Es posible que Noé se haya desalentado pensando que el Señor parecía no querer escuchar sus súplicas. Sin embargo, Noé se equivocaba, el Señor le había oído, pero todo sería diferente a lo que Noé pedía. Cierta día el Señor hizo saber a Noé que castigaría a todos los hombres de la tierra, pero él, sin embargo, sería perdonado y salvado por el Señor. Él con su mujer, sus tres hijos y las mujeres de sus hijos. El Señor le ordenó que construyese un gran buque, un arca; el mismo Señor le dijo cuáles deberían ser exactamente las dimensiones del arca: Trescientos codos de longitud (unos 150 metros), cincuenta codos de anchura (unos 25 metros) y treinta codos de altura (unos 15 metros). Una vez construida el arca la embetunaría con brea tanto por dentro como por fuera. Construiría tres pisos y éstos los dividiría en compartimentos.

¿Para qué había de construir Noé el arca?

Escuchad, en la Biblia leemos que Dios le dijo:

-He aquí, yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo, todo lo que hay en la tierra morirá.

Pero Dios llevaría a cabo un Pacto con Noé. El arca sería un refugio seguro para Noé y toda su familia, además habría lugar en ella para los diferentes animales de la tierra. Es de suponer que fue un trabajo enorme la construcción del arca.

Ahora existen máquinas para serrar y cepillar la madera, pero Noé no conocía esas máquinas y tenía que trabajar a mano. El Señor sabía muy bien cuánto tiempo duraría este trabajo y por ello ha concedido a Noé un período de ciento veinte años. ¿Mucho tiempo?

Sí, de esta forma todos los hombres tendrían durante ese largo período de tiempo la oportunidad de convertirse. ¡Cuán grande es la misericordia de Dios! ¡Cuán inmensa es su paciencia para con nosotros! El Señor demora el castigo para que nos convirtamos.

Noé ha creído la Palabra del Señor, sabe que el castigo será realizado, teme al Señor y hace lo que le ordena. Tal vez, con la ayuda de sus hijos ha cortado los árboles para serrarlos después en tablas.

Los hombres le preguntaban a Noé qué estaba haciendo y él les ha explicado lo que sucedería, que vendría un gran diluvio que todo lo destruiría. Constantemente Noé amonestaba a los hombres, pero nadie le hacía caso, se burlaban de él, se reían y quizás han llegado a pensar o a decir que estaba loco. Noé se ha entristecido y ha dicho:

-No os burléis de lo que el Señor ha dicho, podéis estar seguros de que como lo ha dicho, sucederá, podéis creerlo.

De nada han servido las amonestaciones de Noé, los hombres siguen burlándose y, hasta es posible que le hayan dicho:

-Date prisa porque de lo contrario no vas a terminar el arca a tiempo.

Gran insensatez, ¿verdad?

Por un período de ciento veinte años Noé ha estado cons-



Los animales

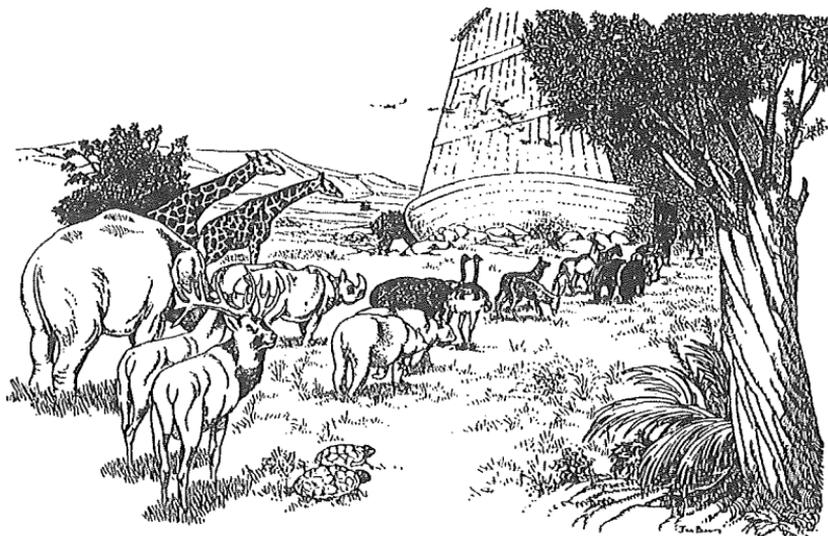
truyendo el gran arca; durante ese tiempo ha predicado y nadie, nadie le ha escuchado ni creído. Por fin el arca está terminada. Noé, por orden del Señor, le había construido una puerta y una ventana.

Génesis 7

Una vez terminada el arca, Dios habló nuevamente a Noé y le dijo:

—Pasados siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y raeré toda sustancia que hice de sobre la faz de la tierra.

Noé toma provisiones y las mete en el arca y, entonces, se produce la gran maravilla; los diferentes animales marchan hacia el arca de dos en dos, un macho y una hembra de cada



marchan hacia el arca

especie, por ejemplo, un león y una leona, dos osos, un oso y una osa, etc. Sin embargo, de los animales limpios vinieron siete. Animales limpios son, por ejemplo, vacas, ovejas. Las aves se dirigieron, también, de dos en dos al arca.

No, jóvenes, esos animales no han venido por sí mismos al arca, es el Señor quien se lo ha ordenado. A cada especie de animales Noé señaló su puesto en el arca.

¿Qué sucede con los que antes se burlaban y blasfemaban? ¿Cambian ahora de actitud? No, siguen burlándose y ridiculizando a Noé, el cual les sigue predicando y amonestando. Todo era vano, entonces el Señor puso fin a la situación y dijo a Noé:

—Entra tú, tu mujer, tus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, y sus mujeres en el arca.

Los hombres siguen burlándose, pero Noé y su familia han entrado en el arca, quizás, estando a la misma puerta del arca les ha amonestado por última vez, diciéndoles:

-Aún tenéis posibilidad de salvaros, pero después será demasiado tarde.

¿Qué le han respondido? Su respuesta ha sido la burla y el escarnio, han considerado a Noé y su familia como unos pobres locos. Cuando, por última vez, rehúsan creer a Noé, el mismo Señor cierra la puerta del arca. Sí, jóvenes, leedlo bien:

-Y Jehová le cerró la puerta -nos dice la Biblia.

No ha sido Noé quien cerró la puerta, ha sido el mismo Dios. Ni Noé, ni nadie podrían ya abrir la puerta. Cuando Dios cierra la puerta de la gracia nadie podrá abrirla ya. Hoy es el día de la gracia, nos dice la Escritura.

Apenas cerrada la puerta del arca los cielos se abrieron y comenzó a llover como jamás había llovido, además, la misma tierra se abrió y comenzó a brotar agua desde las entrañas de la tierra. La tierra se anegó de agua en muy poco tiempo.

Entonces los hombres reconocieron la verdad de las palabras de Noé y se abalanzaron sobre la puerta del arca para intentar abrirla, pero ya era demasiado tarde, gritaron a Noé:

-Ábrenos, ábrenos.

Pero Noé no podía abrir la puerta, pues el Señor la había cerrado. Continuaba lloviendo. En su angustia de muerte los hombres intentaban subirse sobre el arca, pero caían sobre el agua y se ahogaban; otros trepaban a los árboles, pero el agua continuaba subiendo y subiendo hasta cubrirlo todo y los hombres se ahogaban, ya no había voces de blasfemia, ni de burla, ya era demasiado tarde.

Primero nadie quería entrar en el arca, luego ya no tenían oportunidad para entrar. Era demasiado tarde. Algunos hombres se subieron a las montañas, pero tampoco fue solución, las aguas subieron por encima de las montañas, las aguas lo arrasaron todo y todos perecieron ahogados. Terrible suerte, ¿verdad?

Durante cuarenta días y cuarenta noches llovió sin cesar, el arca flotaba sobre las aguas y en ella Noé y su familia estaban seguros. Es de suponer que Noé y su familia sufrirían mucho al conocer la suerte de todos aquellos hombres, pero ya no podían ayudarles. No eran desconocidos, entre ellos también estaban muchos de sus parientes y amigos. No sólo se ahogaron los hombres, sino también los animales, solamente se

salvaron las parejas que había en el arca, los demás todos perecieron.

Todo lo que estaba en el arca estaba seguro, sólo los peces no perecieron, por ello en ninguna parte de la Biblia leemos que ellos entraran en el arca; no, ellos tenían suficiente agua para nadar, no era necesario que entraran en el arca.

Las cimas de las montañas más altas estaban cubiertas por las aguas, más de quince codos sobre la cima más alta era el nivel del agua. Nada quedó sobre la tierra, los blasfemos y burladores han perecido, todos los animales que quedaron fuera del arca han muerto. El Señor ha castigado a los pecadores.

Quizás, Noé ha pensado: «¿Será verdad que la lluvia cesará después de cuarenta días?» Dios es fiel y no se ha olvidado de Noé y los suyos. La Biblia dice: «Acordóse Dios de Noé.»

Las lluvias disminuyeron y cesaron, las nubes se abrieron, después de cuarenta días, y el sol asomó de nuevo. Grande fue la felicidad de Noé, su mujer y sus hijos y juntos dieron gracias al Señor.

Es una historia terrible, jóvenes, pero se encuentra en la Biblia para amonestarnos. El mismo Dios sigue viviendo. Muchas veces, os portáis mal, el Señor lo ve y os castigará. Es necesario que pidáis al Señor que os libere del pecado y os perdone. Ahora, aún es posible, pero el tiempo de la gracia pasará y después ya será imposible, la puerta será cerrada. ¿No lo creéis? Los hombres de los tiempos de Noé tampoco lo creían y sin embargo, sucedió tal como dijo la Palabra de Dios. Cuando empezó a llover y lo creyeron, ya era demasiado tarde.

La muerte puede venir en cualquier momento y si antes no habéis creído entonces ya será demasiado tarde.

La Escritura nos dice: «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el tiempo de salvación.»

Capítulo 7

DESPUÉS DEL DILUVIO

Génesis 8, 9 y 11

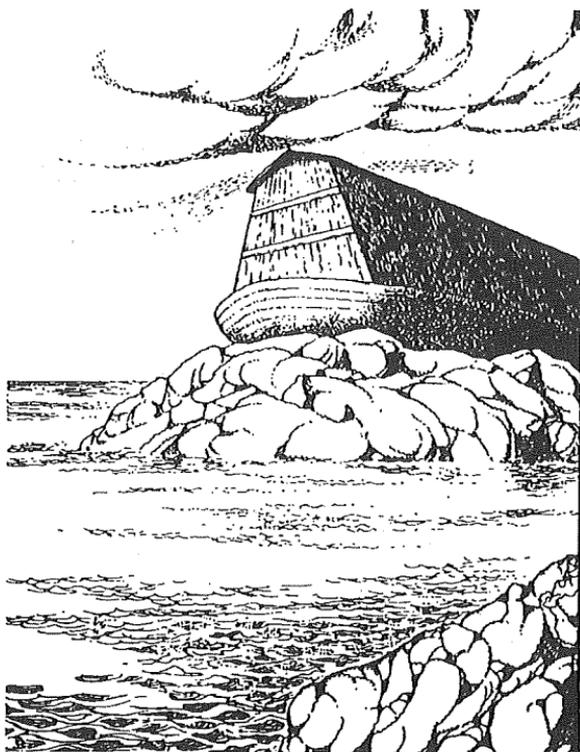
El mundo entero había quedado anegado por las aguas como un gran mar. No se veía ninguna casa, ni árbol, hasta las cimas de las montañas habían quedado cubiertas por el agua; hasta donde alcanzaba la vista, todo era agua. Sobre la superficie de las aguas flotaba el arca y las olas chocaban suavemente contra ella. El Señor velaba sobre ella.

Poco a poco el agua comenzó a descender. Muchas veces, Noé y los suyos habrían mirado afuera para ver si había algo a la vista. Sin embargo, los ocupantes del arca tenían mucho que hacer ya que debían cuidar de todos los animales y darles de comer. Habían pasado muchas semanas y sólo se veían aguas.

Por fin, el arca chocó con algo, la Biblia dice que reposó sobre el monte Ararat, situado al sur del Cáucaso. Durante cinco meses el arca había flotado sobre las aguas y ahora estaba tranquila. Lentamente el agua iba disminuyendo. Un día Noé miró fuera y vio que algunas cimas de los montes sobresalían de las aguas. Cada día podía ver cómo el agua disminuía y esto llenaba a Noé y su familia de alegría. Por fin, vieron cómo las aguas desaparecían, pero no quiere ello decir que las aguas habían desaparecido de la tierra, no, los valles aún seguían inundados de aguas.

Noé estaba tan ansioso de saber si la tierra estaba seca que no pudiendo esperar más, tomó un cuervo y lo dejó volar fuera del arca por la ventana. Este ave rapaz halló bastante comida de manera que no volvió al arca. Noé no supo más de él.

Esperó siete días y entonces soltó una paloma, pero ésta, al no encontrar lugar donde posarse, volvió al arca. Una semana después Noé soltó de nuevo a la paloma, la cual pasó todo el día fuera del arca y cuando Noé pensaba que ya no regresaría, al anochecer regresó la paloma. Noé la tomó en la mano y la



El arca se posa sobre el monte Ararat

hizo entrar en el arca y, con asombro, vio que la paloma traía una ramita en su pico, lo cual era una señal de que las ramas de los árboles ya estaban por encima del agua; seguro que Noé mostró la ramita a sus familiares. De nuevo espera otros siete días y vuelve a soltar la paloma, pero ésta ya no regresa al arca. Pero Noé no sale inmediatamente del arca, sino que espera a que el Señor se lo ordene.

No tuvo que esperar por mucho tiempo, pues muy pronto la orden del Señor fue:

–Noé, sal del arca, tú y tu mujer y tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo.

Cuán alegre estaba Noé; abrió la cubierta y todos los animales salieron del arca y lo mismo hicieron Noé y su familia. Qué contraste con el momento de entrar en el arca. Entonces la tierra estaba poblada de hombres impíos y burladores y ahora todos se han ahogado. Solamente han quedado Noé y su familia, que durante un año y diez días estuvieron dentro del arca.

¿Sabéis qué fue lo primero que hizo Noé al salir del arca? Escuchad lo que dice la Biblia: «Y Noé edificó un altar a Jehová y ofreció holocausto en el altar.» Dio gracias al Señor por su salvación. ¿Lo hacéis vosotros también? ¿Dobláis las rodillas para dar gracias al Señor si después de una enfermedad habéis recobrado la salud? Cuando salís de un peligro, ¿dais gracias al Señor que os guardó?

Noé ha expresado su gratitud, Dios ha visto el humo de la ofrenda y además sabía que Noé lo hacía con sinceridad de corazón, por ello el Señor acepta la ofrenda de Noé.

Jóvenes, el Señor ha mirado el corazón de Noé, el Señor mira también vuestros corazones.

Luego, Dios habla a Noé y le promete que nunca más un diluvio anegará la tierra. Si Dios no lo hubiese prometido podríamos estar angustiados cuando vemos caer el agua a torrentes, podríamos pensar quizás en un nuevo diluvio. Pero una vez pasado el aguacero podéis ver sobre las nubes el «arco iris» con sus magníficos colores; este arco es la señal de que el Señor jamás destruirá la tierra con agua. Es verdad que el mundo será destruido al final de los tiempos, pero no será por

el agua, sino por el fuego. Todo esto sucederá en el día del juicio de Dios.

Dios establece un pacto con Noé; desde ahora además de verduras, pan y frutas, los hombres también podrán comer carne. Igual que vosotros ahora coméis carne o embutidos.

El Señor dice a Noé que pueden comer carne, pero no comerán la sangre de los animales, sino que la derramarán en tierra, porque la sangre es la vida de los animales. Esto también podemos leerlo en el capítulo 15 del libro de los Hechos.

El Señor da otras órdenes a Noé. Antes del diluvio algunos hombres se mataban entre sí, comenzó con Caín, el cual asesinó a Abel. Lamec también mató a otro hombre y al joven que tropezó con él, pero ellos no fueron matados. Ahora, con Noé, Dios establece la pena capital.

El Señor dice a Noé que deben poblar la tierra, por esta razón, los hijos y nietos de Noé, en lugar de seguir viviendo juntos, se esparcen por toda la tierra.

Cuando salieron del arca Noé y sus hijos tenían que seguir trabajando para ganarse la vida. Noé, a ejemplo de Caín fue labrador, plantó una viña y cuando maduraron las uvas hizo vino con ellas. Un vino excelente, pero bebió demasiado y antes de darse cuenta estaba embriagado. ¿Habéis visto alguna vez hombres ebrios? No debéis reiros de ellos, no saben lo que hacen gritando y cantando por las calles, lo cual no harían si estuviesen sobrios porque se avergonzarían de ello.

Noé también se ha embriagado y no sabe lo que hace, se desnuda y se echa a dormir en el centro de la tienda. De pronto entra su hijo Cam en la tienda y ¿sabéis lo que hizo? Se burló de su padre y se rió de él. Fue una infamia. En lugar de cubrir a su padre fue a sus hermanos Sem y Jafet y les contó el estado de su padre y les dijo que le acompañaran a la tienda para burlarse de él.

Afortunadamente Sem y Jafet no hicieron caso a Cam, sino que tomaron ropas y andando de espaldas cubrieron a su padre que dormía desnudo en el centro de la tienda. Estos dos hijos no querían burlarse de su padre, no querían infamarle con sus burlas.

Cuando Noé despertó se dio cuenta de lo que había sucedido, quizás, se lo contaron Sem y Jafet o, quizás, el mismo Señor se lo hizo saber. Noé se enojó mucho con Cam y también se entristeció porque se había burlado de él y pronunció una maldición contra Cam, dijo:

–Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos.

Canaán era un hijo de Cam, esta maldición aún reposa sobre los hijos de Cam, durante años y años han sido esclavos de Sem y Jafet.

Sem y Jafet recibieron la bendición, oíd:

–Bendito Jehová, el Dios de Sem y séale Canaán por siervo. Noé no dice: «Bendito sea Sem», sino «Bendito Jehová el Dios de Sem». El Señor hizo saber a Noé que de la generación de Sem nacería el Señor Jesús.

Jafet también fue bendecido, le dijo Noé:

–Engrandezca Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem y séale Canaán por siervo.

¿Sabéis lo que significa esto? Nosotros somos los hijos de Jafet, es por ello que tenemos la Biblia y el privilegio de poder asistir a la Iglesia como consecuencia de esta bendición. En la Iglesia escuchamos la predicación acerca de Jesucristo nacido de los hijos de Sem.

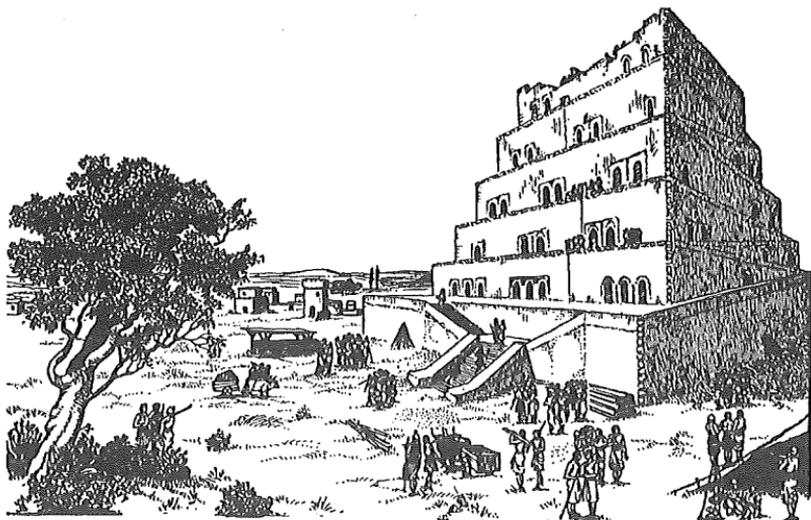
Cuando salieron del arca, los hijos de Noé tuvieron más hijos, Canaán era un hijo de Cam. Poco a poco se fue repoblando la tierra, pero ¿había cambiado la situación? No, estos hombres también eran desobedientes y no querían hacer lo que el Señor les había ordenado. El Señor había dicho que los hombres se esparciesen por la tierra, pero no lo hacían.

Por el contrario, se dijeron: «Deseamos vivir juntos, porque así es mejor.» ¿Sabéis lo que hicieron? Se pusieron a construir una torre cuyo cúspide llegase hasta el cielo. Luego, todos se establecerían alrededor de ella y en caso de extraviarse podrían ver la torre desde cualquier lugar y guiarse por ella. Sin embargo, el Señor les había dicho:

–No os quedéis juntos –pero los hombres respondieron:

–Sí, nos quedaremos juntos –y de nuevo volvieron a desobedecer.

Tenían mucho trabajo, unos colocaban ladrillos, otros los



La torre de Babel

transportaban, otros preparaban la argamasa. Desde las primeras luces del alba, hasta la noche trabajaban sin cesar.

¡Cuánto sufriría Noé al observar todo esto! Tenía seiscientos años cuando vino el diluvio y vivió trescientos cincuenta más después del diluvio. En total vivió novecientos cincuenta años.

Noé ha vuelto a amonestar a los hombres, pero no le han hecho caso. Luego el Señor castiga de nuevo a los hombres. ¿Un nuevo diluvio? No, porque el Señor había prometido que no volvería a castigar al hombre con un diluvio. El castigo fue otro. Entonces los hombres hablaban todos una misma lengua, de tal forma que todos podían entenderse. Pero inesperadamente el Señor confunde el lenguaje, es decir, cada uno comenzó a hablar en su propia lengua, tal como sucede hoy. En el mismo país todos nos entendemos, pero si vamos a un país extranjero hay dificultades. Cada país tiene su propia lengua, estas lenguas tuvieron su origen cuando los hombres intentaron construir esa alta torre.

Cada uno comenzó a hablar en otro idioma y su compañero no lo comprendía, sus palabras eran distintas a las del otro. Se miraron sin comprenderse, se encogieron de hombros y se enojaron porque no podían entenderse.

Por esta razón ya no querían vivir juntos, no tenían más remedio que esparcirse, les era imposible seguir construyendo la torre. A esa torre se le puso un nombre, fue llamada «La torre de Babel», que quiere decir: «confusión de lenguas».

De esta forma el Señor castigó a los hombres por su desobediencia y éste fue un severo castigo.

Capítulo 8

— LA VOCACIÓN DE ABRAM —

Génesis 12

Por una extensa tierra árida, desértica, vemos pasar grandes rebaños de vacas y ovejas, unos pastores van con ellas para impedir que se escapen y extravíen en el camino.

¿De quién son esos rebaños? Todo este ganado y los pastores son propiedad de dos hombres que les preceden para señalarles el camino a seguir. El uno, con sus largas barbas, es Abram y el otro, más joven, se llama Lot.

¿Qué hacen estas personas con sus ganados en un ardiente y seco desierto? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿Quiénes son Abram y Lot?

Debido a la confusión de las lenguas, de la que tratamos en el capítulo precedente, los hombres tuvieron que separarse, a pesar de que no querían hacerlo; sin embargo, algunos hombres siguieron viviendo en la región de Babel, allí estaba la torre sin terminar, ya que fue interrumpida al no poder entenderse los hombres. Esa torre era como señal de que es Dios quien gobierna y no el hombre. La comarca donde estaba la torre se llamaba Mesopotamia.

Los hombres que quedaron a vivir en la región de la torre muy pronto se olvidaron del Señor y en lugar de servir a Dios pasaron a servir a los ídolos. Hicieron imágenes de madera y las adoraban. Es verdad que aún había algunos hombres que

tenían al Señor, como Sem, que amonestaba a los hombres, pero nadie le hacía caso. Aumentaban cada vez más los que adoraban a los ídolos, las imágenes de madera que se habían fabricado y no pasó mucho tiempo en que los hombres se olvidaron de Dios.

Allí vivía también un hombre anciano, que se llamaba Taré, tenía tres hijos: Harán, Nacor y Abram. Uno de ellos, Harán, murió al poco tiempo de casarse y dejó solamente un niño que se llamaba Lot. Taré era, pues, el abuelo de Lot y Abram era su tío. Tratad de no olvidar estos nombres ya que en adelante hablaremos más de ellos.

Abram era el hijo menor de Taré y estaba casado con Sarai. Abram no era completamente feliz ya que no tenían hijos, lo cual era para ellos causa de aflicción.

Un día el Señor habla a Abram, leamos lo que le dice:

—Vete de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré.

Por orden del Señor Abram tenía que salir de su tierra natal, donde tenía a su familia, sus amigos, donde era conocido de todos. No sólo tenía que salir de su tierra, sino que también tenía que dejar allí a sus parientes y amigos, no le podían acompañar. A su padre y a su hermano Nacor también tenía que abandonarlos. Esto, lógicamente, debió ser muy duro para Abram. Seguramente Lot, como no tenía padre, pidió a su tío que le permitiera acompañarle y Abram lo aceptó y así emprendieron el viaje.

Abram no dijo:

—Señor, no lo hago, no tengo deseos de marcharme de aquí. No, no fue ésta la respuesta de Abram, sino que obedeció la orden del Señor. ¿Por qué razón? Abram obedece por fe. ¿A dónde tenía que ir? Él no lo sabía, pero el Señor se lo mostraría.

Abram emprendió el viaje y con él su mujer, Sarai, sus pastores y todos sus ganados.

El Señor había hecho una promesa a Abram. Abram y Sarai no tenían descendencia, pero en el tiempo oportuno tendrían un hijo. Sí, el Señor haría de Abram una nación grande, el Señor bendeciría a Abram en todo, le daría riquezas y, más tarde, de los hijos de Abram descendería el Señor Jesús. Amigos, ¡cuán

grande fue la bondad del Señor para con Abram! Abram tenía setenta y cinco años de edad cuando emprendió su viaje con Lot. En aquellos tiempos no había trenes, ni automóviles, tenían que hacer los viajes a pie, caminando durante días y semanas a través de una llanura arenosa y desértica.

Es ésta la razón por la que vemos a estas personas y ganados en ese gran desierto. Abram iba delante para que el Señor le indicase dónde debía establecerse. Por fin llegaron a un río; era el río Jordán. Abram sigue el curso del río con todos sus bienes y, por fin, llegan al país de Canaán. Este país está situado cerca de Egipto. En él no había desiertos, al contrario, abundaban los prados con gran abundancia de hierba. Las vacas y ovejas de Abram y Lot podían pastar a sus anchas. Aquí, en este país extranjero, el Señor apareció por segunda vez a Abram y le dijo:

—Éste es el país que yo daré a tus hijos.

Esto fue un gran gozo para Abram, que ya no tendría que seguir viajando. Edificó un altar, lo mismo que habían hecho Abel y Noé, y sacrificó una oveja.

Cuando vosotros cambiáis de casa es muy natural que lo primero que hagáis sea inspeccionar la nueva casa y sus alrededores. Abram, también, se paseó por el país para inspeccionarlo bien.

Tal vez en vuestras mentes surja la pregunta: «¿Estaba el país de Canaán despoblado?» No, en este país vivían hombres, eran los canaanitas, los descendientes de Cam, el joven impío que se burló de su anciano padre Noé, cuando estaba embriagado. Pero el país de Canaán era tan grande que había muchas tierras deshabitadas. Allí en una de estas regiones se instaló Abram, no en una casa como nosotros, sino en una tienda.

Allí las vacas y las ovejas pastaron hasta que la hierba faltó, entonces recogieron las tiendas y se marcharon a otro lugar donde había hierba suficiente.

El Señor bendijo a Abram y cada vez tenía más vacas y ovejas.

Cuando Abram llevaba algún tiempo en esta nueva tierra sobrevino un hambre. Posiblemente habían padecido una sequía y el campo estaba agotado.

Los canaanitas habían sembrado trigo, pero debido a la sequía, el trigo no germinó; la hierba de las praderas se había secado. El ganado de Abram y Lot no tenía pastos, era una situación grave que podría provocar la muerte de las vacas y ovejas. Por esta razón Abram abandonó por un tiempo el país de Canaán y se marchó a Egipto donde había abundancia de pastos para el ganado.

Al entrar en Egipto, Abram dijo a Sarai, su mujer:

–No debes decir que eres mi mujer, di que eres mi hermana. Y Sarai le obedeció.

En cierta manera, lo que dijo Abram, era verdad, ya que eran hermanos de padre, aunque no de la misma madre, era, pues, su hermanastra; sin embargo, Sarai debería haber añadido que estaba casada con Abram, pero no lo hizo y, entonces, sucedió algo grave.

Faraón, el rey de Egipto, quería casarse con Sarai, pero esto no era posible porque Sarai ya estaba casada.

En cierta ocasión, Faraón hizo venir a Sarai, la mujer de Abram y a cambio de ello regaló vacas y ovejas a Abram, pero éste no estaba satisfecho; por el contrario, estaba muy afligido ya que echaba de menos a su cariñosa mujer.

Abram pidió al Señor que hiciese regresar a Sarai y así lo hizo el Señor. El rey de Egipto se puso enfermo y el Señor le dijo que no podía casarse con Sarai, que la devolviese a Abram. El Señor dijo:

–Faraón, Sarai no es solamente hermana de Abram, es también su esposa. No puedes casarte con ella.

Faraón escuchó al Señor, llamó a Abram y le dijo:

–Abram, me has mentado, pues Sarai no es solamente tu hermana, es también tu esposa. He aquí a tu mujer Sarai.

Abram estaba feliz de que Sarai hubiera vuelto con él y también Sarai estaba gozosa de haber vuelto con Abram.

Las ovejas y las vacas quedaron en poder de Abram, fue un generoso gesto el de este rey.

Después, Abram regresó al país de Canaán porque había llovido y nuevamente los pastos abundaban y había hierba suficiente para alimentar el ganado.

¿Sabéis de qué no se olvidó Abram? No se olvidó de dar

gracias al Señor, edificó un altar y, de nuevo, sacrificó una oveja, como había hecho al entrar por primera vez en Canaán.

¿Os olvidáis vosotros, jóvenes, de dar gracias al Señor cuando os ha guardado de un peligro y os ha sanado de una enfermedad?

Abram era agradecido y juntamente con su esposa, han doblado sus rodillas y han dado gracias al Señor y le han pedido que les guarde para siempre.

Capítulo 9

ABRAM Y LOT

Génesis 13

Cuando el Señor ordenó a Abram salir de su patria hacia otra tierra, también prometió que le bendeciría.

Nosotros, muchas veces, prometemos algo a nuestros amigos, pero muy frecuentemente, nos olvidamos de la promesa y faltamos a nuestra palabra. Pero Dios, cuando promete una cosa, siempre cumple su promesa. El Señor había prometido a Abram que le bendeciría y así sucedió.

Cuando Abram y Lot regresaron de Egipto, anduvieron de un prado a otro. Abram cada vez tenía más y más ovejas y vacas; Lot también fue bendecido y el número de sus ganados también aumentaba. De esta forma los rebaños cada vez necesitaban más hierba y, por ellos, Abram y Lot se veían obligados a buscar constantemente nuevos pastos, y lo mismo hacían los pastores de Abram y de Lot.

En cierta ocasión, los pastores de Abram hallaron una tierra con mucha abundancia de pastos y poco después llegaron los pastores de Lot y quisieron apoderarse de aquellas tierras, pero los pastores de Abram les dijeron:

—No, nosotros estábamos aquí primero y, por tanto, estos pastos son para los rebaños de Abram. Buscad vosotros otros pastos; los pastores de Lot no lo aceptaron y entablaron pelea con los pastores de Abram. Lo mismo ocurría en el caso de que

encontrasen una fuente, siempre se disputaban la pertenencia y esto ocurría con demasiada frecuencia.

Los pastores de Lot contaron esto a su amo y él les dijo:

—No debéis intimidaros, procurad apoderaros de las mejores praderas para mis rebaños. También los pastores de Abram se lo contaron y él les dijo:

—No debéis hacer peleas, cuando esto ocurra, buscad otras praderas. Abram odiaba las luchas. Sin embargo, los pastores de Lot se envalentonaron y expulsaban a los pastores de Abram de los pastos.

Abram estaba afligido por esta situación pero sin embargo, Lot no se preocupaba por ello.

Un día Abram dijo a su sobrino Lot:

—La situación es insostenible. Yo cada día tengo más ganado y tú también. No podemos quedarnos juntos, pues en tal caso



Lot escoge el valle de Sodoma

la hierba faltaría para los dos. Será preferible que nos separemos. Luego Abram lleva a Lot a un alto monte desde el que podían verse todos los alrededores y le dijo:

—Lot, escoge a donde deseas ir. Si deseas ir a la derecha, yo me marcharé a la izquierda y si quieres ir a la izquierda, yo marcharé a la derecha.

¿Sabéis, jóvenes, cuál debería haber sido la respuesta de Lot? Debería haber dicho:

—No, tío mío, no debo ser yo quien escoja primero, sino usted que es mayor y es a quien el Señor ha mandado salir de su tierra y no a mí. Pero no fue ésta la respuesta de Lot. Lot sólo pensaba en sí mismo y estaba contento por ser él quien primero escogiera.

A veces también nosotros escogemos las cosas mayores y más agradables y esto sólo demuestra nuestro egoísmo, es algo desagradable, y también pecaminoso.

Lot también actuó así. Miró a su alrededor y allá en la lejanía vio correr el río Jordán; cerca de este río estaban las mejores praderas y las hierbas más abundantes. Lot pensó para sí:

—«Qué suerte, allí mis vacas y ovejas tendrán pastos suficientes y engordarán rápidamente.»

En la llanura había algunas ciudades, las principales eran Sodoma y Gomorra. Lot siguió pensando:

—«Iré a vivir cerca de algunas ciudades y en ellas podré vender mis vacas y ovejas y obtendré mucho dinero y muy pronto seré muy rico. Quizás, llegaré a tener más dinero que mi tío Abram.»

Los habitantes de Sodoma y Gomorra eran muy impíos y hacían cosas malas y pecaminosas, pero Lot no pensó en ello o, mejor dicho, no quiso pensar en ello; pensaba únicamente en el dinero que ganaría, por ello Lot dijo:

—Tío, déjame ir al Jordán con mis vacas y mis ovejas.

Lot debería haberse avergonzado por haber escogido la mejor parte.

—Bien -dijo Abram- yo me iré a la otra parte. Así sucedió; Lot y sus pastores se fueron a las llanuras del Jordán y Abram se marchó al lado contrario.

Abram estaba preocupado ya que veía que Lot sólo pensaba en sí mismo. No le dijo nada, pero el Señor que también lo había visto, quiso consolar a Abram y le dijo:

—Abram, hoy estás triste, porque Lot es muy egoísta y se ha apartado de ti. Pero mira a la izquierda y a la derecha, toda esta tierra que ves, Abram, no la daré a Lot, sino a tus descendientes. Es como si el Señor hubiera dicho a Abram:

—Abram, no te preocupes por esto, Yo estoy también presente. La tristeza desapareció del semblante de Abram, pero el Señor le dijo más:

—Abram, recorre toda esta tierra y mira qué buen aspecto tiene. Abram estaba agradecido de que el Señor haya salido en su defensa y de nuevo edifica un altar y sacrifica en él una ofrenda de gratitud.

¿Habrá edificado también Lot un altar al establecerse en las llanuras del Jordán? Creo que no.

Génesis 14

Durante los primeros tiempos Lot vivía en las llanuras, pero no estaba seguro, temía que las fieras pudieran venir y devorarlo. Por esto no tardó en marcharse a vivir a la ciudad de Sodoma, esto era más seguro para él. Pero a Lot no le aprovechó mucho su elección, porque pronto estalló una guerra. Un poderoso rey, llamado Quedorlaomer, invadió con un gran ejército las llanuras del Jordán. Cuando se enteraron los reyes de Sodoma, Gomorra y las otras ciudades, reunieron a sus soldados para tratar de detener al enemigo, pero no tuvieron éxito y los soldados de Sodoma y Gomorra fueron derrotados y se dieron a la fuga. Entonces Quedorlaomer saqueó Sodoma y se llevó todo, mujeres, niños, oro, plata, vacas y ovejas. También Lot fue apresado y sus rebaños le fueron arrebatados. Era la consecuencia de vivir con los hombres impíos de Sodoma. Ahora Lot estaba arruinado y, lo que era peor aún, tenía que seguir a Quedorlaomer y, muy probablemente, sería vendido como esclavo.

Pero, uno de los pastores de Lot pudo escaparse de los soldados y llegó a Abram y le contó cuanto había sucedido.

Abram se asustó.

—¿Qué dices? -preguntó al pastor que le hizo el relato- ¿se han llevado también a Lot?- Pobre Lot. Luego, reflexiona un momento y dice:

—Trataré de liberar a Lot.

Reunió a todos sus servidores y pastores, que sumaban trescientos dieciocho hombres y los armó. A uno dio un cuchillo, a otro un bastón y así cada uno tomó algo para luchar. También le acompañaron sus vecinos Aner, Escol y Mamre juntamente con sus sirvientes. Todos ellos salieron en persecución de Quedorlaomer.

A la noche los soldados han parado para dormir, pero Abram y sus hombres no duermen, caminan durante toda la noche y a la mañana siguiente dan alcance a las tropas de Quedorlaomer. Abram dividió a los hombres en grupos para que, desde todas las direcciones, asaltaran al enemigo. El asalto cogió desprevenidos a los soldados, que no esperaban esta posibilidad, se asustaron y emprendieron la huida; tan precipitada fue la huida que abandonaron a los prisioneros y todo el botín que llevaban consigo. Así, los prisioneros fueron libres de nuevo.

¡Qué alegría tenía Lot al ver a su tío Abram! Regresan juntos, Lot era libre y además había recuperado todos sus bienes.

Cuando se acercan a Sodoma, el rey de Sodoma que debió esconderse en alguna parte, sale al encuentro de Abram. También se acerca otro hombre, ¿quién es? Parece un rey. Sí, jóvenes, es un rey. Cerca de Sodoma y Gomorra había otra ciudad, llamada Salém, más tarde se llamaría Jerusalén. El rey de Salém, se llamaba Melquisedec.

El rey de Sodoma era un rey impío, pero, Melquisedec no solamente era rey, también era sacerdote, sacerdote del Dios altísimo, dice la Biblia. Melquisedec fue al encuentro de Abram y le ofreció pan y vino para que Abram y sus hombres pudiesen comer y beber. Era una acción muy positiva por parte de Melquisedec, quien también era sacerdote y por tanto su obra también consistía en sacrificar y bendecir. Así pues, Mel-



Abram es bendecido por Melquisedec

quisedec bendijo a Abram y éste le dio a Melquisedec los diezmos de todo lo que había conquistado.

Se acercó también el rey de Sodoma y dijo a Abram:

-Todas estas vacas y ovejas, todo el oro y la plata que Quedorlaomer nos ha quitado será de tu propiedad, pero con una condición, que me devuelvas todos los hombres.

-No quiero nada -contestó Abram- ni siquiera una correa de un zapato, ni un hilo, nada.

¿Por qué no quiso Abram recibir nada? Pues, probablemente, jóvenes, porque más tarde el rey de Sodoma podría haber dicho:

—Yo he sido quien ha enriquecido a Abram. No deseaba Abram que tal cosa sucediese, pues no sería un rey impío quien le enriqueciera, sino el Señor. El honor no sería para el malvado rey de Sodoma, sino solamente para el Señor. Solamente los vecinos de Abram, sus «aliados» recibieron parte del botín.

Luego Abram regresó a su tierra, donde Sarai su mujer, le esperaba.

Y Lot, ¿acompañó a Abram? ¿Se ha dado cuenta de que su estancia en Sodoma era un peligro? Debería haberlo hecho, pero no lo hizo y de nuevo se estableció en Sodoma. Continuó vendiendo sus vacas y ovejas a los impíos habitantes de Sodoma para ir atesorando dinero.

En el fondo, Lot era un hombre converso que lamentaba la gran impiedad de los habitantes de Sodoma, pero por otra parte, quería ser rico y ganar mucho dinero, es lamentable, pero era así.

Capítulo 10

PACTO DE JEHOVÁ CON ABRAM Y — NACIMIENTO DE ISMAEL —

Génesis 15

Habían pasado muchos años desde que Abram dejó la casa de su padre para ir al país de Canaán. El Señor había bendecido en gran manera a Abram y éste se había enriquecido, rico en ganado, en oro y plata. El Señor le ayudó cuando, con sus servidores y pastores, persiguió a las tropas del rey Quedorlaomer, cuyos soldados huyeron y Lot fue liberado y recuperado todo el botín.

El Señor había ayudado en todo a Abram, sin embargo... Una noche Abram está sentado a la puerta de su tienda, está solo; el sol se ha puesto, es de noche, innumerables estrellas brillan en el cielo. Abram tiene la cabeza apoyada entre sus manos, está pensando y de vez en cuando deja escapar un suspiro y se pasa la mano por el rostro, en su cara hay tristeza. ¿Qué le sucede? ¿Se encuentra enfermo? No, Abram tiene miedo. ¿Miedo? ¿De qué?

Abram tiene miedo de que vuelva el ejército de Quedorlaomer para vengarse y si esto sucede ¿qué podrá hacer? Abram tiene miedo. Sin embargo, hay todavía otras cosas por las que Abram se rompe la cabeza. Dios le había prometido que tendría un hijo, ya hace diez años que vive en Canaán y el hijo

aún no ha llegado; se ha hecho viejo, ya tiene ochenta y cinco años y Sarai es vieja pues tiene ya setenta y cinco años.

Quizás morirán él y Sarai sin tener ningún hijo, pues Sarai ya es demasiado vieja para poder tener un hijo; fisiológicamente es ya imposible. Esto inquieta a Abram y de ahí su tristeza, piensa y medita en la soledad donde nadie puede verle. ¿Nadie? Sí, Uno le veía allí sentado, Alguien sabía lo que pensaba, conocía su angustia y su dolor, era el Señor.

Amigos, si en alguna ocasión pensáis que nadie os ve, el Señor siempre os ve. Él ve todo y conoce a cada uno y lo que necesita. El Señor ve también vuestros pecados.

De pronto suena una voz:

-No temas, Abram. Yo soy tu escudo y tu galardón sobremanera grande. Era el Señor quien habló a Abram y era como si quisiera decirle:

-Abram, tú tienes miedo ¿verdad? No tengas miedo Abram. Yo te protegeré, te salvaré, te galardonaré.

Abram supo en seguida que era el Señor quien le hablaba y respondió:

-Señor, Señor: ¿Qué me has de dar, siendo así que estoy sin hijo? Era como si Abram quisiera decir:

-Señor, tú me has dado todo, riquezas, honor, ovejas, vacas, oro y plata, pero no tengo un hijo. Tengo sólo a mi fiel servidor Eliezer; si yo muero, este servidor será mi heredero. Todos mis bienes serán para él.

Eliezer era de la ciudad de Damasco, situada en las proximidades, y era un servidor temeroso de Dios. Más tarde os daré nuevas noticias de él. Cuando habló el Señor le respondió:

-No, Abram, ese servidor no te heredará, tendrás un hijo. Sal conmigo de la tienda. Abram se levantó y salió de la tienda.

-Mira las estrellas -dijo Dios- trata de contarlas. No puedes, ¿verdad? Así haré Yo de tu descendencia un pueblo grande, que será imposible de contar. ¿Y sabes dónde habitará este pueblo, Abram? En este país. Yo daré este país, Canaán, a tus hijos en posesión.

Abram creyó todo lo que el Señor le dijo, creyó que sucedería así. Entonces Dios estableció un pacto con Abram. Por orden del Señor Abram tomó una becerra de tres años, una

cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un palomino, los mató y los partió por la mitad. Puso cada mitad una enfrente de la otra sobre el suelo. Luego Abram esperó durante horas. Unas aves rapaces se acercan para devorar la carne, pero Abram se levanta y las espanta. Se hizo tarde, anocheció y oscureció.

Abram estaba cansado y un profundo sueño le rindió. Cuánto tiempo durmió Abram no lo sabemos, pero de repente se despertó, la oscuridad era total. De pronto vio cómo un fuego pasaba lentamente sobre las mitades de los animales que había matado, vio llamas como de una antorcha; vio humo como el de un horno ardiente, este fuego y humo eran una señal de la presencia de Dios. De nuevo suena la voz de Dios que dice a Abram lo que sucedería con el pueblo nacido de sus hijos. Primero se establecerían en Egipto y tendrían que sufrir opresiones, pero el Señor les salvaría del poder de Egipto y les devolvería a este país, Canaán, donde residirían permanentemente. Abram ya no estaba triste, no estaba desanimado, sabía que el Señor le daría un hijo. A pesar de su avanzada edad, el Señor cumpliría su promesa.

Génesis 16

No sólo Abram, también Sarai, su mujer, muchas veces estaba desanimada. Muchas veces ha doblado sus rodillas pidiendo al Señor que le diese un hijo; pero parecía como si el Señor no escuchase su ruego. Una vez Sarai dijo a Abram su esposo:

—Abram, ya no tendré hijos, mejor será que te cases con mi sierva Agar. Agar era una joven de Egipto. ¿Recordáis que Abram fue a Egipto cuando el hambre reinó en Canaán y entonces el rey de Egipto tomó consigo a Sarai, la esposa de Abram? Pues bien, en esa ocasión, Abram se casó con esta joven. Quizás pensáis que esto es imposible, ya que Abram estaba casado con Sarai.

Bien, ahora esto no está permitido, pero entonces ocurría

con mucha frecuencia. Lamec también había tomado a dos mujeres. No era bueno, pero el Señor lo permitió.

Abram escuchó a Sarai y se casó con Agar, así pues, ahora tenía dos esposas, Sarai y Agar.

Cuando Agar se casó con Abram ya no escuchaba a Sarai, no hacía lo que Sarai le ordenaba y se insolentaba con ella. Si Sarai decía a Agar:

-Tráeme un cántaro de agua, Agar le respondía:

-No, tómalo tú misma.

Sarai se enojó y se lo contó a Abram y éste dijo que Agar debería obedecer a Sarai. En cierta ocasión Sarai ordenó algo a Agar y ésta no quiso hacerlo, entonces Sarai se enfadó y dijo:

-Lo harás, te lo ordeno, debes obedecerme. ¿Sabéis, jóvenes, lo que hizo Agar? Agar se marchó. No deseaba quedarse más tiempo con Abram y Sarai y huyó hacia el desierto. Corrió para evitar que la volvieresen a llamar, pero no tardó mucho en cansarse y tuvo una gran sed, al fin vio una fuente y se sentó.

De pronto escuchó una voz:

-¿Agar, cómo estás aquí? ¿Qué haces aquí? ¿A dónde vas? Era el Señor quien habló a Agar. Ella respondió con sinceridad:

-He huido -y el Señor le dijo:

-Has hecho mal, Agar, no debes huir, debes volver a Abram y Sarai. Si en el futuro Sarai te dice algo, debes obedecer y no ser insolente.

Agar escuchó atentamente, pero el Señor aún le dijo más:

-Agar, tendrás un hijo y este hijo se llamará Ismael. Yo bendeciré a tu hijo y será una gran nación.

En adelante, Agar, no sería desobediente; se levanta y vuelve a Sarai, le pide perdón y desde entonces siempre obedece lo que Sarai le manda. La promesa del Señor se cumplió, Agar tuvo un hijo y Abram le puso el nombre de Ismael, porque el Señor así se lo había dicho a Agar. Fue una gran alegría para Abram que por fin, tenía un hijo. Cuando Ismael creció, Abram lo llevaba muchas veces consigo para ver las vacas y las ovejas; cuando Abram salía de viaje, Ismael siempre le acompañaba. Abram pensaba:

«Cuando muera no será mi criado Eliezer quien me herede, sino Ismael será el heredero de todos mis bienes.» También

Agar ha pensado lo mismo y, algunas veces, hablando con Ismael, le ha dicho:

–Ismael, esfuérsate mucho, pues cuando muera tu padre, tú seras el heredero de todo.

¿Y Sarai...? Casi nadie pensaba ya en Sarai, Abram solía salir con Ismael y pasar con él todo el día; Agar pensaba:

«Cuando muera Sarai, seré yo sola la que dirigiré todo esto.» La misma Sarai pensaba que Ismael heredaría todas las cosas y, muchas veces, Sarai sufría por no tener un hijo propio.

Poco a poco Abram empezó a descuidar a Sarai; Ismael y Agar tampoco hacían caso de Sarai, pero el Señor no se olvidó de Sarai; el Señor pensaba en ella. Él haría feliz a Sarai. ¿Cómo? Lo veréis en el próximo capítulo.

Capítulo 11

— EN EL ENCINAR DE MAMRE —

Génesis 17

Han pasado muchos años, Ismael ya tiene 13 años de edad, Abram tiene noventa y nueve.

Un día el Señor se aparece a Abram y le dice:

—Yo soy el Dios Todopoderoso. Abram escucha con respeto. Entonces el Señor le promete que de él saldrán varias naciones, en lugar de una sola nación. El Señor le dice:

—Sin duda, piensas que Ismael es el hijo que te prometí cuando saliste de Mesopotamia hacia el país de Canaán, pero te equivocas, Abram. No es el hijo de Agar, sino que será el hijo de Sarai tu heredero. El Señor Jesucristo no descenderá de Ismael, sino de Isaac. Al oír las palabras del Señor, Abram se espantó y al mismo tiempo pensó ¿qué pasará con Ismael?

Se había aferrado a la idea de que Ismael sería su único hijo, pese a que esa idea no le satisfacía mucho. Escuchad lo que dice al Señor:

—Ojalá Ismael viva delante de ti. El Señor le respondió:

—Ismael puede vivir. Haré que de Ismael salga una nación grande, pero es el hijo de Sarai el que será el hijo de la promesa. Luego el Señor dio un nuevo nombre a Abram, en adelante no se llamará más Abram, sino Abraham. Sarai en adelante se llamará Sara.

El Señor ordenó a Abraham que circuncidase a su hijo Ismael y a sus criados.

¿Sabéis lo que significa todo esto? El Señor ha establecido con Abraham su pacto y la circuncisión era la señal de ese pacto que el Señor había hecho con Abraham.

El Señor también ha hecho un pacto con Su pueblo, podemos leerlo en la Biblia y la señal de ese nuevo pacto es el bautismo; no salva a nadie, es necesario ser convertidos, nacer de nuevo para poder ser salvos, pero el bautismo es la señal del nuevo pacto de Dios, al igual que la circuncisión fue la señal del pacto que Dios hizo con Abraham.

Abraham hizo como el Señor le ordenó y circuncidó a Ismael y a todos sus siervos.



Abraham sentado a la puerta de su tienda

Génesis 18

Poco tiempo después Abraham se encontraba a la puerta de su tienda mirando hacia fuera. Hacía un calor espantoso, aunque el calor no molestaba mucho a Abraham que estaba sentado a la sombra de unas encinas. De repente en la lejanía vio a tres hombres que se acercaban. No conocía a aquellos hombres, pero sin embargo, se levantó y acercándose a los extranjeros les invitó a que se quedasen con él para descansar un poco a la sombra.

Cuando Abraham se acercó a los extranjeros le sobrecogió un profundo respeto y se dio cuenta de que se trataba de personas fuera de lo común.

Y así era, ya que se trataba del Señor mismo con dos ángeles.

Aceptaron la invitación de Abraham y le acompañaron. En aquellos tiempos los hombres no usaban calcetines como nosotros, ni zapatos, sino que calzaban el pie desnudo sobre unas sandalias, por lo que con el viento la ardiente arena se adhería a los pies, que quedaban cubiertos de polvo.

Abraham trajo agua fresca para que lavaran sus pies, mandó a Sara que cociese unos panecillos y él mismo fue al rebaño y escogió un becerro. Llamó a un siervo que, prestamente, se dispuso a matarlo y aderezarlo. Abraham tomó manteca y leche y dispuso la mesa para sus importantes huéspedes que muy pronto comieron los platos preparados.

Abraham mismo les sirvió. Terminada la comida el Señor dijo a Abraham:

-¿Dónde está Sara, tu mujer?

-En la tienda -respondió Abraham.

El Señor dijo:

-El próximo año, alrededor de estas fechas, Sara tendrá un hijo.

Sara estaba en la tienda, pero con curiosidad escuchaba lo que se decía fuera, y al oír su nombre, se puso a escuchar con más atención y así pudo oír la promesa del Señor de que tendría un hijo al año siguiente. Sara se rió. ¿Por qué? ¿No lo creía? Se rió porque ya no lo creía, ya no era posible. Creía

que nadie había oído su risa, pero el Señor todo lo sabe y todo lo ve.

De pronto, suena la voz del Señor:

—¿Por qué te has reído, Sara? Fue una sorpresa para ella.

Sara hizo precisamente lo que hacéis vosotros, muchas veces, cuando se descubre que habéis hecho algo malo, mintió. «No lo he hecho yo», decís; sin embargo el Señor lo sabe y a Él no se le puede engañar; decid siempre la verdad.

También Sara mintió y dijo:

—Yo no me he reído. Es una mentira, Sara, porque sí te has reído. Creo que Sara debió pasar vergüenza, incluso es posible que se haya sonrojado.

Más tarde, los huéspedes de Abraham se levantan y se marchan. Abraham les acompaña durante un breve espacio, marchando silenciosamente al lado de sus huéspedes celestiales.

De pronto dijo el Señor:

—¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer? Luego el Señor dice a Abraham que iba camino de Sodoma y de Gomorra, porque había oído y visto sus clamores, sus blasfemias, sus burlas, sus actos impíos y los castigará, destruirá a Sodoma y Gomorra. Abraham se espanta ante tal noticia, sabiendo que Lot vive en Sodoma y si esas ciudades son destruidas y muertos sus habitantes, Lot también morirá con ellos. Un sentimiento de tristeza se apodera de Abraham.

Es verdad que Lot no se ha portado muy bien con él, sólo ha pensado en sí mismo, incluso tuvo que arriesgar su vida para liberarle de manos del rey Quedorlaomer y aún así, Lot volvió a quedarse en la impía Sodoma.

Sin embargo, Abraham sufre por ello cuando oye que el Señor quiere destruir estas ciudades e inmediatamente piensa en Lot. Noble Abraham. ¡Qué diferente a su sobrino!

Pero... ¿qué podrá hacer Abraham? Durante unos momentos guarda silencio. No se atreve a pedir al Señor que salve a Lot, porque sabe que el Señor es justo y si hiciese perecer a Lot, se lo merecería. Los dos ángeles siguen caminando hacia Sodoma, pero el Señor permanece aún junto a Abraham.

—Señor mío—dijo Abraham— me has dicho que vas a destruir aquellas ciudades, pero, quizás haya en Sodoma cincuenta

personas conversas, que no han blasfemado, ni se han burlado. ¿Destruirás la ciudad pese a ello? ¿Matarás a esos justos juntamente con los impíos? Con gran tensión Abraham espera la respuesta. El Señor dice:

-No, Abraham, si encuentro cincuenta justos en esa ciudad, Yo salvaré la ciudad. Pero Abraham temía que no hubiese cincuenta justos y siguió:

-Señor, si hay cinco menos, no cincuenta, sino cuarenta y cinco, ¿destruirás, entonces por esos cinco la ciudad?

-No -dijo el Señor- no lo haré tampoco.

De nuevo Abraham pide al Señor:

-¿Y si hay cuarenta?

-Yo salvaré la ciudad, porque hay cuarenta justos.

-Pero, ¿si hay treinta, Señor, qué vas a hacer?

-Entonces la ciudad no será destruida -es la respuesta divina.

Aún insiste Abraham:

-Señor, ¿si se hallaren veinte justos en la ciudad?

-Entonces no destruiré la ciudad por esos veinte.

Abraham, en el fondo, no osa preguntar más. ¿No se enojará el Señor porque persista? Sin embargo, lo hace una vez más:

-Señor ¿si se hallaren diez? -pregunta tímidamente. El Señor le respondió:

-Abraham, si encuentro diez justos en Sodoma, la ciudad será salvada por esos diez.

Jóvenes, cuán grande es la misericordia del Señor. No se enojó cuando Abraham siguió preguntando, el Señor atendió con paciencia y escuchó cada ruego y hoy, Dios, sigue haciendo lo mismo.

Si estáis en dificultades pedid al Señor que os ayude. No pidáis una sola vez, seguid pidiendo porque el Señor no se enoja, el Señor escucha. Nunca habréis orado «demasiado», sino demasiado poco.

El Señor escuchó cada ruego de Abraham; si hubieran existido en Sodoma diez personas conversas, la ciudad entera se habría salvado por esas diez personas. Actualmente ocurre lo mismo. ¿Por qué salva el Señor a un país? Por esa razón, sencillamente.

El Señor se fue y Abraham quedó solo y lentamente volvió a su tienda. Ahora ya no sabía nada. Si hubiera diez justos en Sodoma, la ciudad se salvaría, pero si no se encontraban diez justos ¿qué sucedería? No lo sabía y, en caso de que la ciudad fuera destruida ¿qué pasaría con Lot? Tampoco lo sabía Abraham. Seguramente que esa noche Abraham no ha dormido, ha estado orando por el ingrato de su sobrino Lot.

Capítulo 12

LA DESTRUCCIÓN DE SODOMA Y GOMORRA

Génesis 19

Lot continuaba viviendo en Sodoma donde se había enriquecido. Sobre las extensas praderas que rodeaban la ciudad había hierba en abundancia. Sus vacas y ovejas engordaban prontamente y eran vendidas a los habitantes de Sodoma, lo cual le proporcionaba mucho dinero, que es lo que él deseaba porque enriquecerse era el propósito de Lot.

Habían pasado muchos años, se había casado con una mujer de Sodoma y tenía dos hijas. Pero Lot no vivía a gusto en Sodoma. Día a día veía la impiedad de sus gentes, oía sus blasfemias y sus burlas, veía las cosas malas que hacían. Él mismo no se atrevía a integrarse con ellos, le era imposible blasfemar como ellos y sufría mucho al ver que aquellas gentes no servían al Señor.

—Pero Lot, ¿por qué entonces no te mudas de Sodoma, por qué no sales? No te conviene seguir viviendo aquí.

Sí, jóvenes, Lot se daba cuenta de todo ello, pero sin embargo, continuó viviendo allí, le gustaba también ganar mucho dinero.

Un día había tenido mucho trabajo y además había sido un día muy caluroso, pero por la noche refrescó y después de la cena salió a dar un paseo y se dirigió hacia la puerta de entrada

a Sodoma. Allí se sentó para mirar las praderas que estaban fuera de la ciudad, donde pastaban tranquilamente unas vacas, tal vez, eran sus propias vacas.

De pronto, en la lejanía, vio que dos hombres se acercaban, no les conocía, porque eran extranjeros. Cuando se aproximaron, se levantó y se acercó a ellos. Lo mismo que hizo Abraham, ¿recordáis? Preguntó:

—¿A dónde vais? Acompañadme de forma que podáis comer y descansar en mi casa y de mañana podréis continuar vuestro viaje.

Ellos le respondieron:

—No, dormiremos en la calle.

—No lo hagáis, —insistió Lot— es mejor que me acompañéis y durmáis en mi casa. Los dos extranjeros acompañaron a Lot a su casa.

Les preparó un banquete y mientras los dos hombres comían, fuera se oyeron llamadas y gritos. Lot miró por la ventana para saber qué es lo que sucedía y se llevó un enorme susto. En la calle había un gran grupo de hombres. ¿Qué deseaba esa gente? Oíd lo que gritan:

—Sácanos a esos extranjeros que han entrado en tu casa, queremos molestarles.

—¿Por qué? ¿Qué han hecho esos dos hombres? Esos extranjeros no habían hecho ningún mal, pero la impiedad de los habitantes de Sodoma era tan grande que nadie estaba seguro en ella. Varones y hasta niños estaban ante la casa de Lot.

Lot sale de la casa y cierra la puerta tras sí, escuchemos lo que dice:

—Hombres, no debéis hacer tal cosa. Esos hombres han sido invitados a mi casa y en ella permanecerán, yo mismo les he pedido que me acompañen. Mirad, os entregaré a mis dos hijas, y haced con ellas lo que bien os pareciere.

Pero en lugar de aplacar, esto enardeció más a los sodomitas.

—No, no —gritaron— no queremos a tus hijas, queremos a esos extranjeros. Tú quieres gobernarnos a nosotros y tú mismo eres extranjero. Si te opones, te mataremos. Se acercan a Lot y quieren cogerle para pegarle, pero de pronto se abre la puerta

de la casa y uno de los extranjeros alarga su brazo, toma a Lot y le mete rápidamente en casa y después cierra la puerta.

Entonces sucede una gran maravilla. La multitud enardecida y gritando no pudo hallar la puerta. Buscaban y buscaban, daban vueltas alrededor de la casa, palpaban con las manos, pero no vieron la puerta en ninguna parte. ¿Qué sucedió? Fueron heridos de ceguera, no quiere decir que se quedaron ciegos para siempre, no, fue una ceguera temporal.

Todos los esfuerzos que realizaron para buscar la puerta resultaron inútiles y por fin renunciaron a seguir buscando y se marcharon a sus casas a dormir.

Poco a poco fue reinando la tranquilidad en los alrededores de la casa de Lot y al fin la calle quedó desierta; todos habían desistido en sus tentativas, tanta búsqueda les había agotado.

Lot está sentado a la mesa, está pálido y desencajado por el tremendo susto que ha tenido, había faltado muy poco para que le mataran. De pronto el profundo silencio fue roto:

—¿Tienes parientes en la ciudad? —preguntaron los extranjeros a Lot.

—Ve por ellos y tráelos a tu casa, porque vamos a destruir este lugar. Es posible que Lot se haya dado cuenta de que los extranjeros no eran hombres, sino ángeles. Eran los mismos ángeles que estuvieron con Abraham y comieron en su tienda.

Recordaréis que esos ángeles siguieron andando cuando el Señor se quedó con Abraham. Habían venido para sacar a Lot de Sodoma antes de que la ciudad fuera destruida.

—Sí —respondió Lot— hay dos jóvenes en la ciudad que quieren casarse con mis hijas.

—Ve de prisa para traerlos —le dijeron. En plena noche, Lot camina por las calles de Sodoma, todos duermen. Llega a la casa de los dos jóvenes, da unos golpes en la puerta. Quizás, tiene miedo a que puedan despertarse otros hombres y le cojan en la calle, ¿qué haría? Ahora no estaban los ángeles para protegerle.

Espera, se abre la puerta y los jóvenes con gran sorpresa miran a Lot y le preguntan qué es lo que quiere:

—Debéis venir conmigo —les dice— porque Sodoma será destruida. Le miran admirados y luego comienzan a reírse. Le

piden que los deje, que desean dormir. Pese a que Lot les está diciendo la verdad, no le creen. Cierran la puerta a su futuro suegro y le dejan. No le queda a Lot más remedio que volverse. Llega solo a casa y cuenta lo sucedido, no han querido acompañarle.

–Bien –dicen los ángeles– debéis marcharos. ¿Marchar? ¿A dónde? ¿Abandonarlo todo? ¿Su capital, sus vacas, sus ovejas? Lot no puede aceptarlo; ¿ha de dejar esos bienes por los que tanto ha luchado y por los que tanto se ha afanado? Si pudiera llevarse algo consigo... Lot queda dudando, no tiene ningún deseo de salir. Por fin los ángeles cogen a Lot y le sacan fuera, también su mujer y sus hijas son sacadas fuera por los ángeles.

Es terrible, precisamente estos ángeles han venido a Sodoma para salvar a Lot de la muerte y Lot no quiere ser salvado. A la fuerza lo sacan de su casa.

También hoy sucede lo mismo, jóvenes. Cada domingo en la Iglesia se predica el Evangelio, se predica la necesidad de la conversión y el arrepentimiento para poder tener una eternidad feliz y... ¿No preferís quedar en vuestros pecados? Sin embargo, el Señor tiene que sacaros del estado de pecado. Preferimos escuchar al diablo antes que al Señor. Lot tuvo que salir aun a pesar suyo ¿por qué? Porque el Señor quería salvar a Lot por la sola gracia.

Camina con su mujer y sus hijas por las calles de Sodoma, aún es de noche, pero poco a poco comienza a clarear por el oriente. Atraviesan la puerta y salen de Sodoma. Fuera de Sodoma está el Señor mismo y dice a Lot:

–¿Ves aquellos lejanos montes? Marcha de prisa en dirección a ellos. No podéis deteneros, ni volver la cabeza para mirar atrás. Huid, huid para salvar vuestra vida.

Ahora Lot no vacila, no duda, ahora cree que sucederá así. Viendo que los montes están muy lejos piensa: «No podré llegar tan lejos y pereceré.» A poca distancia había una ciudad, llamada Zoar.

–Señor, –suplicó– los montes están muy lejos, temo no poder llegar hasta ellos, ¿puedo quedarme en Zoar?

Por causa de Lot esa ciudad entera fue salvada y todos los habitantes de Zoar pudieron seguir viviendo en ella.



La salida de Sodoma

–Date prisa –dijo el Señor– no esperes más, huye cuanto antes.

Lot sigue con su mujer y sus hijas. ¿Qué pensaría Lot para sí mismo? No lo sabemos, pero lo cierto es que marchó de prisa. La mujer de Lot también, pero pensaba: «Quiero ver Sodoma sólo una vez más, antes de que sea destruida, quizás vea mi casa, ¿podré hacerlo?» La mujer de Lot no hizo lo que el Señor había ordenado, fue desobediente y miró atrás. Inmediatamente el Señor la castigó y murió, quedó convertida en estatua de sal. Lot y sus hijas no volvieron la cabeza, siguieron caminando con rapidez. Estaban cansados, pero siguieron adelante sin detenerse. Por fin entraron en la ciudad de Zoar cuando salía el sol.

Posiblemente los habitantes de Zoar no supieron que debían la vida a ese hombre que, jadeante, cruzaba la puerta de la ciudad.

En el mismo momento en que Lot entraba en la ciudad de Zoar el Señor hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra y sobre toda la llanura.

No tardó mucho y todo fue un inmenso incendio. ¡Qué espanto para los habitantes de esas ciudades! La noche anterior se habían burlado y blasfemado, pero ahora ya no se burlaban ni blasfemaban. Ahora piden socorro, intentan huir, pero es en vano. Casas, árboles, todo está envuelto en llamas, sus ropas comienzan a arder, gritan y claman por las calles en su angustia de muerte. Quien huía fuera de la ciudad tampoco se salvó pues todo estaba envuelto por las llamas. Los dos jóvenes que iban a casarse con las hijas de Lot también perecieron abrasados. Cuando comprendieron que Lot les había dicho la verdad, era demasiado tarde.

Si le hubieran escuchado y se hubieran ido con él ¡ahora ya era demasiado tarde, todo estaba perdido!

Todo estaba envuelto por las llamas, no sólo la ciudad, sino también las praderas fuera de la ciudad y las vacas y las ovejas que pastaban en los prados. En el lugar que fue una fértil llanura, donde estaban Sodoma y Gomorra se formó un mar, que aún hoy día existe. En este mar no hay ni un solo pez y si alguno entra, muere. En sus orillas no crece ni una

sola planta, todo muere allí, por eso su nombre es «Mar Muerto».

Jóvenes, éstas son las consecuencias del pecado, así perecerá el mundo y entonces, también, los hombres gritarán y se lamentarán. Entonces todos los blasfemos y los que se burlan de Dios tendrán que comparecer ante Él. Será una situación terrible. Dios dirá a todos los hombres inconversos:

—Apartaos de mí, malditos —y después serán lanzados al fuego eterno.

Vosotros también tendréis que comparecer ante Dios, ¿qué escucharéis? ¿Pensáis alguna vez en ello? Ahora es el tiempo de doblar cada día las rodillas y pedir al Señor que os libere del pecado y os convierta.

Ahora es posible; mañana, quizás, sea demasiado tarde.

Una vez que llegó a Zoar, Lot podía volver la cabeza. ¡Qué escena más sobrecogedora! Por todas partes se levantaban llamas y humo, todo era un mar de fuego. Las llamas lo devoraron todo, casas, animales, árboles, todo. En la lejanía, Lot vio a su mujer en pie, muerta por su desobediencia.

Jóvenes, no imitéis a la mujer de Lot. Había sido sacada de su casa por los ángeles, estaba en el camino de Zoar, pero nunca llegó a Zoar. Lot no se quedó en Zoar por mucho tiempo, no se atrevía; quizás temiese que Zoar también fuera destruida. Con sus hijas huye a la montaña y se quedan en una cueva. Es más pobre que una rata.

Lot, ¿de qué te han servido tus riquezas? De nada, todo ha sido arrasado por el fuego y no has podido salvar nada.

Después las hijas de Lot tuvieron un hijo, uno se llamó Moab, el otro Ben-ammi y de ellos nacieron dos pueblos, los Moabitas y los Ammonitas. Procurad recordar estos dos nombres porque más adelante volveréis a leer sobre ellos.

Capítulo 13

ISAAC E ISMAEL

Génesis 20

Aún es muy de mañana, la tierra está húmeda por el rocío y comienza a clarear, pero aún no alumbra el sol. Por entre la húmeda hierba camina un hombre viejo que comienza a subir una colina. La claridad aumenta más y más y el sol aparece por el horizonte.

¿Quién es ese hombre de edad y a dónde se dirige? Es Abraham; el día anterior había recibido la visita del Señor y dos ángeles y piensa que Sodoma será destruida, ya que ni siquiera diez hombres conversos moran en ella. En su corazón hay una gran preocupación: ¿Habrà perecido también Lot? Abraham no lo sabe, no ha dormido durante toda esa noche, y ha estado orando.

Se ha levantado muy de mañana y ahora sube a una colina, cuando el rocío de la noche aún cubre la tierra. Por fin, llega a la cima y mira a su alrededor. Allí, en la lejanía ve el río Jordán; normalmente podría haber visto también las ciudades de Sodoma y Gomorra, pero en esta mañana no ve nada, sólo ve una gran nube de humo que asciende. En este momento, Abraham tiene la certeza de que Sodoma y Gomorra han sido destruidas y Dios ha castigado a esta gente impía. Pero ¿qué le habrá pasado a Lot? ¿Habrà perecido también? Son preguntas a las que Abraham no sabía qué contestar.

En la Biblia leemos que Dios pensó en Abraham, sacando a Lot de Sodoma. ¿Había dejado Dios a Abraham totalmente ignorante acerca de la suerte de Lot? ¿Qué pensáis? No, jóvenes, la Biblia dice: «Dios pensó en Abraham.» De qué manera Dios lo ha hecho, no lo sabemos, quizás Él mismo se lo ha comunicado a Abraham o, quizás Abraham lo ha oído de otras personas, no podemos leerlo en ninguna parte.

Pasado algún tiempo Abraham dejó de nuevo este lugar y se marchó al sur, al país de los filisteos. Allí hizo exactamente lo mismo que en Egipto, dijo que Sara era su hermana.

El rey de los filisteos, Abimelec, quiso casarse con Sara y la tomó, hizo igual que había hecho Faraón, rey de Egipto. ¿Lo recordáis? ¡Ah! Abraham, es ya la segunda vez que no eres sincero. ¿Por qué lo haces? Bueno, jóvenes, Abraham tenía miedo que le matasen al oír que Sara era su mujer. En ese momento, Abraham, no tenía fe de que el Señor le guardaría. Pero, también, esta segunda vez el Señor le ayuda de nuevo. Abimelec cayó enfermo y el Señor le reveló la razón por la cual estaba enfermo. El Señor le dijo que devolviese a Sara a Abraham. Abimelec lo hizo y entonces el Señor lo sanó.

Génesis 21

Un día Abraham y Sara tuvieron un hijo, el Señor se lo había prometido y ahora sucedió. Cuando el Señor promete algo siempre cumple Sus promesas, Dios no nos engaña nunca.

Había pasado mucho tiempo. Abraham llevaba 25 años viviendo en Canaán y sólo ahora cumplió el Señor su promesa. ¡Qué alegría tan grande para Sara, pues el Señor no la había olvidado! Al hijo le llamaron Isaac. Abraham estaba también muy contento, pero Agar e Ismael no compartían esa felicidad, estaban enojados. ¿Por qué? Bueno, Agar se dio cuenta de que todas las vacas y las ovejas, todo el oro y la plata de Abraham ya no serían para Ismael, sino para Isaac, el hijo de Sara. Ahora, Isaac sería el heredero de todo.

Agar no había llegado a creerse que Sara podría tener un hijo porque Sara era muy vieja, tenía noventa años y Abraham tenía

cien años de edad. Pensaba que era imposible que tuvieran un hijo y, sin embargo, para decepción de Agar, ha ocurrido. Es probable que Agar e Ismael lo hayan comentado juntos, incluso, es posible que Agar haya dicho a Ismael: Ahora no obtendrás nada, todo será para tu hermanito Isaac; qué lástima, ¿verdad? Quizás, haya esperado Agar que Isaac cayese enfermo y muriese, así todo sería para Ismael, pero... Isaac no enfermó, no murió, el Señor cuidó de que no sucediese así. Se crió saludablemente. Es fácil comprender que Sara haya cuidado con un gran cariño y esmero de su pequeño. Sara y Abraham han amado mucho a Isaac. Agar e Ismael no le amaban, tenían envidia de él. Ismael no quería nunca jugar con su hermanito y Agar tampoco miró en la cuna, en que estaba durmiendo el pequeño Isaac.

Los dos preferían que Isaac nunca hubiera existido. Era una mala acción por parte de Agar e Ismael.

Cuando Isaac tenía cerca de tres años, Abraham preparó una gran fiesta en honor de Isaac. En esta fiesta Sara vio que Ismael se burlaba de su hijo y se enojó mucho contra Ismael. Pensaba: «Quizás Ismael quiere hacer daño a mi pequeño hijo. Quizás Agar e Ismael quieren matar a mi pequeño Isaac.»

Sara fue a su esposo y le dijo:

—Abraham, tienes que despedir a Agar e Ismael. No les debes dejar que sigan viviendo aquí. Entonces Abraham se enfadó mucho con Sara y contestó:

—No, no lo haré, Ismael es también mi hijo, lo mismo que Isaac. Quiero a Ismael tanto como a Isaac. No, Sara, no lo haré. Es posible que Sara le haya contado el porqué de su petición y lo que haya visto y oído, pero Abraham no deseaba escucharla y se marchó enojado.

Esa misma noche Abraham no podía conciliar el sueño y pensaba mucho en ello. Entonces el Señor vino a Abraham y le habló:

—Abraham, te has enojado porque Sara te ha dicho que debes despedir a Agar e Ismael. Pues Sara tiene razón, Abraham. Debes escuchar a tu mujer y hacer lo que ella te ha dicho. Debes despedir a Agar e Ismael. Tendré cuidado de Ismael, que será una nación grande, pero Yo estableceré mi pacto con Isaac, él es el hijo de la promesa, Ismael no lo es.

Cuando escuchó la palabra del Señor, Abraham no quiso ser desobediente. Muy de mañana se levantó, tomó pan y un cántaro de agua, llamó a Agar e Ismael y les dio el pan y el cántaro de agua despidiéndoles después. De esta forma Agar e Ismael emprendieron su camino hacia el desierto. Habían sido expulsados.

Quizás Agar has llorado, pero es tuya la culpa, Agar; tú eres la causa de que Ismael haya obrado mal; tú eres la causante de que Ismael odie a Isaac, tenías que habérselo prohibido, nunca debiste hablar mal de Isaac ante Ismael y es lo que has hecho. Deberías haber dicho:

–Ismael, sé amable y cariñoso para con tu hermano.

Agar no lo había hecho así y ahora tenían que pagar las consecuencias de su forma de actuar. Agar, ¿dónde vas? ¿Dónde te diriges? ¿Dónde dormirás esta noche? Agar no lo sabía, ni tampoco su hijo Ismael, que ya tiene diecisiete años de edad.



Agar e Ismael son despedidos por Abraham

Juntos se adentran más y más en la soledad del desierto, están tristes, andan horas y horas agobiados por un calor sofocante. A cada momento, Ismael pedía a su madre un poco de agua porque tenía mucha sed y Agar se la daba. Pero el agua del cántaro iba disminuyendo poco a poco hasta que por fin se acabó.

—Madre mía, tengo mucha sed, ¿no puedes darme un poco de agua? —pidió Ismael de nuevo.

—Hijo, no tengo más agua. Mira con atención a ver si descubres un pozo de agua en alguna parte, —respondió Agar.

Ella misma iba buscando, pero no encontró agua en ninguna parte. Hacía un calor insoportable.

—Madre, tengo una sed terrible. Comienzo a tener dolor de cabeza, —se quejó Ismael.

—Hijo, no tengo ni gota de agua. Busca bien, quizás hallemos aún agua.

Pero, a pesar de todas sus tentativas, no encontraban agua. Finalmente Ismael dijo:

—Madre, no puedo más, estoy muy cansado, me encuentro muy mal.

Agar no sabía qué hacer, no podía cargar con su hijo, era demasiado pesado. Vio unos arbustos que ofrecían un poco de sombra y bajo esos arbustos puso a su hijo. Marchó un poco más adelante y se sentó en la ardiente arena para no oír los gemidos de Ismael. No pasaría mucho tiempo e Ismael moriría de sed.

Agar comenzó a llorar de tristeza y angustia, pero nadie la oía, nadie la veía, nadie podía ayudarla. ¿Nadie?

Súbitamente oyó una voz:

—¿Qué haces, Agar? ¿Por qué lloras así? No temas, Agar, pues he oído el gemido de Ismael. Ismael no morirá, vivirá y Yo haré de él una nación grande.

¿Quién ha hablado...? El Señor. Agar había pensado que nadie la veía, pero, sin embargo, Dios la vio. Entonces Dios abrió los ojos de Agar y allí cerca vio una fuente. ¿Cómo pudo ser? ¿Por qué Agar no había descubierto antes aquella fuente?

Prestad atención, en el desierto había muchas fuentes que eran cavadas por los pastores, pero debido a las tormentas de arena que se producen en el desierto y como aquellas fuentes no tenían tapas, no tardaban mucho en ser cubiertas totalmente por la arena. En algunas ocasiones la abertura de las fuentes era tapada con ramas y una piedra grande. Las ramas y la piedra poco a poco eran tapadas por el arenal, de forma que una persona que no estuviera al corriente no podía descubrir esas fuentes. Quizás, esto fue lo que ocurrió.

Agar estaba sentada cerca de una de esas fuentes invisibles y cubiertas de arena, pero no lo sabía, no podía verla hasta el momento en que el Señor le abrió los ojos y entonces vio la fuente. Se levantó de prisa y desempolvando la piedra apartó las ramas de manera que la fuente quedó al descubierto. Con mucha prisa sacó agua fresca, se acercó a su hijo y le dio de beber. No tardó mucho en restablecerse Ismael. Poco después podía caminar de nuevo. Así el Señor asistió a Agar e Ismael, que han seguido viviendo en el desierto.

Cuando el pan se acabó, Ismael se fue a cazar, cogió aves y otros animales, los llevaba a su madre y ésta los preparaba y de esta forma tenían algo que comer.

Más tarde, Ismael se casó con una joven de Egipto, el país de origen de Agar. Ismael tuvo doce hijos y éstos, a su vez, tuvieron más hijos, de tal manera que Ismael fue un pueblo grande, los ismaelitas. Este pueblo aún existe, pero ahora le conocemos con el nombre de «árabes». Sin duda, habéis oído hablar de ellos, ahora cuando leáis en un periódico o libro algo de los árabes ya sabéis que éstos son descendientes de Ismael, hijo de Abraham y de Agar.

No sabemos a qué edad murió Agar, pero Ismael sabemos que murió a la edad de ciento treinta y siete años.

Capítulo 14

EL SACRIFICIO DE ISAAC

Génesis 22

Fácilmente podemos comprender que, después de despedir a Agar e Ismael, los primeros años han sido de soledad para Abraham, ya que Ismael solía acompañarle cuando iba a atender el ganado; ahora tenía que ir solo ya que Isaac es todavía demasiado pequeño para acompañarle. Sin lugar a dudas Sara habrá cuidado muy bien de Isaac, tratando de evitar que le ocurriese ningún mal.

Abraham, por su parte, ama mucho a Isaac. Cuando Isaac creció su padre le llevaba consigo y de esta forma poco a poco se fue olvidando de Ismael.

Pasaron años de prosperidad y felicidad. En la noche, cuando Abraham regresaba a casa, los tres se reunían en la tienda e Isaac le pedía a su padre que le contase algo. Abraham contaba todas las hermosas historias que él había oído, de la creación, de Caín y Abel, del diluvio, de la construcción de la torre. También narraba los sucesos de su propia vida, cómo salió de Mesopotamia, sobre su sobrino Lot, la destrucción de Sodomá y Gomorra.

¿Hacen esto también vuestros padres, jóvenes? ¿Os cuentan lo que nos narra la Biblia?

Abraham lo hizo muchas veces e Isaac le escuchaba con mucha atención. Sara estaba presente y la felicidad se reflejaba

en su rostro. Desde su juventud Isaac fue un muchacho que temía al Señor. Abraham también le contó que era necesario que viniese el Señor Jesús para sufrir y morir en lugar de Su pueblo, para salvar a su pueblo de los pecados. Isaac se arrojaba antes de dormir y pedía al Señor que le perdonase sus pecados. Deseo que vosotros hagáis lo mismo que Isaac cuando aún era un muchacho, que temía y servía al Señor. Será un gran gozo para vosotros.

Isaac creció y pronto ayudó a su padre en el trabajo.

Una noche Dios vino a Abraham y le dijo:

—Toma ahora a tu hijo, tu único a quien amas, Isaac, y vete a tierra de Moria y ofrécelo allí en sacrificio sobre uno de los montes que yo te diré.

¿Qué significa esto? ¿Tiene Abraham que sacrificar a su hijo Isaac? ¿Debe Abraham matar a su hijo Isaac y quemarlo sobre un altar? Eso es imposible, ¿verdad? ¿Y la promesa de Dios...?

Sí, a pesar de todo, ésta es la realidad. Dios le ordenó a Abraham que sacrificase a su hijo Isaac al que tanto amaba. ¿Se negaría Abraham a ello? Abraham hizo lo que el Señor le ordenó, hizo todo lo que el Señor le dijo, Abraham obedeció al Señor.

Se levantó muy de mañana, cortó leña y la cargó en su asno, tomó fuego (como sabéis entonces no existían las cerillas, ni los encendedores) y un cuchillo. Llamó a su hijo Isaac, tomó a unos criados y emprendieron el viaje.

Probablemente no ha dicho a Sara lo que iba a hacer, tal vez, ha pensado Abraham que el Señor le ordenaría volver y el viaje no sería necesario. Pero el Señor no dijo nada y Abraham continuó su viaje.

Viajan durante todo el día, de noche duermen en una pequeña tienda y al tercer día Abraham distinguió en la lejanía los montes de la tierra de Moria. ¿Qué pensaría Abraham durante aquellos tres largos días? Quizás, el diablo ha sugerido a Abraham:

—No lo hagas, vuelve. Si matas a Isaac no te queda nada, pues a Ismael lo has despedido y ahora vas a perder también a Isaac. Las lágrimas saltan de los ojos de Abraham cuando mira a Isaac, lo amaba mucho, pero ¿volver...? No, imposible;

no quería desobedecer al Señor. Abraham prefirió más a Dios que a todo el mundo, incluso, más que a Isaac, su hijo único.

Finalmente llegan a los montes de Moria. Abraham se detiene, toma leña del asno y dice a Isaac:

–Debes cargar con la leña, hijo mío. Isaac mismo debería llevar la leña y Abraham la puso sobre sus espaldas, sobre esa leña sería después sacrificado. Pero Isaac no lo sabía aún.

Jóvenes, es lo mismo que hizo el Señor Jesús: Él tuvo que llevar sobre sí el madero, la cruz en la que sería clavado, pero Jesucristo lo sabía muy bien. Aquí, Isaac es un símbolo del Señor Jesús.

Los dos criados, con el asno, se quedan en la ladera del monte.

–Esperad aquí –les dijo Abraham– después de haber sacrificado y orado, volveremos. Fijaos bien, Abraham dice: «volveremos».

Abraham toma el cuchillo y el fuego y así suben ambos al monte, sin decir nada caminan el uno junto al otro.

Abraham no puede hablar; piensa sin cesar en lo que el Señor le ha ordenado, que sacrifique a su hijo Isaac. ¡Qué pensamiento más atroz debió ser éste para Abraham!

De pronto Isaac dice:

–Padre mío, has olvidado algo. Llevas el cuchillo y el fuego. Yo llevo la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? ¡Qué pregunta más angustiada para Abraham! ¡Qué debe contestar? ¡Dirá abiertamente a Isaac lo que el Señor le ha ordenado? No, aún no, debe esperar y contesta:

–Dios proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío.

Continúan subiendo sin decir ni una palabra.

Al fin llegan a la cumbre del monte. Isaac arrojó la leña al suelo, Abraham deposita el fuego, pone a un lado el cuchillo y comienza a edificar un altar. Es posible que Isaac le haya ayudado.

Terminado el altar, Abraham toma la leña y la coloca en él y ¿entonces? Abraham llama a su hijo y le dice:

–Isaac, escucha atentamente. El Señor me ha ordenado que debo sacrificarte en holocausto.

¿Qué pensó Isaac? ¿Se asustó? ¿Se echó a temblar? Isaac,



El «sacrificio» de Isaac

escápate porque tu padre no podrá darte alcance, tú corres más que él.

No, Isaac no huye, serenamente dice:

—¿Lo ha dicho el Señor, padre mío? Entonces está bien. Heme aquí. Isaac se entregó voluntariamente a su padre para morir.

Siglos después el Señor Jesús hizo lo mismo, Él también habría podido escapar de la muerte pero no lo hizo, se entregó voluntariamente para ser crucificado y morir por Su pueblo.

En esta ocasión Isaac es también un símbolo del Señor Jesucristo.

Abraham toma a su hijo, lo ata y lo coloca sobre la leña, entonces toma el cuchillo y lo levanta.

En su corazón Abraham ya había obedecido la orden de Dios, en su corazón ya había ofrecido a Isaac en sacrificio, solamente su mano tenía que hacerlo.

Ya bajaba el cuchillo para darle el golpe mortal, pero... suena una voz:

–Abraham, Abraham –Abraham espera un momento y escucha– ¿Quién le llama? Es el Señor quien llama a Abraham; si le hubiera llamado un instante más tarde Isaac habría muerto.

El Señor dice:

–Abraham, es suficiente. Desata a Isaac y no lo mates, pues ahora Yo sé que me obedeces; sí, tú me has obedecido. Ahora sé que hubieras sacrificado realmente a tu hijo Isaac en obediencia a mi orden.

La alegría de Abraham debió ser inmensa, ¿verdad?

Desata las cuerdas a toda prisa y, poco después, Isaac está en el suelo al lado de su padre; detrás de ellos se oye un ruido, los dos vuelven la cabeza y allí, trabado entre las ramas de los arbustos, ven un carnero. Abraham corre, coge el carnero, lo lleva al altar y lo mata colocándolo después sobre la leña; aquel carnero es sacrificado en lugar de Isaac.

Ya os he dicho que el Señor Jesús llevó la cruz al igual que Isaac llevó la leña. Pero en lugar del Señor Jesús no se sacrificó un carnero, el Señor Jesús fue él mismo clavado en la cruz. El Señor Jesús murió en la cruz. Ese carnero que murió en lugar de Isaac también era símbolo del Señor Jesús. Isaac era libre, pero el Señor Jesús no era libre. Jesús sufrió la muerte para que Isaac viviese en la eternidad.

Cuando el humo del sacrificio subió, Dios habló por segunda vez a Abraham y le prometió de nuevo que Isaac no moriría, sino que de él saldría una gran nación, tan grande que no podría ser contada como las estrellas que son innumerables.

Abraham e Isaac descienden del monte. Abajo esperaban

los criados con los asnos. Todos vuelven a la tienda donde les esperaba Sara.

Sobre el mismo monte Moria, Salomón edificó posteriormente el Templo.

Génesis 23

Vivieron durante muchos años y fueron felices. Sara murió a la edad de ciento veintisiete años.

Muchas veces Isaac se sentaba a la cama de su querida madre y hablaba con ella, pero cuando Sara muere, Isaac la echa mucho de menos. Para Sara la muerte no era un mal, sabía que iba al cielo, porque había creído en el Señor Jesús que un día moriría por ella. Sara sabía que sus pecados habían sido perdonados. Cuando nosotros muramos ¿estaremos también seguros de dónde iremos?

Para Isaac la muerte de su madre significó una gran aflicción. Para sepultar a Sara, Abraham compró una tierra a un hombre llamado Efrón. En este campo había una colina en la que había una especie de cueva. Esta tierra era conocida con el nombre de la «heredad de Macpela»; en esta heredad Abraham e Isaac sepultaron a Sara, concretamente en la cueva existente en la colina y luego pusieron una gran piedra.

Isaac se sentía muy solo, no pasaba un día sin que pensara en su madre, por todas partes la echaba de menos, pero la muerte es implacable.

Capítulo 15

— EL MATRIMONIO DE ISAAC —

Génesis 24

Si tenéis sed no tenéis más que abrir el grifo y llenar un vaso de agua, es muy fácil ya que en casi todas las casas hay agua corriente. Solamente en algunas aldeas o caseríos no hay agua corriente, en ellos suele haber un pozo profundo del que se saca el agua.

En tiempos de Abraham no había agua corriente, había profundos pozos cavados en distintas partes. Ahora normalmente en las casas donde no hay agua corriente suele haber cerca de la casa un pozo, pero tampoco era así en los tiempos de Abraham, entonces había una sola fuente en cada pueblo y en ella bebían los animales y también la gente. De día y de noche venían las mujeres y mozas con el cántaro sobre el hombro para llenarlo de agua y llevarla a las casas.

Hemos hablado muchas veces de estas fuentes. Sin duda, recordáis cómo los pastores de Lot tuvieron discusiones y revertas con los pastores de Abraham a causa de uno de estos pozos; Agar, la madre de Ismael, estaba también sentada junto a uno de estos pozos. Estos pozos no sólo estaban en el país de Canaán, sino también en los demás países, como Mesopotamia, el país en el que Abraham nació y que abandonó por orden de Dios.

Un atardecer un grupo de viajeros se acerca a un pozo en

Mesopotamia; han caminado durante varios días a través del vasto desierto que recorrieron Abraham y Lot con su ganado cuando salieron de Mesopotamia. Ahora viajamos en tren, autobús, avión, automóvil, pero en el Oriente la gente suele viajar siempre montada en camellos. ¿Habéis visto algún camello? Sin duda que en el parque zoológico podréis verlos. Los hay con una sola joroba, que son utilizados para cargar mercancías y también los hay con dos jorobas y van en ellos bastante seguros.

Pues bien, los viajeros que llegan a este pozo en Mesopotamia, llevan camellos. Es para ellos una alegría el haber llegado ya a Mesopotamia. En el desierto no había agua, sólo arena y piedras y hacía un calor sofocante; para saciar su sed llevaban agua que se había calentado con el ardiente sol. Ahora están junto a un pozo del que brota agua fresca. Estos viajeros no llevan con ellos cubos y como el pozo es profundo no pueden sacar agua, por ello se sientan junto al pozo esperando que alguna moza o mujer se acerque a por agua y le pedirán que les dé agua. ¿Quiénes son estos viajeros? ¿De dónde vienen y a dónde van? Uno de ellos es un hombre ya viejo, parece ser el jefe ya que los otros hacen cuanto él les dice.

Es grato para este hombre poder sentarse un poco y descansar. Mirad, cruza las manos y cierra los ojos, está orando. Pero... ¿Quién es esta persona? Ya le conocéis, le hemos visto antes, ¿sabéis dónde? Con Abraham en la tienda, con las ovejas y vacas de Abraham; se trata de Eliezer, el criado de Abraham. ¿Recordáis que Abraham pensaba que sería este criado suyo quien heredaría todos sus bienes cuando él muriera? Si no lo recordáis podéis leerlo en el capítulo 10.

¿Qué hace ahora Eliezer junto a este pozo en Mesopotamia? Tal vez, ¿se ha escapado como Agar? No, Eliezer no se ha escapado, está cumpliendo un encargo de Abraham. Sí, Abraham ha enviado a Eliezer a Mesopotamia; os contaré la razón.

Sabéis que Sara ha muerto y que Isaac estaba muy triste porque amaba mucho a su madre. Isaac tenía treinta y siete años cuando murió su madre. Desde entonces han pasado tres años y a Isaac le era imposible olvidar a su madre, cada día pensaba en ella, la echaba de menos, sobre todo, por la noche

cuando regresaba de su trabajo Isaac no cesaba de llorar, siempre estaba triste. Abraham, su padre, se dio cuenta de ello y pensó que: «Isaac debía casarse, así tendría una mujer que le cuidase y estaría mejor».

¿Con quién podría casarse Isaac? En el país de Canaán había bastantes jóvenes, pero eran muchachas paganas que no servían al Señor, sino a los ídolos, imágenes de madera o piedra. Abraham no quería que Isaac se casase con una de estas jóvenes.

Un día Abraham tuvo una idea; llamó a Eliezer, su criado, y le dijo:

–Eliezer, soy muy viejo, tengo ciento cuarenta años y, quizás muera pronto. Prométeme que no tomarás para Isaac una mujer de los cananeos. Mis parientes viven en Mesopotamia, allí vive Nacor mi hermano. Debes ir a mis parientes en Mesopotamia y buscar allí una mujer para Isaac.

No era un encargo fácil para aquel viejo criado.

Eliezer preguntó a Abraham:

–¿Tengo que llevar a Isaac conmigo para que vuelva a aquel país?

–No –respondió Abraham con firmeza– eso no debes hacerlo. Precisamente debes prometerme que nunca lo harás. El Señor me ordenó que debía salir de Mesopotamia y, por tanto, no debes llevar allí a Isaac. Eliezer se lo prometió y preguntó:

–¿Y si aquella mujer no quiere acompañarme, qué debo hacer entonces?

–No harás nada –dijo Abraham– pero pienso que esa mujer te acompañará, porque será el Señor quien lo arreglará.

Después de esto, Eliezer tomó diez camellos, adornos de oro y plata y se puso en camino y ahora está en Mesopotamia junto a este pozo. Pero ¿qué debe hacer?

Nunca antes había estado en este lugar, no conocía a nadie... Eliezer ha orado, ha rogado al Señor que le ayudase, Eliezer oró:

–Señor mío, aquí no conozco a nadie, no sé a quién dirigirme; ayúdame. Si pronto viniera una joven, yo le rogaré que me dé un poco de agua para beber. Si esta joven dice: señor, beba cuanto desee, que mientras yo daré de beber a sus camellos,



Eliezer identifica a Rebeca en el pozo

ésta será la señal de que es la joven que debo llevar conmigo para que sea la esposa de Isaac.

Apenas Eliezer había dicho «amén», cuando llegó una joven, llenó el cántaro de agua y cuando iba a volverse, Eliezer le dijo:

–Tengo mucha sed, ¿me permites que beba un poco de agua?

–Sí, señor mío –dijo ella amablemente– beba cuanto desee. Cuando Eliezer había saciado su sed, ella dijo:

–Espere, que también daré de beber a sus camellos. Eliezer quedó maravillado, porque era precisamente así como había rogado al Señor y Él había escuchado su ruego.

–¿Quién eres, cómo te llamas? –preguntó Eliezer a la joven.

–Me llamo Rebeca, soy hija de Betuel y mi abuelo se llama Nacor –contestó.

–Yo soy criado de Abraham –le dijo Eliezer.

–¿De Abraham? –exclamó Rebeca con gran sorpresa–. Mi

padre y mi abuelo han hablado muchas veces de él, es mi tío.

Ya veis, jóvenes, cómo el Señor ayudó a Eliezer. También lo hará con vosotros si le reconocéis como Señor de vuestras vidas, como Señor de todo.

Eliezer da las gracias a Dios por ello y tomando unos hermosos pendientes de oro y unos brazaletes se los dio a Rebeca y le preguntó:

–¿Hay lugar en casa de tu padre, donde podamos quedarnos?

–Voy a preguntarlo –fue la respuesta de la joven– pienso que sí, pues además tenemos paja y mucho forraje.

Corrió a su casa.

–Madre, mira lo que me han regalado.

–¿Quién?, le preguntaron con gran curiosidad.

–Allí, junto a la fuente, está sentado un criado de Abraham y él me lo ha dado. Pregunta si puede quedarse aquí.

Rebeca tenía un hermano que se llamaba Labán, cuando vio aquellos hermosos regalos pensó para sí: «A ver si puedo obtener también algo para mí.» Se dirigió de prisa a la fuente y dijo:

–Entre, bendito del Señor, acompáñeme y podrá quedarse en nuestra casa. Muy amable la invitación de Labán, ¿verdad? Labán no pensaba en la bendición del Señor, sino en el oro. Era muy astuto y avaricioso. Más tarde oiréis hablar más de él.

Eliezer siguió a Labán, llevaron los camellos al establo y les dieron de comer; después, Eliezer y los otros criados entraron en la casa. Primeramente recibieron agua para lavarse los pies, después les prepararon la mesa y el pan.

–No –dijo Eliezer– antes de comer quiero hablar del objeto de mi visita.

Luego narró que Abraham y Sara habían tenido un hijo, Isaac y que él estaba aquí de parte de Abraham para buscar esposa para su hijo. También explicó cómo había orado al Señor y su ruego había sido atendido. Betuel, padre de Rebeca, y Labán, su hermano, escuchaban en silencio. Cuando Eliezer terminó de hablar, dijeron:

–Nosotros no podemos juzgar en este asunto. Que sea Rebeca quien decida.

–Rebeca, ¿acompañas a Eliezer y deseas ser la esposa de Isaac?

–Sí –contestó Rebeca– iré con él. Eliezer se llenó de alegría y nuevamente dio gracias al Señor.

Pasaron allí la noche y a la mañana Eliezer deseaba partir.

–No, –dijeron los padres de Rebeca– no salgas tan pronto, quédate diez días con nosotros.

–No, es mejor salir cuanto antes –contestó Eliezer– comprenderéis que Abraham estará deseoso de que vuelva cuanto antes, ¿para qué hacer esperar a mi amo?

Entonces preguntaron a Rebeca qué era lo que deseaba. Pensaban que ella desearía permanecer algunos días más en casa, pero Rebeca contestó:

–Acompaño a Eliezer, cuando se marche iré con él.

Rebeca tomó a unas criadas, se despidió de sus padres y de su hermano Labán y partió con Eliezer para un país extraño y lejano, llamado Canaán.

Nuevamente tuvieron que atravesar el desierto, pero el Señor les guardó y llegaron un atardecer al lugar donde vivía Isaac.

Cuando se acercaban a la tienda de Abraham, un hombre paseaba por allí; era Isaac que había salido fuera para orar. Posiblemente pedía al Señor por Eliezer para que regresara pronto.

De pronto, en la lejanía, ve a los que se acercan y corre a su encuentro. Rebeca lo vio acercarse, pero no sabía que era Isaac.

–¿Quién es ese hombre? –preguntó a Eliezer–. Éste le respondió:

–Éste es mi amo, es Isaac.

Entonces Rebeca saltó del camello y se fue al encuentro de Isaac. Se había puesto un velo para cubrir su rostro, como era la costumbre en aquellos países. Luego Isaac llevó a Rebeca a su tienda y se casó con ella. Desde ahora Rebeca era su esposa.

Ahora, cuando Isaac después del trabajo regresaba a su tienda, Rebeca ya había puesto la mesa. Cuidaba con gran esmero de Isaac. Él cada día la amaba más, ya no se sentía triste ni afligido, como después de la muerte de su madre porque Rebeca estaba siempre con él, le preparaba las comidas, la ropa.

En la Biblia podemos leer: «Isaac fue consolado después de la muerte de su madre.»

¡Qué felicidad para Isaac! ¿Verdad, jóvenes?

Capítulo 16

JACOB Y ESAÚ

Génesis 25

En el verano acostumbra a hacer mucho calor, sobre todo, al mediodía, pues en el país de Canaán suele hacer bastante más calor que en nuestros países; por ello, las gentes prefieren trabajar por las mañanas o al atardecer y a la hora del mediodía prefieren reposar un poco. Una de esas calurosas tardes, a la sombra de unos árboles junto a la tienda, un joven está cocinando lentejas. La lenteja es una legumbre parecida al guisante, pero más aplastada.

Pues bien, ese joven está preparando un guisado de lentejas para comerlo. De pronto llega su hermano que había estado de caza y es posible que hubiera tenido que caminar más de lo previsto siguiendo a algún animal. Con la caminata y el mucho calor ahora llega cansado, sudoroso y hambriento. Exhausto se sienta, no puede más. ¿Quiénes son estos dos jóvenes? Son los hijos de Isaac y Rebeca. En el capítulo anterior os conté que Eliezer había llevado desde Mesopotamia a Rebeca y que Isaac se casó con ella. Han pasado muchos años y han vivido en gran felicidad.

El Señor ha bendecido a Isaac al igual que lo hizo con su padre Abraham, e Isaac tiene muchas vacas y ovejas.

Al principio, al igual que Abraham y Sara, Isaac y Rebeca no tenían hijos.

¿Sabéis qué es lo que hacía Isaac muchas veces? Frecuentemente oraba por ello. Antes de comer, Isaac oraba en voz alta en la mesa, pedía la bendición sobre los alimentos, pero también pedía que pudiesen tener hijos. Parecía como si el Señor no quisiera escucharles, pues ya había transcurrido mucho tiempo, veinte años habían pasado. A veces estaban preocupados por el temor a no tener hijos y sin embargo, Isaac no debería temer, pues el Señor le había prometido que de él haría una nación grande. Así era, pero Isaac muchas veces dudaba de la promesa. Por fin, veinte años después de casados tuvieron dos hijos, dos niños. Al primogénito le llamaron Esaú, al segundo le pusieron el nombre de Jacob. El Señor había atendido las oraciones de Isaac, sus ruegos no habían sido en vano.

Fue una gran alegría para Isaac y Rebeca. Podéis estar seguros de que Isaac ha dado gracias al Señor. Abraham, que aún vivía, también se ha alegrado y seguro que cuando Esaú y Jacob han crecido, han dado algunos paseos con su abuelo y Abraham les habrá relatado las antiguas historias y también les ha hablado de las promesas de Dios.

Esaú seguía charlando, porque no podía entender muy bien esas historias, pero Jacob siempre escuchaba con gran atención, y pensaba: «Quiero obtener esa bendición de Dios, de manera que el Señor Jesús pagará por mí en el futuro.»

Cuando los dos muchachos tenían quince años murió su abuelo Abraham, que había llegado a la edad de ciento setenta y cinco años. Abraham no temía la muerte, pues había visto por la fe, que el Señor Jesús pagaría por sus pecados.

Muy pronto fue sepultado Abraham. Isaac y su hermanastro Ismael, hijo de Agar, se ocuparon de ello; han llevado el cadáver a la cueva de Macpela. Sara también había sido sepultada allí, así pues, Abraham y Sara están reunidos en una misma sepultura.

Es lógico que Jacob y Esaú hayan echado de menos a su abuelo, pero la muerte no tiene contemplaciones.

Había una gran diferencia entre los dos hermanos; Esaú, el mayor, era cazador; era fuerte, alto, vigoroso, tenía las manos y el cuello muy velludos. Esaú nunca tenía miedo cuando iba de caza pues era indiferente; raramente pensaba en la muerte,

no se preocupaba casi nunca con la idea de que alguna vez tenía que morir. Jacob, su hermano, era muy diferente. No era tan grande ni robusto, sus manos y cuello no tenían vello, no era aficionado a la caza y prefería estar con su madre en la tienda. Jacob era calmoso y tranquilo, pero no era indiferente, al contrario, servía y temía al Señor. Muchas veces pedía al Señor que le perdonase sus pecados.

¿Quién de vosotros se parece a Jacob?

Isaac amaba más a Esaú que a Jacob, porque Esaú le llevaba de vez en cuando alguna liebre que había cazado con su arco y flecha. Cuando así ocurría le preparaba un buen guiso a su padre, asando la liebre de la manera que a su padre tanto le gustaba.

Rebeca amaba más a Jacob, porque Esaú casi nunca estaba en casa, siempre estaba cazando en el campo. Jacob, por el contrario, casi siempre estaba en la tienda con su madre y le ayudaba muy a menudo. Rebeca no tardó en darse cuenta que Esaú era muy indiferente, pero que Jacob temía al Señor y por eso prefería a Jacob.

La actitud de Isaac y Rebeca no era muy correcta, Jacob y Esaú eran sus hijos y deberían amarles a los dos por igual. Isaac no debería amar más a Esaú, ni Rebeca a Jacob.

En esa calurosa tarde, Esaú volvía de la caza, estaba cansado, hambriento y sediento y al llegar vio el plato del guiso de lentejas que Jacob había preparado. Tenía tanta hambre que pidió si podía comer algo.

—Ruégote que me des a chupar de ese guisado rojo —dijo a Jacob—. Esaú, ¿por qué no dices si puedes comerlo? El hombre no suele «chupar», eso lo hacen los animales. Podemos ver que Esaú es un joven muy descuidado porque así suelen hablar los muchachos descuidados; no dicen su cabeza sino su cabezón, jóvenes, es una costumbre que demuestra poca educación. Esaú era muy descuidado y por eso habla de chupar.

¿Qué hizo Jacob? ¿Le dio a su hermano? No, Jacob no lo hizo. Su madre le había contado que, según la palabra del Señor, él obtendría la mayor bendición, pese a que Esaú era el mayor y, por lo tanto, le correspondía recibir la mayor bendición.



Esau pide el plato de lentejas

Pero, ahora, Jacob pensó: «Trataré de comprar a Esau la primogenitura, la mayor bendición.» No era esto muy correcto por parte de Jacob, pues debería haber dado ese potaje a su hermano sin pedir nada a cambio. Aunque dijo:

—Puedes comerlo, pero a cambio yo recibiré la primogenitura. Véndemela.

Pero Esau no hizo tal cosa, no podía vender esa gran bendición; las promesas de Dios, la bendición de Dios, no las iba a vender por un poco de guisado de lentejas, ¿verdad? Pues sí, jóvenes, Esau, a pesar de todo lo hizo. Dijo:

-Si no como, me moriré y ¿para qué quiero entonces la primogenitura? No era cierto, Esaú no iba a morir porque no comiera entonces, además él mismo podría haber partido un trozo de pan y lo podía haber comido, pero no tenía ganas de hacerlo. Quería el guiso de lentejas, pues le gustaba mucho y contestó:

-Bien, te vendo mi primogenitura, tú podrás tener la mayor bendición, pero ahora dame ese plato. ¿Satisfizo esta respuesta a Jacob? No, pensó: «Puede que después Esaú se arrepienta de ello», por esta razón Jacob dijo:

-Tú lo dices, pero hay que jurarlo. Júralo. Esaú respondió:

-Lo juro, lo afirmo con juramento.

¿Sabéis lo que esto significa? Era como si Esaú hubiera dicho: «El Señor lo oye y lo ve. Si no te doy mi primogenitura, el Señor me castigue.»

Esaú, ¡qué horror! prefieres un pequeño plato de lentejas a la bendición del Señor. Eso es terrible.

Jacob estaba satisfecho, tomó pan, se lo dio a Esaú y le entregó el plato de lentejas. Esaú se lo comió todo con gran apetito, tenía mucha hambre y le gustó mucho.

Jacob le estaba contemplando y pensaba: «Muy bien, ahora tengo mi primogenitura.»

¿Por qué quería obtener Jacob la primogenitura?

Jacob no podía vivir sin el Señor y tampoco sin la bendición del Señor. Este deseo era loable, pero era detestable que Jacob recurriera a comprar la primogenitura a Esaú por un plato de lentejas. Era egoísta, Jacob debería haber esperado hasta que el Señor le diese esa bendición. Pero Jacob no lo hizo y fue una lástima.

Esaú, has perdido tu primogenitura, pero también has perdido la bendición del Señor, lo has menospreciado todo; pero Esaú no pensaba en ello.

Capítulo 17

== OBTENIENDO LA BENDICIÓN ==

Génesis 27

Pasaron muchos años, Esaú se casó, tomó a dos mujeres. Como ya os he dicho en otras ocasiones esto sucedía en aquellos tiempos con mucha frecuencia. Abraham también tuvo dos mujeres: Sara y Agar. También Esaú tomó dos esposas, ¿quiénes eran? No será necesario que os diga los nombres de ellas, pero os diré que eran mujeres cananeas y, por tanto, mujeres paganas que adoraban a los ídolos.

Este hecho causó gran tristeza a Isaac y Rebeca. Habían advertido a Esaú sobre el peligro que ello entrañaba, pero Esaú era testarudo y no les escuchó.

Jacob aún no se había casado, no quería tomar para sí una mujer pagana. Isaac y Rebeca ya eran viejos y, muchas veces, los viejos se vuelven achacosos, no pueden andar bien y tampoco su vista es buena.

Isaac perdió la vista, ya no podía ver nada y esto era muy molesto para él, de manera que siempre solía estar en la tienda sentado, y cuando se cansaba se echaba en la cama y entonces pensaba: «No viviré por mucho tiempo, voy a morir pronto.» Sin embargo, antes de morir quería bendecir a Esaú. Un día llamó a Esaú y le dijo:

—Esaú, toma tus armas y ve a buscar caza y prepáramela como sabes que me gusta y después te bendeciré.

Isaac, ¿qué haces? Sabes muy bien que hace años el Señor dijo que sería Jacob quien obtendría la bendición. Isaac lo sabe muy bien, sin embargo, quiere bendecir en secreto a Esaú porque le ama mucho, porque es un cazador muy fuerte que le trae la caza y se la prepara a su gusto. Esaú debería haber contestado:

–Padre mío, no es posible, no puedo recibir la bendición, porque la he vendido por un plato de lentejas. Pero Esaú no dijo nada y pensó: «Bueno, ahora a pesar de todo obtendré la bendición.» Tomó su arco y las flechas y se marchó.

Isaac no sabía que Rebeca lo había estado oyendo todo. Rebeca se asustó, pensaba que Esaú recibiría la bendición y no podía permitirlo, porque era Jacob quien tenía que recibirla. Tenía razón Rebeca, y debería haber ido a Isaac y haberle hablado claramente, pero no lo hizo. Corrió a Jacob y le dijo:

–Jacob, tu padre quiere bendecir en secreto a Esaú, no podemos permitirlo. Tú obtendrás la bendición. ¿Sabes lo que vas a hacer? Corre donde está el ganado y tráeme dos cabritillos, los asaré y guisaré sabrosamente. Luego ponte los vestidos de Esaú y preséntate a tu padre como si fueras Esaú. Así tu padre te bendecirá en lugar de a Esaú.

¡Qué horror! Rebeca, ¿eres capaz de engañar a un viejo ciego? Eso no está bien, es muy ruin de tu parte.

Jacob, vacilando, contestó:

–Madre mía, no lo haré, porque mi padre me descubrirá y en lugar de bendición me maldecirá. Rebeca calmó sus cavilaciones y dijo:

–No tengas miedo. Si sucediere así la maldición caerá sobre mí. Tú escucha mi voz y vete.

Jacob se fue, es una lástima, porque debía haberse negado a hacerlo, debería haber dicho:

–Madre, no puedo hacerlo, no puedo engañar a mi padre, que es viejo y está ciego. El Señor nunca podría darme de esta forma Su bendición.

Pero Jacob escuchó a su madre y se fue, tomó dos cabritos y su madre los preparó. Mientras tanto Jacob se vistió con las ropas de su hermano Esaú. Como ya sabéis Esaú era muy velludo y Jacob era lampiño.

¿Qué hizo Rebeca? Tomó las pieles de los cabritos y las colocó sobre las manos y el cuello de Jacob, de esta manera Jacob está también cubierto de pelos.

Jacob se dirige a la cama en que está Isaac:

–Padre mío, he aquí el guisado. Come para que me bendigas después. Isaac no podía ver nada, pero al escuchar la voz sintió recelos.

–¿Quién eres? –preguntó. Jacob respondió:

–Soy Esaú, tu primogénito, padre mío.

–¿Cómo es que estás de vuelta tan pronto, hijo mío?

Padre, apenas hube salido la caza estaba ante mí, es el Señor quien lo ha hecho.

Jacob, Jacob, estás haciendo mal, dices que es Dios quien te ha ayudado y eso no es verdad.

Isaac aún desconfiaba. Si pudiese ver por un momento, pero no podía ver nada.

–Acércate y te palparé –dijo– sabiendo que Esaú era velloso y Jacob lampiño.

Jacob se acercó e Isaac con sus temblorosas manos tocó las manos y el cuello de Jacob y sí, eran velludas, claro que sí, como que Rebeca las había cubierto con las pieles de los cabritos, lo cual no podía ver Isaac.

A Jacob le palpitaba el corazón y es lógico porque ahora su padre podía descubrir el engaño.

Isaac movía la canosa cabeza dubitativamente; ¡ah! si pudiese ver aunque sólo fuera por un momento.

–La voz es la de Jacob –murmuró silenciosamente– pero las manos son las de Esaú.

Una vez más pregunta directamente:

–¿Eres tú mi hijo Esaú?

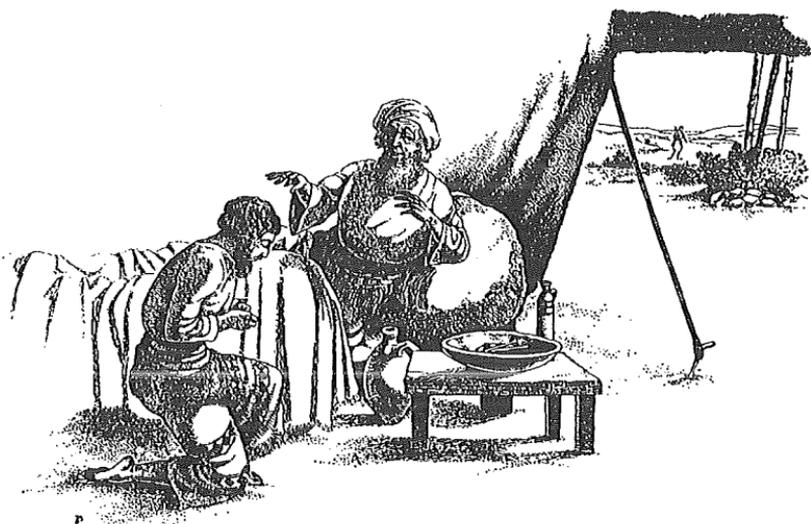
Jacob contesta:

–Sí, padre mío, soy Esaú.

Jacob, ¿cómo puedes mentir de tal manera?

Isaac se come las viandas y ni siquiera se percata de que no es caza, de que se trata de unos cabritos.

Terminada la comida pide a Jacob que le dé un beso, Jacob lo hace y como lleva puestos los vestidos de Esaú, Isaac olió el olor del campo, lo cual hace desaparecer la última duda de



Jacob es bendecido por su padre ciego

Isaac, que extiende sus manos sobre la cabeza de Jacob y le bendice, pensando que se trata de Esaú. Isaac dice:

—Mira el olor de mi hijo, como el olor del campo que Jehová ha bendecido; Dios, pues, te dé del rocío del cielo, y de las grosuras de la tierra y abundancia de trigo y de mosto. Sírvante pueblos, y naciones se inclinen a ti; sé señor de tus hermanos, y se inclinen ante ti los hijos de tu madre. Malditos los que te maldijeren y benditos los que te bendijeren.

¡Qué hermosa bendición! ¿Habéis oído, jóvenes? Jacob es puesto por encima de su hermano Esaú; Jacob no servirá a Esaú, será éste quien le servirá.

Era la misma bendición que Dios había dado a Abraham y éste a Isaac. Era la bendición eterna, la bendición de la alianza. Cuando Isaac ha terminado de hablar, se levanta Jacob y se marcha; ahora has obtenido la bendición de la primogenitura, pero... por medio de la mentira y el engaño. Nunca

deberías haberlo hecho y en el porvenir tendrás que soportar en tu vida las amargas consecuencias de ello.

Apenas había salido Jacob, cuando llegó Esaú con su caza, prepara los platos para su padre y entra:

–Padre mío, he aquí el guisado –dice–; levántate, come y bendíceme.

Isaac escucha esta voz y se asusta.

–¿Quién eres? –pregunta sollozando.

–Soy Esaú, padre mío, tu primogénito –contesta éste.

Isaac apenas puede hablar por la emoción:

–Hijo mío –dice–, tu hermano Jacob acaba de estar aquí, me ha engañado, he comido y le he bendecido.

Cuando Esaú escuchó estas palabras dio un grito.

Sí, Esaú, puedes gritar, pero, ¿has olvidado ya que vendiste tu primogenitura a tu hermano? Sin duda que lo recuerdas muy bien, pero a pesar de todo, quieres obtener la bendición robándosela a tu hermano. Isaac también lo sabía y ahora se da cuenta de que hizo mal queriendo bendecir a Esaú en secreto. Se da cuenta que ha fracasado y la bendición la ha recibido Jacob. Sin embargo, no cambia la bendición en maldición, dice:

–Yo le he bendecido y él será bendito. Esaú oye las palabras de su padre y rompe a llorar.

–Padre mío –grita– bendíceme también a mí.

Entonces Esaú recibió también una bendición, escuchemos:

–He aquí será tu habitación en grosuras de la tierra, y del rocío de los cielos de arriba; por tu espada vivirás y a tu hermano servirás; y sucederá cuando te fortalezcas, que descargarás su yugo de tu cerviz.

En el fondo no era una bendición, es verdad que recibía bendiciones terrestres, pero no la celestial. Tendría que servir a su hermano y así sucedió más tarde.

De Esaú ha nacido el pueblo de los edomitas y éstos han servido a los israelitas por mucho tiempo. Más adelante oiréis acerca de ellos. Esaú aborreció a Jacob por esta bendición y no leemos en ninguna parte que llegara a arrepentirse por la venta de su primogenitura. Sólo leemos de odio, pero la culpa fue del mismo Esaú; un plato de lentejas tuvo más valor para él

que la bendición celestial y eterna. Ahora ha perdido esa bendición.

Esaú sale de la tienda rebosando odio contra Jacob.

–Cuidado, hermano –susurra amenazadoramente– cuidado; cuando nuestro padre haya muerto te mataré.

Parece que alguien escuchó la amenaza de Esaú, quizás, alguno de los criados de Isaac y corrió a contarlo a Rebeca.

–Rebeca, Esaú quiere matar a Jacob.

Rebeca se asustó. ¿Qué hacer ahora? Sabía que Esaú era capaz de hacerlo. Pensó por unos momentos; tenía que hacer algo, tenía que proteger a Jacob, pero ¿cómo?

En seguida decide que Jacob debe irse, debe huir y así Esaú no podrá matarle.

–Jacob, ven aquí –dice. Jacob viene a su madre.

–Jacob, debes huir cuanto antes porque Esaú quiere matarte.

–Pero, ¿a dónde debo ir? –pregunta Jacob con espanto.

–Te irás al país donde vive mi familia, a Mesopotamia. Huye a mi hermano Labán, y permanece allí por algún tiempo.

Luego, Rebeca, va a Isaac y le dice:

–Isaac, tú sabes muy bien que estoy sufriendo por causa de que Esaú se ha casado con dos mujeres paganas. Jacob no debe casarse con una mujer pagana. Debe ir a mi hermano y tomar para sí una mujer de allí, ¿estás de acuerdo?

–Sí, –contesta Isaac– lo apruebo de todo corazón.

Manda llamar a Jacob.

¿Le habrá pedido ya perdón Jacob? No lo sabemos, pero podemos leer que Isaac vuelve a bendecir a Jacob con la bendición de la alianza, la bendición de Abraham.

Jacob se despide de su madre a la que tanto ama y emprende su camino. Rebeca le sigue con la mirada, sus ojos están llenos de lágrimas. ¡Qué silencio reinará en la tienda sin Jacob!

Éstas son las consecuencias de tu engaño, Rebeca. El Señor ya habría hecho que Jacob recibiese la bendición en el tiempo oportuno. Pero Rebeca no ha orado al Señor para que impidiese el propósito de Isaac, sino que ella misma quiso estorbarlo.

Ahora es privada de su hijo al que tanto ama, ya no le verá más en esta tierra.

Capítulo 18

===== JACOB Y LABÁN =====

Génesis 28

Un hombre camina solitario, no lleva consigo más que un bastón de viaje y un pequeño cántaro de aceite. Lleva muchas horas andando sin parar porque tras él viene el peligro; debe avanzar sin demora, pues de lo contrario le matarán.

Está rendido, pero no descansa, continúa su caminar. Se trata de Jacob el hijo del rico Isaac. Escapa de su hermano Esaú que quiere asesinarle.

Jacob está triste, va camino de la casa de su tío Labán, pero éste vive muy lejos y aún le queda una larga distancia que recorrer. El sol se oculta y comienza a oscurecer, pero sin embargo, Jacob avanza tanto como puede. Finalmente se hace tan oscuro que ya no es capaz de ver nada y se ve forzado a detenerse en su caminar, pues ha de descansar lo quiera o no. ¡Qué diferente esta noche a la anterior cuando aún estaba en la tienda con su madre! Ahora sólo hay oscuridad. Allí podía dormir en su cama, aquí, en el campo, no tiene cama. Busca una piedra grande y la usa como cabecera, el suelo es su cama y esa piedra le sirve de almohada; es dura, pero al fin, rendido por el cansancio cae en un profundo sueño y comienza a soñar.

También vosotros a veces tenéis sueños, unos agradables, otros menos agradables. Nuestros sueños no tienen significa-

ción ya que los sueños son engañosos, pero antes no era siempre así. Escuchad.

En su sueño Jacob ve una gran escalera que toca el cielo y unos ángeles de Dios suben y descienden por ella; en lo alto de ella ve al Señor.

Jacob oye, en su sueño, que el Señor comienza a hablar:

—Jacob, Yo soy Jehová, el Dios de Abraham y el Dios de tu padre Isaac. La tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Serás una nación grande, Jacob, y en ti serán benditos todos los pueblos de la tierra. Piensas que estás solo, pero no temas, Yo estoy contigo. Ve a Padan-aram, allí te guardaré y protegeré y te traeré a esta tierra. Jóvenes, quizás Jacob había pensado para sí, «mi padre me ha bendecido, pero ¿me bendecirá también el Señor? No lo merezco porque he engañado a mi padre». Pues sí, el Señor ha prometido que todas las naciones de la tierra serán benditas en Jacob, porque de él descenderá el Redentor.

Muy de madrugada Jacob se despertó y sentía que el sueño no había sido un engaño, sino una realidad. El Señor había estado a su lado en el sueño y por ello llamó a este lugar «Betel», que significa «Casa de Dios».

Jacob tomó la piedra, la levantó y vertió sobre ella aceite e hizo voto diciendo:

—Señor mío, si me guardas y me vuelves a mi casa, te daré el diezmo de todo.

La noche anterior Jacob estaba triste y se sentía abandonado, pero ahora está alegre y confiado porque sabe que el Señor le acompaña.

Jamás olvidó Jacob ese hermoso y maravilloso sueño.

Génesis 29 y 30

Jacob toma su bastón y reanuda su viaje, es un viaje largo y fatigoso, pero animadamente sigue caminando al encuentro de lo desconocido. Por fin llega a Padan-aram, en el país de

Mesopotamia, que abandonó su abuelo Abraham por orden de Dios.

Ve una fuente cubierta con una gran piedra para evitar que se llene de arena y se sienta al borde de la misma esperando la llegada de alguna persona. Hizo lo mismo que Eliezer ¿lo recordáis? Éste se sentó al lado de un pozo que, tal vez, sea el mismo. Jacob espera tranquilamente. Pronto llegan unos pastores con sus ovejas.

—¿Conocéis si vive aquí un tal Labán, hijo de Betuel? —les pregunta Jacob.

—Sí —responden— conocemos a Labán. Muy pronto vendrá también a este pozo su hija Raquel.

Pronto en la lejanía se divisa un rebaño de ovejas conducido por una joven.

—Mira, ya viene Raquel —dicen los pastores a Jacob. Cuando Raquel llega al pozo, Jacob se levanta y remueve la piedra que cubre la boca del pozo. ¡Qué fuerte es Jacob! Normalmente para remover la piedra tenían que hacerlo varios hombres juntos, pero ahora sólo él lo ha hecho.

Jacob sacó agua del pozo y dio de beber a las ovejas de su tío Labán. Cuando terminaron, se acerca a Raquel y le da un beso, según la costumbre del país.

Raquel al principio estaba muy sorprendida al ver que el extranjero, al cual no había visto antes, se levantaba y daba de beber a sus ovejas.

Jacob ve la mirada sorprendida de Raquel, que está cohibida y le dice:

—Estás sorprendida, ¿verdad? Soy hijo de Rebeca, la hermana de tu padre, así pues soy tu primo.

Raquel más sorprendida aún, contesta:

—Ah, ¿eres hijo de mi tía, de Rebeca? —y corre a su padre y le dice:

—Padre mío, allá en el pozo está un hijo de tu hermana Rebeca.

—Voy a buscarle —dice Labán y sale de la tienda.

Poco después vuelven juntos. Probablemente la noche en la tienda de Labán ha sido muy agradable para todos. Es posible que Jacob haya contado todo y después se ha ido a dormir.



Jacob encuentra a Raquel junto al pozo

Al día siguiente Jacob acompaña a su tío Labán y le ayuda en todo.

Ha pasado un mes durante el cual Jacob ha trabajado diligentemente, de tal forma que Labán pensaba: «No seguirá trabajando gratuitamente, le daré algo a cambio», así, pues, un día dice a Jacob:

—Jacob, estás trabajando de sol a sol y no cobras nada, ¿qué quieres ganar? Jacob le contesta:

—Tío mío, he venido aquí para buscarme una esposa. Si estás de acuerdo trabajaré durante siete años para ti y a cambio me darás a tu hija Raquel como esposa. Labán lo aprueba inmediatamente. Piensa: «No había pensado en ello, así, pues, tendré un criado muy económico.» Ha engañado a Jacob.

Desde muy temprano, cuando aún no ha amanecido y hace frío, Jacob comienza a trabajar y no lo deja hasta que ha entrado la noche; nunca se lamenta de su trabajo y el Señor bendecía

a Jacob y como trabaja para Labán también su tío era partícipe de tal bendición.

Finalmente los siete años se cumplieron y Jacob dijo a Labán:

–Tío mío, ya he trabajado siete años a tu servicio para poder casarme con Raquel. Ahora, pues, dame a mi mujer.

Labán tenía que acceder, tal como había prometido, hizo un banquete de bodas.

Ya he descrito que entonces las jóvenes llevaban un velo que cubría su rostro. Así, pues, Labán tomó secretamente a su hija mayor, Lea, y la dio a Jacob. Éste no podía saber de quién se trataba porque el velo impedía ver su rostro y pensó que era Raquel, pero era Lea. Jacob fue engañado por Labán. Al darse cuenta al día siguiente, se enojó con su tío y le dijo:

–Me has engañado, he trabajado por Raquel y ahora me das a Lea. Esto no es honrado.

Es verdad que no era honesto lo que había hecho Labán, pero... Jacob también había engañado a su padre ciego, quien pensaba que bendecía a Esaú, cuando en realidad estaba bendiciendo a Jacob. Jacob es ahora engañado por haberlo hecho primero con su propio padre. Su pecado era castigado por el Señor.

Labán le contestó:

–Lo hice porque Lea es la mayor y es la ley en nuestro país. Pero se puede arreglar. Puedes quedarte también con Raquel; trabaja otros siete años y así tendrás dos mujeres.

Jacob da su conformidad. Una semana después se casa con Raquel y luego sigue trabajando otros siete años por ella.

Amaba mucho a Raquel y detestaba a Lea; mostraba su amabilidad para con Raquel, pero nunca con Lea. Pobre Lea, ella era una mujer que temía al Señor y en cambio Raquel no. Sin embargo, el Señor defiende a Lea, ella tenía hijos y Raquel no. Lea tenía ya cuatro hijos y Raquel ninguno. Los hijos de Lea eran: Rubén, Simeón, Leví y Judá.

Pasaron los siete años; durante catorce años Jacob estuvo trabajando para Labán. Mucho tiempo, ¿verdad?

Pasados esos catorce años Jacob quiere volver a su casa. Labán lamenta esa partida, ya que le había dado a Lea preci-

samente para retener a Jacob con él y de esta forma tener un criado muy barato.

–Quédate un poco de tiempo más –dijo Labán– el Señor me ha bendecido por causa tuya. Me he enriquecido. Dime lo que quieres ganar. Jacob aceptó y dijo:

–Todas las ovejas de color oscuro y manchadas y lo mismo las cabras de tus rebaños serán para mí.

Labán, el avaro, sentía esta proposición, pero si quería tener a Jacob no le quedaba más remedio que aceptar. De esta forma Jacob tuvo su propio rebaño, pues todas las ovejas y cabras oscuras y manchadas eran separadas de los rebaños de Labán y entregadas a Jacob.

Ahora sucedió algo maravilloso. Cuando nacían los corderos y cabritos todos eran oscuros y manchados, era obra del Señor y todos eran para Jacob.

Labán sufría por ello y pensaba, «antes todo era para mí y ahora no obtengo nada». Se arrepintió de su promesa y dijo a Jacob:

–Mira Jacob, vamos a hacer todo lo contrario, el ganado de color oscuro y manchado será para mí y lo demás para ti.

El propósito de Labán no era muy honrado ya que esperaba que conseguiría aumentar sus rebaños, pero fue un error. Dios defraudó a Labán, pues cuando nacían los cabritos y corderos no había ni uno solo manchado ni de color oscuro. Así pues, Jacob obtenía todo de nuevo. Labán se asustó, llamó a Jacob y le dijo:

–Vamos a volver al principio, para ti será el ganado oscuro y manchado y para mí los otros. Así continuó Labán cambiando a su capricho. Diez veces cambió y cada vez Jacob obtenía el ganado y Labán no obtenía nada.

No tardó mucho tiempo en que Jacob poseía más ovejas, vacas y cabras que su tío. Jacob cuidaba los rebaños de su tío y alquiló pastores que cuidaran los suyos.

Labán estaba enojado porque Jacob tenía más ganado que él y ni siquiera le saludaba. Tramaba expulsar a Jacob y quedarse con todo su ganado. Quería robarle, pero no fue así. En Betel el Señor había prometido a Jacob que le protegería y le guardaría y así ocurrió.

Capítulo 19

DE VUELTA A CANAÁN

Génesis 31

¿Está todo preparado?... Adelante, pues. Hay rumor de gritos y voces; los pastores no pierden de vista las vacas y las ovejas que llevan delante para evitar que algunas se desmanden y tras el rebaño van camellos y asnos. Sobre los camellos van sentadas mujeres y niños; los asnos van cargados con diferentes enseres, tiendas arrolladas, cántaros, barriles, bancos y cajas. Lentamente van avanzando.

El balido de las ovejas y el mugido de las vacas se entremezclan con las voces de los pastores y entre tanto se perciben voces de niños. ¿Qué significa todo esto? ¿A quién pertenecen estos rebaños? ¿Quiénes son esos pastores, mujeres y niños?

Todo ello pertenece a Jacob que ha trabajado durante veinte años al servicio de su tío Labán y ahora se vuelve a su país, a Canaán, de donde hacía veinte años había salido huyendo de su hermano Esaú que quería matarle.

Qué diferente fue su venida; entonces sólo traía un bastón, ahora es un hombre muy rico. Todos esos miles de vacas y ovejas, esos camellos y asnos todos son de él. Esas mujeres son sus esposas y los niños son sus hijos.

Hace veinte años, como fugitivo, dormía en el duro suelo y tenía por cabecera una piedra. Estuvo en Betel, donde tuvo aquel hermoso sueño, cuando Dios le prometió que le bendeciría y

cuidaría de él. Efectivamente Dios le ha bendecido, le ha dado riquezas, ha cumplido Su palabra. Dios siempre cumple Su palabra. El diablo y el mundo nos engañan, nos prometen mucho, pero no dan nada. El Señor nos da también Sus promesas y siempre las cumple mucho más abundantemente de lo que ha prometido. ¿A quién servís jóvenes, a Dios o al diablo? Por naturaleza servimos al diablo; si queremos servir al Señor necesitamos recibir un corazón nuevo y debemos rogar a Dios cada día por ello y el Señor atenderá nuestro ruego.

Jacob se marcha, ¿dónde está Labán? No se le ve por ninguna parte. ¿Es que no quiere despedirse de Jacob, ni de sus hijas Raquel y Lea, ni de sus nietos?

No, Labán no sabe de la partida de Jacob. Nos puede parecer que no es muy honrado esto de parte de Jacob, pero no es así. Labán está muy enojado, siente envidia de Jacob porque el Señor le ha bendecido y enriquecido y está maquinando un proyecto para robar a Jacob. Sin embargo, el Señor se ha aparecido a Jacob en sueños y le ha ordenado que se vuelva a Canaán.

En estos momentos Labán no está en casa, ha salido con sus ovejas para esquilárselas y con la lana hacer mantas y vestidos. Jacob aprovecha la ocasión y decide partir. Si lo hubiera consultado con Labán, éste habría tratado de retenerle con engaños.

Jacob ha llamado a sus mujeres y les ha contado lo que el Señor le ha dicho. Lea y Raquel dan su aprobación pues saben que su padre no se ha portado muy bien con ellas. Había engañado a sus hijas y las había vendido.

Sin embargo, Labán se enteró de la partida de Jacob y se encolerizó y dijo:

—Iré tras él y lo haré volver conmigo y si se resiste le quitaré todo y, si lo desea, que se marche solo, me quedaré con sus vacas y ovejas. Llamó a sus hermanos y parientes y les expuso su plan y todos juntos persiguieron a Jacob. Labán y los que le acompañaban iban más de prisa que Jacob ya que éste tenía que ir al paso de sus rebaños y al cabo de siete días estaban muy cerca de él; entonces Dios vino en sueños a Labán y le dijo:

—Guárdate de hacer mal a Jacob.

Labán no se atrevió a hacer daño a Jacob y cuando a la mañana siguiente se encontró con él le dijo:

—¿Por qué te has marchado en secreto y no has permitido que me despidiera de mis hijas? Además eres un ladrón, pues me has robado mis ídolos. Estos ídolos eran pequeñas estatuillas que eran adoradas como si de Dios se tratara y que Labán creía que le librarían de cualquier accidente. Actualmente también ocurre algo parecido, algunas personas llevan en los automóviles o guardan pequeños amuletos o estatuillas pensando que les van a librar de accidentes. Es pura idolatría.

Jacob, al oír a su tío, se enojó.

—No es verdad —dijo defendiéndose— no he robado esos ídolos, puedes mirarlo tú mismo.

Labán buscó por todas partes, pero no encontró los ídolos. Sin embargo, era verdad lo que Labán había dicho. ¿Había robado Jacob esos ídolos? No, no había sido Jacob, sino Raquel; ella los había robado y escondido de tal forma que su padre no pudo encontrarlos, pero Jacob no sabía nada de ello.

Como Labán no encontró nada Jacob se indignó y dijo:

—¿Has encontrado alguna cosa que te perteneciera? —Labán callaba y Jacob dijo:

—Te he servido fielmente durante veinte años y tú me has engañado, primero con mi mujer pues me diste a Lea en lugar de Raquel; luego diez veces me cambiaste mi sueldo y si el Señor no te hubiese prevenido esta noche me habrías robado todo. Era verdad lo que Jacob decía, Labán no podía negarlo.

Seguidamente Jacob y Labán hacen un pacto prometiendo no hacerse daño el uno al otro, luego Jacob preparó una comida y comieron y bebieron juntos.

Después del banquete Labán se levantó, se despidió de sus hijas y se volvió. No podía hacer otra cosa, Dios había protegido a Jacob.

Génesis 32

Jacob siguió su camino con toda tranquilidad, acercándose al país de Canaán. Sin embargo, temía encontrarse con nuevas

dificultades, pero el Señor quería animar a Jacob. Dios le abrió los ojos y Jacob vio de repente grandes ejércitos de ángeles. Con ello el Señor quería darle a entender que no era necesario que tratara de cuidarse por sí mismo, sino que Dios había enviado a sus ángeles para defenderle. Pero... Jacob seguía intranquilo. ¿Por qué tiene miedo Jacob?

Jacob está pensando en su hermano Esaú. ¿Seguiría aún enojado? ¿Querría aún matarle? No lo sabía. Llamó a unos criados y les mandó ir a Esaú para que le avisaran de su llegada y le pidieran perdón. Días después vuelven los criados.

—¿Cuál es la respuesta de mi hermano? —preguntó Jacob. Los criados le respondieron:

—Esaú no ha dicho nada. Viene a tu encuentro con cuatrocientos hombres.

Un gran temor se apoderó de Jacob. ¿Vendría Esaú para matarle? No lo sabía. Fue a sus rebaños y los dividió en dos cuadrillas, de esta forma si Esaú atacaba a una cuadrilla la otra podría huir. Además tomó doscientas veinte cabras, doscientas veinte ovejas, camellos, vacas y asnos, en total quinientas cabezas de ganado y las envió como regalo para Esaú.

Jacob era muy rico, sin embargo, tenía miedo porque Esaú debía ser tan fuerte como él ya que se acompañaba de cuatrocientos hombres.

En su angustia, Jacob dobló sus rodillas y oró:

—Señor mío, ayúdame. Tú me has ordenado volver, líbrame de la mano de mi hermano Esaú. Cuando anocheció llegaron a un arroyo, que se llamó «el vado de Jacob». Jacob hizo pasar todo lo que tenía al otro lado del riachuelo y también a sus mujeres y sus hijos, pero él no pasó.

Jacob aún tenía miedo, ha hecho todo cuanto podía, ha dividido sus rebaños en dos cuadrillas, ha enviado un regalo a Esaú para tenerle propicio, pero sabe que eso no le servirá de nada si Dios no le ayuda. Aún no ha recibido una respuesta del Señor y por esta razón se queda solo a la orilla del arroyo. No se atreve a avanzar sin la bendición de Dios. Se queda solo para orar. Sería justo que Esaú le quitase todo y le matase. Jacob cae de rodillas y ruega y suplica la ayuda de Dios.

De pronto se aproxima un desconocido que intenta arrojarle

al suelo, Jacob se resiste y una fuerte lucha se entabla entre los dos. Durante toda la noche están luchando. Una gran angustia invade a Jacob, se da cuenta de que no se trata de un hombre normal y, efectivamente, no lo era. Es el Señor en figura de hombre quien está luchando con él. Jacob lucha desesperadamente y vence.

Pensaréis, pero ¿cómo es posible, si el Señor es más fuerte que Jacob? Naturalmente que sí, sin embargo, el Señor hizo vencer a Jacob. Finalmente comienza a amanecer, raya el alba.

–Déjame –dice el Señor– déjame, porque raya el alba.

–No –respondió Jacob– no te dejaré si primero no me bendices. Jacob no quiere privarse de la bendición del Señor.

Entonces el Señor bendice a Jacob. A pesar de ello, el Señor hará sentir a Jacob que no es él, sino Dios el más fuerte y que ha sido Él quien le ha permitido vencer. Entonces Dios tocó en el muslo de Jacob y éste quedó cojo para toda su vida. Jamás olvidó Jacob esa noche. Aquí el Señor le dio un nuevo nombre, desde ahora ya no se llamará Jacob, sino Israel, por esta razón los descendientes de Jacob se llaman «israelitas».

En seguida Jacob pasó el arroyo y se reunió con sus mujeres e hijos. Podemos comprender que ellos han quedado asombrados al ver que Jacob cojeaba. Sin embargo, Jacob ya no tiene miedo, su corazón está lleno de una calma serena.

Génesis 33

En la lejanía ve a Esaú y sus hombres acercarse. Jacob se pone al frente de sus rebaños y con serenidad va al encuentro de Esaú. Esaú no mató a su hermano, se acercó a su hermano y le besó. Es el Señor quien ha obrado. Esaú no está enojado con Jacob. Si Jacob hubiera tenido que defenderse con toda seguridad que habría sido aniquilado. Ha sido el Señor quien ha defendido a Jacob y por eso Esaú no le ha hecho ningún daño.

Luego Esaú preguntó:



Esaú besa a su hermano Jacob

—¿Quiénes son esas mujeres y niños?

—Son mis mujeres y mis hijos y ése es mi ganado —respondió Jacob— todo me lo ha dado el Señor.

Hizo señas a Lea y a sus hijos para que se acercaran y ellos vinieron y se inclinaron ante Esaú. Después indicó también a Raquel y a su hijo que lo hicieran. Dios había concedido ya un hijo a Raquel, este hijo se llamaba José. Raquel y su hijo también se inclinaron ante Esaú.

—En el camino he encontrado ovejas, cabras, camellos y otro ganado —dijo Esaú— ¿qué significa todo ello? ¿Para quién son esos rebaños?

—Es un regalo para ti.

—No —dijo Esaú— tengo mucho. Guárdalo para ti.

—Esaú, te ruego que lo aceptes, pues el Señor me ha bendecido con muchas riquezas.

Esaú aceptó el regalo y se quería quedar con Jacob para

protegerle, pero Jacob prefería que no lo hiciera y Esaú se volvió con sus hombres.

Por fin, Jacob llegó al Jordán, lo atravesaron y acamparon delante de la ciudad de Siquém; allí Jacob levantó un altar y dio gracias a Dios por su protección, que con gran fidelidad le había guardado y protegido.

Durante mucho tiempo Jacob quedó viviendo en Siquém después salió para Betel, donde en su huida, había tenido aquel hermoso sueño. Allí levantó un nuevo altar y sacrificó ofrendas al Señor. De nuevo el Señor apareció a Jacob y le prometió que haría de él una gran nación y que en el futuro sus hijos heredarían aquella tierra.

Jacob no se quedó definitivamente allí. Se marchó al sur de Hebrón porque allí vivía su padre Isaac.

Durante el viaje, Raquel, la mujer a la que Jacob amaba, tuvo un segundo hijo, al que Jacob puso el nombre de Benjamín. Durante el nacimiento de Benjamín, Raquel murió y fue sepultada al lado del camino. Finalmente Jacob llegó a Hebrón.

Era una gran alegría ver de nuevo a su padre; han sido veinte años lejos de casa, sin embargo, su madre Rebeca ya no vivía. En ese intermedio ella ha muerto e Isaac la ha sepultado en la cueva de Macpela. No hace falta decir que Isaac y Jacob tenían muchas cosas que contarse.

Por unos años han vivido juntos, luego Isaac murió; tenía ciento ochenta años de edad.

Jacob y su hermano Esaú le dieron sepultura en la cueva de Macpela, donde había sido sepultada su madre Rebeca y donde estaban sepultados Abraham y Sara.

En la misma sepultura están reunidos hasta que el Señor Jesús vuelva en las nubes del cielo, entonces serán resucitados.

Capítulo 20

JOSÉ VENDIDO COMO ESCLAVO

Génesis 37

—Hermanos, no hagáis estas cosas, no deben hacerse —decía José a sus hermanos mayores— pero éstos no escuchaban a José y seguían haciendo cosas malas.

Por la noche José se lo contaba a su padre y éste se enojó y entristeció al saber que sus hijos hacían toda clase de actos impíos y les castigó.

Los hermanos de José se enfadaron con él y le decían:

—Eres un soplón, un chivato.

Posiblemente pensáis que en el fondo tenían razón, porque José delataba a sus hermanos y esto era una acción pueril, ¿verdad? No, José no era un «soplón», ni un delator, prestad atención a la historia para que la comprendáis.

José, hijo mayor de Raquel, tenía ahora diecisiete años y pese a ser tan joven temía al Señor, no podía vivir sin el Señor. Sus hermanos, por el contrario, eran impíos, hacían muchas cosas malas. En realidad eran tan impíos que los cananeos, que eran paganos, hablaban con indignación de ellos. Esto no podía soportarlo José, pues los cananeos comenzarían a hablar mal de Jacob y hasta podrían despreciar al Dios de Jacob. Ésta fue la causa por la que José contó a su padre las cosas malas que

hacían sus hermanos; esto no era delatar, ni acusar; José no podía callar.

Jacob amaba más a José que a los demás hijos, esto se explica por el hecho de que José era el hijo mayor de Raquel, pero, sobre todo, porque temía al Señor.

Jacob regaló a José un traje muy hermoso, una túnica de «diversos colores», pero los demás hijos de Jacob no recibieron una túnica semejante y mejor hubiera sido que Jacob no lo hubiera hecho, porque esta acción levantó grandes celos contra José. Sabían muy bien que José era el hijo predilecto de su padre y no lo podían soportar.

Un día José vino a sus hermanos y les dijo:

—He tenido un sueño muy hermoso; os lo contaré. Soñé que estábamos atando manojos y he aquí que mi manajo se levantaba y estaba derecho, los manojos que vosotros atasteis estaban alrededor del mío y se inclinaban ante el mío. Sus hermanos se enojaron contra él y le dijeron:

—¿Acaso reinarás tú sobre nosotros? Nunca seremos tus criados. Por esta causa aún le aborrecían más.

Poco después tuvo otro sueño y como la vez anterior fue a sus hermanos y les dijo:

—Esta noche he soñado que el sol, la luna y las estrellas se inclinaban ante mí.

Hubiera sido preferible que José se hubiera callado pues en esta ocasión hasta su padre le reprendió y le dijo:

—¿Qué sueños son esos, José? ¿Acaso vendremos tu madre y yo a inclinarnos ante ti?

Los hermanos de José le odiaban más, se enojaron grandemente contra él y no le hablaban. Pero sus corazones estaban llenos de celos y envidia contra su hermano y pensaban para ellos: «Si yo tuviera esos sueños tan hermosos.» En la Biblia podemos leer que le envidiaban. Jóvenes, procurad que nunca haya envidias ni odios entre hermanos, eso es horroroso.

Un día los hermanos de José marcharon lejos con los rebaños.

Jacob vivía aún en Hebrón, al sur del país de Canaán. Sus hijos salieron con los rebaños hacia Siquém, que estaba bastante lejos, pero José se quedó acompañando a Jacob.

Una mañana Jacob llamó a José y le dijo:

—Debes ir a tus hermanos y preguntarles cómo les van las cosas y si están todos sanos.

—Bien, padre mío —contestó José y se puso la ropa más hermosa que tenía, la de «diversos colores», que le había regalado su padre, y de madrugada emprendió el camino hacia Siquém donde llegó al atardecer. Estuvo buscando por todas partes, pero no encontró a sus hermanos. Por fortuna encontró a un hombre que le preguntó:

—¿A quién buscas?

—Busco a mis hermanos —respondió José.

—Ya no están aquí, han seguido adelante. Les oí decir: Vamos a Dotán.

—Entonces, voy también a Dotán —dijo José y efectivamente, en los alrededores de Dotán encontró a sus hermanos.

La larga marcha le había cansado, tenía hambre y sed, pero... ya estaba muy cerca de sus hermanos y con ellos podría comer y beber y después descansar.

Quizás al divisarlos José los ha llamado y hecho señales con las manos, pero ellos no han contestado, no querían hablarle.

Se han dicho entre sí burlonamente: «Aquí viene el soñador.» Con una expresión cargada de odio y envidia miran cómo se acerca.

—¿Sabéis lo que debemos hacer? Le mataremos y así sus sueños no se podrán realizar —dijo uno de ellos.

Todos estaban de acuerdo. ¿Todos? Todos excepto Rubén, su hermano mayor, que dijo:

—No, no lo hagamos. Tengo una idea mejor. ¿Veis allí aquel pozo profundo? Le echaremos en él y como es demasiado profundo no podrá salir de allí.

¿Sabéis por qué Rubén hizo esa proposición? Quería salvar a José, lo tomaría y lo enviaría secretamente a su padre, pero no podía decirlo porque sus otros hermanos no le escucharían. De esta forma sus hermanos pensarían que Rubén quería matarle de hambre y sed en el pozo.

—Bien —dijeron los demás— lo haremos así. Mientras tanto José ya había llegado hasta ellos.



José echado al pozo seco

—Qué alegría de haberos encontrado —dijo José—. Estoy muy cansado, ¿cómo estáis vosotros?

Nadie contestó, al contrario, se abalanzaron contra él, le arrebataron la hermosa túnica y le arrojaron a la cisterna. José no sale de su asombro.

—¿Qué hacéis? No me hagáis daño —suplica— pero no le hacen caso. Con un golpe sordo cayó al fondo de la cisterna. Por fortuna no había agua en el pozo, pues de lo contrario José se habría ahogado sin remisión.

—Id a comer un poco —dijo Rubén— entre tanto yo cuidaré de las ovejas. Cuando vosotros hayáis terminado yo iré a comer también.

Queda él solo al cuidado de los rebaños, mientras sus hermanos toman el pan y lo devoran con gran apetito. José que está hambriento no recibe ni la más pequeña migaja.

¿Orarían los hermanos de José antes de comer?

Rubén, pues, se dirigió hacia los rebaños y mientras caminaba pensaba: «Cuando mis hermanos hayan comido vendrán a cuidar las ovejas y yo iré a la cisterna, sacaré a José y lo enviaré a casa de nuestro padre.»

El deseo de Rubén era salvar a José pero sin embargo, si él hubiera sabido lo que iba a suceder mientras la comida, no se habría marchado tan tranquilo a cuidar las ovejas.

Mientras los hermanos estaban comiendo vieron acercarse una caravana de comerciantes; eran ismaelitas, descendientes de Ismael, hijo de Agar y Abraham. Junto con ellos iban también unos madianitas, descendientes de Madián, hijo de Abraham y Ceturá. Todos iban camino de Egipto.

Llevaban sus camellos cargados de mercancías que traían de Babilonia y que iban a vender a Egipto. De repente Judá dijo:

—¿Sabéis lo que podemos hacer? Vendamos a José como esclavo a estos ismaelitas. Así no lo habremos matado pero nos libraremos de él.

—De acuerdo —gritaron los demás.

Cuando los comerciantes se acercan les dicen que si desean comprarles un esclavo muy trabajador. Los ismaelitas se interesan ya que un esclavo puede serles útil en el camino y luego en Egipto no faltará alguna persona interesada en comprarle.

—Sí, ¿cuál es su precio? —preguntan.

—Veinte piezas de plata —es la respuesta y sacan a José de la cisterna para que los comerciantes puedan examinarle. Se ponen de acuerdo en el precio.

Podemos suponer que José al ver que ya le sacan de la cisterna se sentiría alegre; quizás, pensó, ha sido una broma de mis hermanos el echarme al pozo y ahora me darán de beber y comer.

Pero no tarda en comprender que se ha equivocado, que le han vendido a unos extranjeros y ha de acompañarlos a Egipto para ser vendido como esclavo. Las lágrimas corren por sus mejillas. Nunca más volverá a ver a su querido padre. En su

angustia suplica a sus hermanos, pero éstos se ríen de él, se burlan de su dolor. Con violencia le arrojan hacia los ismaelitas, los cuales le atan fuertemente para que no pueda escapar.

Debía marchar con ellos contra su propia voluntad, no le queda otro remedio.

–Padre mío, padre mío –lloraba José.

Cuando los ismaelitas se marchan los hermanos le saludan con burlas. ¡Qué gran crueldad! Esos hijos de Jacob son unos malvados, ¿verdad?

No tardaron mucho los comerciantes en desaparecer con José en la lejanía.

Los hijos de Jacob se marcharon hacia las ovejas para que Rubén pudiera ir a comer. Rápidamente Rubén corrió hacia la cisterna para liberar a su hermano, pero, al mirar dentro del pozo estaba vacío. Se llevó un gran susto, corrió a sus hermanos y preguntó:

–¿Dónde está José?

–Le hemos vendido –respondieron entre risas– ya está cerca de Egipto.

Rubén se espantó ante tal respuesta.

–¿Qué vamos a decir a nuestro padre? –preguntó

¿Sabéis lo que hicieron? Tomaron un cabrito, lo mataron y tiñeron la túnica de José con la sangre del animal de tal forma que la ropa quedó cubierta con grandes manchas de sangre y así la enviaron a su padre.

Jacob recibió la ropa, la examinó y dijo:

–Sí, ésta es la ropa de mi hijo José. Mi hijo ha sido devorado por una fiera, quizás por un león.

Jacob se anegó en llanto, rasgó sus vestidos en señal de duelo y cada día no cesaba de llorar y su cabeza se cubrió de canas por tanta tristeza. Entonces llegaron sus hijos y le dijeron:

–Padre nuestro, no llores más, pues nosotros aún estamos contigo.

Trataron de consolar a Jacob, su viejo padre, pero no le dijeron que José estaba vivo, que le habían vendido para Egipto.

Jacob había sido engañado cruelmente por sus propios hijos, pero... ¿no era lo mismo que él había hecho antes?

Capítulo 21

JOSÉ CON POTIFAR Y EN LA CÁRCEL

Génesis 39

Los comerciantes ismaelitas se llevaron a José sin ninguna compasión, no tenían que preocuparse de un esclavo que iba llorando, luego le venderían en Egipto y ganarían algún dinero.

En su viaje hacia el sur pasaron por la región de Hebrón, donde vivía Jacob. Es posible que José albergara la esperanza de encontrarse con su padre o con alguna persona conocida, a quien pudiera dar un mensaje para su padre, pero no sucedió así. Muy pronto Hebrón quedó atrás y se adentraron en el cálido y árido desierto.

Por fin llegaron a Egipto donde vendieron a José a un egipcio rico, llamado Potifar. José fue llevado a la casa de Potifar donde tenía que trabajar mucho pues ahora era un criado, un esclavo.

Pero José tenía algo a su favor; el Señor no se olvidaba de él, sino que le protegía, le guardaba y le bendecía también en Egipto.

Es posible que José haya orado muchas veces al Señor diciendo: «Señor mío, devuélveme a Canaán, dame la posibilidad de volver a la casa de mi padre.» José era fuerte y trabajador y trabajaba con toda diligencia en todo cuanto le era ordenado por Potifar.

El Señor bendecía a José y le confortaba y muy pronto Potifar se dio cuenta de que había adquirido un esclavo trabajador y servicial y miró con simpatía a José y muchas veces hablaba con él.

Los demás criados muchas veces desobedecían las órdenes y eran castigados, José, sin embargo, nunca se hizo acreedor de castigo.

Un día Potifar mandó llamar a José y le dijo:

–José, he visto que eres trabajador y diligente y por ello te nombro mayordomo de mi casa. Todos los demás criados tendrán que obedecerte.

Era un gran honor para José ya que de ahora en adelante su vida sería más fácil y Potifar, su señor, sería más amable con él.

José agradeció el honor y redobló su esfuerzo y el Señor no sólo bendijo a José, sino también a Potifar.

En ningún lugar el trigo era tan abundante como el de Potifar, sus vacas eran las más gordas y grandes. Pero a José le era imposible olvidar a su padre y su casa y de noche, acostado en la cama, recordaba los días pasados y las lágrimas acudían a sus ojos.

Potifar estaba casado, pero su esposa no le amaba. Un día llamó a José y le dijo:

–José, no amo a mi esposo, siento por él desprecio. ¿Sabes lo que deberíamos hacer, José? Unirnos. Era una proposición impía y José la rechazó tajantemente; contestó:

–No, no puedo consentir en ello, usted es una mujer casada y si yo me uniera a usted afligiría a mi señor, Potifar. Él es amable y bueno para conmigo y yo no puedo portarme mal con él y, sobre todo, el Señor lo ve y yo no quiero pecar contra el Señor. José en seguida siguió con su trabajo.

Al día siguiente la mujer de Potifar volvió a hacer la misma proposición a José y éste contestó:

–No lo haré. ¿Haría un mal tan grande y pecaría contra Dios?

Un día José estaba trabajando solo, en la habitación sólo estaba la mujer de Potifar. De repente le agarró por su ropa y le dijo:

-Quiero que nos unamos. Tendrás que aceptar.

José, sin embargo, no quería hacer un pecado tan grande y huyó. Al huir su manto quedó en las manos de aquella mala mujer. Ésta se enojó contra José y decidió vengarse. De pronto comenzó a gritar:

-¡Socorro, socorro! A los gritos acudieron rápidamente los demás criados.

-Menos mal que habéis acudido rápidamente –exclamó la mujer de Potifar– ese criado de Canaán quería hacerme daño y cuando grité ha huido dejando aquí su ropa, vedla ahí. Era una gran mentira, José no quería hacer daño a aquella mujer, era ella quien quería que José cometiese un gran pecado.

Por la noche Potifar regresó a casa y su esposa le contó la misma historia que a los criados.

Potifar se enojó grandemente y en seguida hizo venir a José.

-¿Por qué razón querías molestar a mi esposa, José? –preguntó en tono airado.

-Señor, no es verdad –contestó José– su esposa quería que me uniese a ella y me he negado porque no quería engañarle a usted. Al negarme me cogió para forzarme, pero huí dejando la ropa en sus manos.

Potifar, sin embargo, no creyó a José y ordenó ponerlo en la cárcel. Fue entregado a la cárcel siendo inocente. Primero fue vendido como esclavo por sus hermanos, fue llevado al lejano Egipto, donde posiblemente no volvería a ver a su querido padre y ahora es arrojado injustamente a una celda oscura y sombría.

Pese a todo el Señor pensó en José y le ayudó en la misma cárcel.

-¿Qué es realmente lo que has hecho? ¿Por qué te han metido en la cárcel? –preguntó el carcelero a José.

Éste se lo contó con sinceridad. Entonces el Señor hizo que el carcelero creyera a José, la Biblia dice: «El Señor le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel.» El jefe de la cárcel le permitió salir de aquella oscura celda y le permitía que le ayudase, podía moverse libremente, si bien no podía salir del recinto de la cárcel. Hacía algunos trabajos como servir la comida a los otros prisioneros, limpiaba la celda, barría el

corredor y algunos trabajos más. Esto permitía a José que no se aburriera. Al igual que en la casa de Potifar, José realizaba su trabajo con esmero y diligencia y esto hacía que el jefe de la cárcel cada día le estimara más y le hablara con más amabilidad. Pero aunque esto era favorable para José, él, sin embargo, seguía prisionero.

Génesis 40

Un día llegaron a la cárcel dos nuevos prisioneros, eran dos cortesanos del palacio del rey de Egipto, que habían trabajado al servicio de Faraón. Uno era el jefe de los coperos y el otro el jefe de los panaderos. A ellos también servía José la comida y de vez en cuando charlaba con ellos.

Una mañana José entró en la celda y los encontró con la mirada fija y una expresión de tristeza.

–¿Qué os pasa? –preguntó José– ¿no os encontráis bien?

–No, no es eso –respondieron– hemos tenido un sueño extraño y no sabemos lo que significa. Durante unos momentos José quedó en silencio, luego dijo:

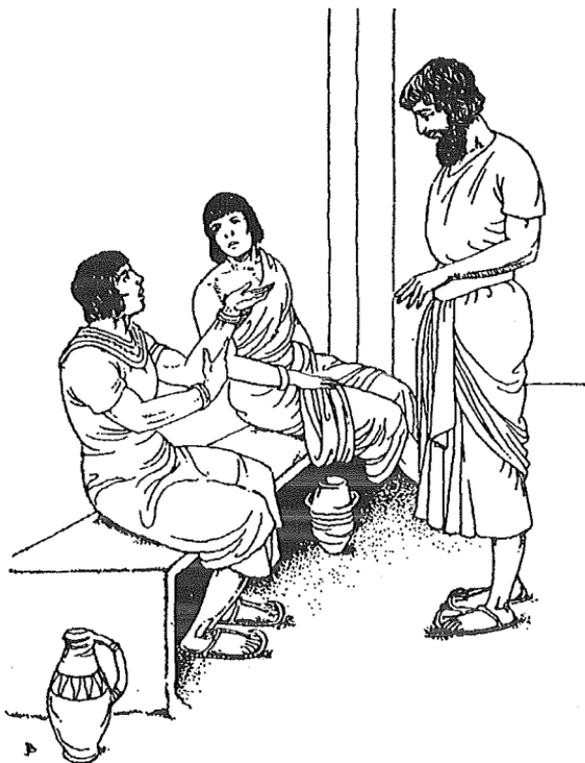
–La significación de esos sueños sólo el Señor puede conocerla, pero Él puede declarármela. Contadme vuestros sueños.

–Soñaba –dijo el copero– que estaba de nuevo en palacio y en mi sueño veía una vid con tres sarmientos, de ellos salían flores y de las flores brotaban racimos de uvas. Cuando las uvas estaban maduras las exprimía hasta que el jugo salía de ellas y lo recogía en la copa de Faraón, llenaba la copa y se la daba al rey. Nunca tuve un sueño tan extraño. Me gustaría saber su significación. Suspiró y se hizo silencio.

Pasados unos momentos José le dijo:

–Esos tres sarmientos significan tres días. Pasados tres días serás sacado de la cárcel, te pondrás de nuevo tus hermosos vestidos y volverás al servicio del rey y volverás a llenar su copa y a dársela.

Una gran alegría inundó al copero al saber que sería restablecido en su puesto; casi no podía creerlo.



José interpreta el sueño

José siguió:

–Cuando estés de nuevo con Faraón habla al rey de mí. Hazle saber que estoy en la cárcel siendo inocente, que no he hecho ningún mal. ¿Lo harás? Así, quizás, Faraón me libre de la cárcel.

–Claro que contaré tu historia al rey, puedes contar conmigo –prometió el copero.

El panadero había escuchado todo en silencio y ahora pensaba: «Quizás también a mí me den la libertad, sería una gran felicidad.»

–Ahora voy a contar mi sueño –dijo– escucha, soñaba que llevaba tres canastillos sobre la cabeza. En el canastillo superior había toda clase de tortas y deliciosos pasteles. En mi sueño, de pronto, vi acercarse a unas aves volando, se posaron sobre el canastillo y picotearon los deliciosos pasteles. ¿Podrás decirme el significado de mi sueño? Con ansiedad quedó esperando la respuesta.

–Ciertamente –contestó José– esos tres canastillos significan también tres días. Dentro de tres días serás también sacado de la cárcel. El principal de los panaderos ya esbozaba una sonrisa de felicidad. Pero –siguió José con sinceridad– no volverás al palacio del rey, serás ahorcado. Entonces vendrán las aves de presa y comerán tu carne. El panadero palideció de temor.

En seguida, José se marchó porque tenía que atender a los demás prisioneros.

Pero, ¿cómo es posible que José supiera esas cosas? Sencillamente, jóvenes, el Señor se lo había revelado a José.

El copero y el panadero quedaron solos en su celda.

–Espero que sea verdad –dijo el copero– y pronto vuelva al palacio.

–Confío que no sea cierto –dijo el panadero– pues de lo contrario seré ahorcado.

Pasados tres días llegó un mensaje del rey. Ese mismo día era el cumpleaños del rey y se celebraba una gran fiesta en el palacio. Y tal como José había predicho, así sucedió. El copero volvió al palacio y el panadero fue ahorcado.

Es posible que cuando esto sucedió José mirara a la puerta para ver si llegaba alguien para liberarle a él ya que el copero habría contado todo a Faraón, pero llegó la noche y nadie llegó. «Tal vez mañana», pensaría José y con este pensamiento se quedó dormido.

A la mañana siguiente se despertó lleno de esperanza, pero pasó el día y el mensajero de Faraón tampoco llegó. Pasaban días y semanas y José seguía en la prisión esperando en vano. ¿Cómo era posible? ¿No había prometido el copero hablar a Faraón de José?

Sí, el copero lo había prometido, pero tan pronto salió de la cárcel se olvidó de ello. Cuando se vio de nuevo en el palacio

de Faraón no volvió a pensar en José, se había olvidado por completo. José esperaba en vano.

Cuando vosotros jóvenes habéis estado en un apuro o en alguna enfermedad habéis orado al Señor que os guardase y que os sanase y cuando Él ha respondido a vuestra oración y os ha sanado, ¿os habéis acordado de darle gracias o, por el contrario, os habéis olvidado de Él?

Capítulo 22

JOSÉ

== GOBERNADOR DE EGIPTO ==

Génesis 41

En el trono está sentado Faraón, rey de Egipto, tiene la mirada taciturna y sombría. Silencioso tiene su mirada perdida. Se abre la puerta de la cámara y entra un gran grupo de personas, todos se inclinan ante el rey, Faraón ni siquiera los mira.

¿Quiénes son todas estas personas? Son los magos y sabios de Egipto a quienes el rey ha mandado llamar y ahora están delante del trono de Faraón esperando saber qué desea.

Al fin, el rey los mira y les dice:

—Os he mandado llamar para ver si podéis ayudarme. Calla durante unos instantes y todos los sabios quedan expectantes aguardando sus palabras.

—Esta noche he tenido un sueño —continúa Faraón— y ahora deberéis contarme la significación del sueño.

—Explíquenos el sueño y se lo interpretaremos —responden los sabios.

—Poned atención. En mi sueño estaba a orillas del Nilo, de pronto subieron del agua siete vacas que iban a pacer al prado. Eran vacas de muy bien ver, gruesas y gordas. Poco después subieron otras siete vacas del agua, pero eran enjutas de carne. Y, ¿sabéis lo que sucedió? Esas siete vacas flacas devoraron a

las siete vacas gordas y, a pesar de ello, siguieron tan flacas como antes. Entonces, asustado, me desperté. El rey guarda silencio y toda la sala queda expectante.

—Mas —continúa el rey— me adormecí y nuevamente tuve otro sueño. En éste había siete espigas de trigo muy hermosas, los granos eran muy grandes, después subían otras siete espigas muy menudas, no tenían ni un solo grano de trigo, éstas devoraron a las siete espigas grandes y, sin embargo, quedaron tan flacas como estaban antes. Interpretadme el significado de estos sueños.

El rey guarda silencio y espera la respuesta.

Nadie responde, los sabios y los magos de Egipto se miran unos a otros, se encogen de hombros y callan. No saben qué significan estos sueños tan extraños.

De nuevo pregunta el rey:

—¿Queréis decirme qué significan estos sueños?

—Señor, no lo sabemos, no podemos dar ninguna respuesta. Fue una decepción para Faraón, porque estaba convencido de que aquellos sueños tenían una significación especial. No se trataba de sueños normales, eran sueños excepcionales.

De pronto, el copero, que estaba también presente, pensó en José. Solamente ahora recuerda la promesa que le había hecho dos años atrás.

—Señor —dice— conozco a una persona que podrá, sin duda, darte el significado de esos sueños.

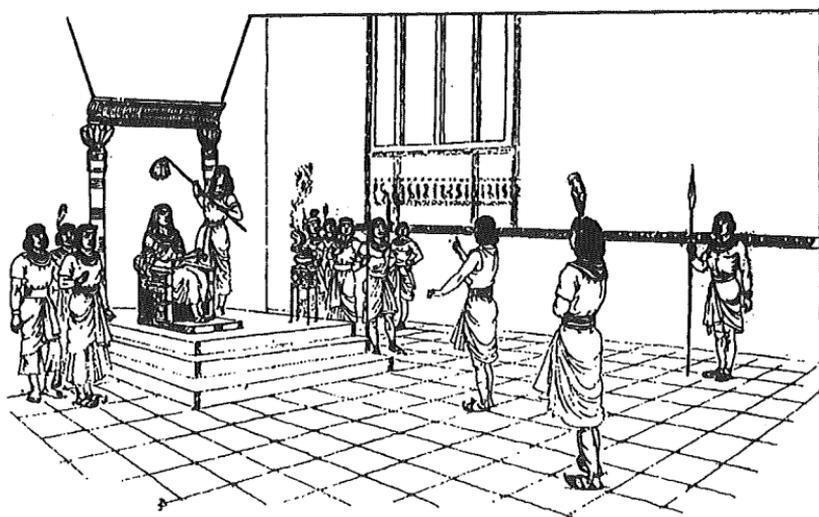
—¿De quién se trata? —pregunta Faraón.

—Recuerda que hace dos años me enviaste a prisión junto con el principal de los panaderos —dijo el copero—. Allí estaba también un joven de Canaán, que se llamaba José. Él nos servía la comida. Una noche habíamos tenido también un sueño y José nos declaró su interpretación. Dijo que yo sería rehabilitado y que el panadero sería ejecutado y así sucedió.

—Ve, rápidamente y llama a José —ordenó el rey.

Los criados corren hacia la cárcel para llevar a José, éste está muy ocupado en su trabajo, pues ya no esperaba la venida del mensajero de Faraón. De pronto escucha:

—José, debes presentarte inmediatamente en la presencia del rey.



José declara los sueños de Faraón

—¿Yo? —pregunta sorprendido.— ¿Qué quiere el rey de mí? Además no puedo presentarme con estas ropas de prisionero.

Le toman, le cortan el pelo y le ponen ropas nuevas y se lo llevan a palacio.

José entra en el palacio real, los guardias le franquean la entrada con toda amabilidad. Tímidamente entra en la cámara real. Los criados le conducen ante el trono de Faraón, que está sentado. José hace una profunda reverencia y espera. Con mirada escrutadora mira a la cara del rey.

—José —dice Faraón— he soñado estos sueños y ninguno de los sabios de Egipto puede darme la interpretación. He oído decir que tú puedes explicármelos.

José contesta:

—Señor, yo no puedo, pero Dios declarará la significación a Faraón.

Como podéis ver, jóvenes, José no es un presuntuoso. Da

la honra a Dios. Muchas veces le ha pedido que le ayude, pero José da la honra a Dios quien le ha concedido esa sabiduría.

Seguidamente Faraón cuenta a José sus sueños de las siete vacas gordas y las siete espigas gordas, que son devoradas por las siete vacas y las siete espigas flacas. Cuando termina, dice a José:

–Dime ahora lo que estos sueños significan.

José responde:

–Majestad, el Señor por estos sueños ha declarado lo que va a suceder. Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas significan siete años. Se trata de un mismo sueño. La interpretación del sueño es que vendrán siete años de abundancia, durante ellos habrá tanto trigo que los hombres no sabrán qué hacer con él. Pero después de estos siete años de abundancia, vendrán siete años en los que la tierra no producirá nada y como consecuencia vendrá una gran hambre. El que hayan sido dos sueños significa que el tiempo está muy próximo, comenzarán el año próximo. Tendrá que elegir a un varón prudente y sabio que sea capaz de almacenar todo el excedente de trigo de los siete años de abundancia para que haya para cuando lleguen los siete años de hambre y de esta forma los egipcios tendrán para comer y no morirán de hambre. José guarda silencio, también el rey y todos los presentes en el salón. Unos piensan que José se lo ha inventado, otros piensan que está diciendo la verdad.

Entonces dice el rey:

–José, tu Dios te ha declarado la significación de los sueños. Como en Egipto no hay un hombre más sabio que tú, desde este momento te nombro gobernador sobre todo el país de Egipto. Todos los egipcios deberán obedecerte.

El rey se levanta, se quita un hermoso anillo de su dedo y se lo entrega a José.

José se siente extraño, esta mañana estaba prisionero en la cárcel y ahora es gobernador de Egipto. No había imaginado que pudiera ocurrirle tal cosa.

El rey da órdenes a los criados y José es vestido con hermosas ropas reales. Después, el rey le pone un collar al cuello.

Poco después una hermosa carroza se detiene ante la puerta de palacio. José sube a ella, un noble egipcio conduce los caballos por las calles, mientras dice:

–Doblad las rodillas.

Todo el mundo debe doblar las rodillas al paso de José, lo ha ordenado así Faraón y así se hace.

Ahora José habita en una hermosa mansión y poco después se casa. Su mujer se llama Asenat y es hija de uno de los principales de Egipto, lo que era un gran honor para José.

¿Habría olvidado ahora José al Señor? No, jóvenes, José agradece al Señor estos privilegios. Cuán maravillosos son los caminos del Señor, ¿verdad?

José ahora está muy ocupado, cada día recorre el país. Por todas partes ordena construir grandes graneros; esto ha de hacerse con urgencia, pues los campesinos disponen de tanto trigo que no saben qué hacer con él. Todo el grano excedente es llevado a los almacenes construidos por José. El trigo almacenado era imposible de calcular.

En estos años de abundancia José tuvo dos hijos, el mayor fue llamado Manasés y el segundo Efraín. ¡Cuán bondadoso era el Señor con José!

Por fin, pasaron los siete años de abundancia y al octavo año sembraron los egipcios de nuevo sus campos, pero la tierra no dio cosecha. No pudieron segar trigo y comenzó el hambre, entonces los egipcios se dirigieron a Faraón y le dijeron:

–Danos trigo o moriremos de hambre.

–Escuchad –dijo Faraón– no os doy trigo. Id a José.

José escuchó sus ruegos, los graneros se abrieron y los egipcios recibieron trigo para preparar sus panes.

Todos estaban llenos de alegría y decían:

–¡Con cuánta sabiduría ha obrado José! Si no hubiera sido por él, todos nosotros habríamos muerto de hambre. José ha salvado nuestras vidas.

Capítulo 23

JOSÉ VUELVE A VER A SUS HERMANOS

Génesis 42

Génesis 43:1-4

Todos los niños piden pan para comer, pero los alimentos escasean. El hambre va haciendo estragos en los hombres y algunos van muriendo, esto está ocurriendo en muchos países.

En el capítulo anterior vimos cómo llegó el hambre a Egipto, sembraron los campos, pero la tierra no produjo ninguna cosecha. Esto no significó problema para Egipto, pues, gracias a José sus graneros estaban repletos de trigo, pero en los países vecinos, como Canaán, el hambre era grande.

Al oír los pueblos vecinos que en Egipto había alimentos en abundancia, muchas personas viajaron hasta Egipto para comprar trigo. José vendía a cuantos llegaban a comprar y en Egipto había gran animación. Desde la mañana hasta la noche los siervos de José estaban trabajando en los graneros. Los caminos y las calles estaban llenos de viajeros que acudían a comprar. Mientras unos grupos marchaban a sus lugares con los sacos repletos de trigo, otros grupos acudían a Egipto con los sacos vacíos para llenarlos allí.

Un día un grupo de diez hombres se acerca silencioso; forzados por la necesidad acuden a Egipto. Cuando llegan son

enviados al gobernador. Se inclinan profundamente ante él y esperan respetuosamente lo que ha de decirles.

José les mira atentamente y con mirada inquisitiva. Luego en tono airado les dice:

–¿De dónde venís?

Esos diez hombres se asustan y responden:

–Venimos del país de Canaán para comprar trigo, señor.

–Creo que no –contesta con brusquedad– más bien, creo que sois unos astutos espías.

Estos hombres asustados y con voz temblorosa dicen:

–No señor, no es cierto. Somos todos hermanos y hemos venido a comprar trigo. No somos espías, os lo aseguramos.

José sigue con el mismo aire de enojo y les dice:

–No me dejaré engañar por vosotros. Sois espías que habéis venido para descubrir las zonas vulnerables del país. Si os dejo marchar pronto volveréis con un ejército fuerte para matarnos y robarnos el trigo.

¿Quiénes son realmente estos hombres? ¿De dónde vienen y por qué razón está José enojado con ellos?

Son los hermanos de José. Ya sabéis que en Canaán había hambre, el primer año que no hubo cosecha los habitantes pudieron comer de los excedentes que tenían almacenados, pero cuando el segundo año tampoco la tierra produjo nada se agotó el trigo que tenían reservado.

Jacob había oído que en Egipto había trigo abundante y dijo a sus hijos:

–Debéis ir a Egipto para comprar trigo.

Sus hijos se alarmaron:

–¿A Egipto?

No tenían ningún deseo de viajar a Egipto y podéis imaginar muy bien cuál era la razón, habían vendido a su hermano José como esclavo para Egipto. Ya hacía veinte años de ello, pero temían que pudieran encontrarse allí con su hermano José, por esta causa les daba miedo ir a Egipto.

Sin embargo, era necesario que fueran o todos morirían de hambre, ellos y también sus mujeres y sus hijos. Con el corazón angustiado emprenden el viaje. Su hermano menor, Benjamín, el segundo hijo de Raquel, queda en casa. Jacob no permitió

que les acompañara. Ahora los diez hermanos están ante el airado gobernador que no les cree y les acusa de ser espías. Se miran entre ellos asustados.

–Señor –dicen al gobernador– escúchenos. Éramos doce hermanos, todos hijos del mismo padre. El menor ha quedado en casa con nuestro padre y uno falta. Hemos venido a comprar trigo.

Tal vez, os preguntáis ¿es que no reconocieron en el gobernador a su hermano José? No, no le reconocieron, han pasado veinte años y entonces José era un joven de diecisiete años, ahora ya es un hombre. Además lleva ropas egipcias y no le reconocen.

Sin embargo, José les reconoció a ellos; inmediatamente se dio cuenta de que eran sus hermanos. Pero no se dio a conocer a ellos. Quería saber si eran tan malos como antes y quería probarles.

Los egipcios que están presentes escuchan sin decir nada esperando en qué terminará todo aquello.

Cuando los diez hombres hablan José los mira con mirada hostil, sin decir ni una sola palabra. Cuando terminan de hablar, se hace silencio.

–Sin duda alguna sois espías –dice severamente– sin embargo, voy a investigar si decís la verdad. Vosotros vais a quedar aquí, mientras uno de vosotros regresa a Canaán y trae a vuestro hermano menor. Entonces comprenderé que habéis dicho la verdad.

Están asustados y no se atreven a decir una sola palabra, temen que ese severo gobernador pueda matarlos. Se arrepienten de haber ido a Egipto.

José da una orden y unos soldados los cogen y los encierran en la cárcel.

Durante tres días los diez quedan encerrados en la cárcel y al día tercero vuelven a comparecer ante José. Están ante él pálidos y asustados.

–Lo he pensado mejor –comienza José– vuestro padre y vuestras mujeres necesitarán comida y ello me ha hecho cambiar de parecer. Uno de vosotros se quedará aquí en Egipto y los demás podéis volver a Canaán con el trigo. Después

volved y traed a vuestro hermano menor, así sabré que me habéis dicho la verdad. Si no lo hacéis, el que quede aquí será ejecutado.

Los hermanos están asustados.

—Si no hubiésemos vendido a José —se dicen unos a otros— vimos su angustia, escuchamos sus súplicas, pero no le hicimos caso, le vendimos. Ahora el Señor nos castiga.

Rubén, que había querido salvar a José, como recordaréis, dice:

—Es culpa vuestra, ya os prevení, pero no me hicisteis caso.

No sabían ellos que José estaba entendiendo todo cuanto estaban hablando, ya que ellos pensaban: «El gobernador habla el idioma egipcio y nosotros hablamos el idioma de nuestro país de Canaán.» Pero José lo entendía todo perfectamente.

En seguida José llama a unos soldados, habla con ellos y éstos toman a Simeón, lo atan y lo llevan a la cárcel. Éste no podía volver a casa. José ordena que llenen los sacos de los otros nueve hermanos y luego se marchan. En el camino uno de ellos abre su costal y se espanta. En el saco está el dinero que ha pagado por el trigo. ¿Cómo es posible? Ahora el gobernador pensará que han robado el dinero. No lo entienden.

Por fin, llegan a Canaán, Jacob sale a su encuentro y al darse cuenta pregunta:

—Y Simeón, ¿dónde está?

—Padre, el gobernador estaba muy enojado con nosotros. Piensa que somos espías. Simeón se ha tenido que quedar en Egipto como rehén ya que cuando volvamos a comprar más trigo debemos llevar a Benjamín, pues así lo ha ordenado el gobernador, de lo contrario no nos venderá más trigo, ni nos dejará volver a casa.

—No —respondió Jacob resueltamente— a Benjamín no le dejaré ir, quedará aquí conmigo.

—Sí, padre —contestan— Benjamín deberá ir con nosotros. Jacob sigue negándose.

—Padre —dice Rubén— puedes matar a mis dos hijos si no te traigo a Benjamín. Era una proposición absurda, porque Jacob nunca iba a hacer eso.

—Benjamín quedará en casa —decide Jacob.



Los hermanos descubren el dinero en sus sacos de trigo

Quando llegan a casa abren los sacos y en cada saco descubren el dinero del trigo y se asustan aún más.

El trigo adquirido pronto se agota.

–Debéis volver otra vez a Egipto –dice un día Jacob.

–No, padre, no iremos si no permites que Benjamín nos acompañe. Jacob dice con tristeza:

–¿Por qué habéis contado todo a ese hombre?

–No sabemos, nos preguntó por ello –se defendieron– y

entonces se lo contamos todo. Además no sabíamos que nos iba a mandar llevar a Benjamín.

Jacob llora, lo siente mucho, pero comprende que debe acceder, de lo contrario morirán todos de hambre.

–Padre –continúa Judá– déjale ir conmigo. Yo cuidaré de él y te lo devolveré seguro. Me ofrezco como fiador por él; si él no regresa yo tampoco volveré a casa. Lo defenderé con mi vida.

Jóvenes, aquí Judá es un símbolo del Señor Jesús, que murió para salvar a Su pueblo, para llevar a su pueblo al cielo.

Entonces Jacob los dejó partir y Benjamín les acompañó. Han tomado el dinero y un regalo para el gobernador, quizás, de esta forma se mostrará más afable con ellos.

Jacob les sigue con la mirada por mucho tiempo. ¿Cómo terminará todo?

–Señor –suplica–, que ese hombre se porte ahora de otra forma con ellos. Que les crea. En seguida entra en su tienda.

Capítulo 24

YO SOY JOSÉ

Génesis 43:14-34

Génesis 44 y 45

Por segunda vez los hijos de Jacob se desplazan a Egipto, un presentimiento se cierne en sus corazones.

Nuevamente están ante José y se inclinan profundamente ante él. José recuerda sus maravillosos sueños de cuando estaba junto a ellos. Todo se ha cumplido con exactitud. Inmediatamente se percata de que Benjamín está entre ellos y ordena que los lleven a su casa. Como José daba las órdenes en Egipto sus hermanos no entendían lo que decía y temieron que nuevamente los encerrara en la cárcel.

–Señor –dicen al hombre que los acompaña– tal vez, pensáis que la vez anterior os robamos el dinero, pero no fue así. No sabemos quién lo metió en nuestros sacos. Ahora traemos el doble del dinero, el anterior y para comprar más trigo, por ello podéis ver que somos personas honradas.

El hombre les respondió muy amablemente:

–No tengáis miedo. Sé que no robasteis el dinero. Por favor, entrad.

Poco después los diez hermanos están sentados en una de las habitaciones del palacio del gobernador. Luego se abre la puerta y entra Simeón. Todos se llenan de alegría. Simeón pregunta cómo están su padre, su mujer y sus hijos. Sus

hermanos le informan y le piden que les cuente cómo lo ha pasado en la cárcel. Antes de darse cuenta ha pasado la mañana.

A media tarde vuelve José y se muestra muy amable con ellos, sobre todo con Benjamín. Todo es muy diferente a la vez anterior.

Les pregunta por su padre, si vive y goza de buena salud y les invita a comer con él.

Cuando la mesa está dispuesta el mismo José va indicando a cada uno el puesto que va a ocupar. Primero Rubén, el mayor, luego Simeón, después Leví y así sucesivamente. Todos han ocupado el puesto de acuerdo con su edad. Con sorpresa se miran unos a otros. ¿Cómo sabe el gobernador todo? ¿Habrá sido una casualidad? No saben qué pensar.

José toma los alimentos y da a cada uno una parte; sin embargo, hace una diferencia, a Benjamín le da cinco veces más que a los demás.

¿Por qué razón hizo José esto?

Sencillamente quería probar a sus hermanos, quería saber si seguían tan envidiosos como antes. Por fortuna ninguno de ellos siente celos de que Benjamín haya recibido más. Ya no tienen envidia, no se enfadan. Terminada la comida se levantan y José ordena que les sean llenados los sacos y a la mañana siguiente los once parten hacia Canaán, donde les espera su anciano padre; todos van contentos y llenos de alegría. Simeón les acompaña y a Benjamín no le ha sucedido nada, caminan alegres, conversando entre sí.

Pero... de pronto oyen gritar. Cuando se vuelven para mirar ven que un jinete les sigue y les hace señas para que se detengan.

Cuando el jinete llega a ellos desmonta con agilidad y les dice:

—Qué ingratos sois. Todos se quedan sorprendidos sin saber lo que quiere decir, mirando al recién llegado, preguntan:

—¿Qué significa esto, señor?

—Lo sabéis mejor que yo —dice ásperamente— sois unos ladrones.

—¿Nosotros? No entienden nada.

–Sí, vosotros –contesta con enojo.

–El gobernador os ha tratado con amabilidad y vosotros a cambio le habéis robado su copa. Es una mala faena.

Indignados niegan con la cabeza.

–No es cierto –exclaman– incluso, hemos traído el dinero de la vez anterior. Examine nuestros sacos y aquel en cuyo saco esté la copa que sea matado y los demás nos quedaremos aquí como esclavos. Están completamente seguros de su inocencia.

–No –contesta el egipcio– aquel en cuyo saco se encuentre la copa sólo él quedará como esclavo del gobernador, los demás podréis regresar a vuestra casa.

El egipcio examina cuidadosamente los sacos comenzando por el del mayor, pero no encuentra nada. Los hermanos se miran unos a otros, piensan: «Somos inocentes, se trata de un error.»

Finalmente sólo queda un saco, el de Benjamín. Los otros cierran sus costales.

De repente suena una voz fuerte, todos levantan la cabeza y... cambian de color, palidecen.

Victoriosamente el egipcio alza la mano con la copa robada. Todos le miran estupefactos. Con una expresión de angustia miran a Benjamín, su hermano menor.

Por la expresión de Benjamín se dan cuenta de que él es ajeno al robo, de que no sabe nada, está tan sorprendido como ellos mismos.

Silenciosamente cargan los sacos sobre sus asnos y regresan de nuevo a la ciudad. De nuevo están ante José, quien les mira con enojo.

–¿Con esta ingratitud correspondéis a mi amabilidad? –les pregunta– Creo que tenía razón la primera vez al desconfiar de vosotros. Ahora os habéis descubierto. Sois unos ladrones. Pero no os dejaré sin castigo.

Todos callan, no se atreven a hablar, ni siquiera a mirarle. Judá se adelanta.

–Señor –responde tímidamente– haga con nosotros lo que mejor le parezca. Dios nos castiga por nuestros pecados. Todos seremos sus esclavos. José niega con la cabeza:

–No –dice– nada de eso. No es culpa vuestra. Sólo aquel en

cuyo saco fue encontrada la copa quedará aquí como esclavo, los demás podréis marchar a vuestra casa.

Es una buena solución, ¿verdad, jóvenes? Todos quedan libres excepto Benjamín.

¿Se marchan todos? No, se miran unos a otros. No se atreven a volver sin Benjamín.

Cómo han cambiado los hermanos de José, ¿verdad? Hace veinte años no les preocupaba volver a casa después de haber vendido a José. Ahora, en cambio, no se atreven a presentarse ante su padre sin Benjamín. Nuevamente Judá se atreve a hablar, oigámosle.

—Señor —por favor— escúcheme. Le suplico que no se enoje, pues sé que es tan poderoso como el mismo Faraón. Como sabe nuestro padre es muy anciano. Raquel, una de las mujeres de nuestro padre, tuvo dos hijos. Uno, el mayor, ya no vive, el otro es éste. Nuestro padre le ama entrañablemente y es por eso que la primera vez quedó en casa. Usted nos pidió que nos acompañara. Cuando volvimos de nuestro primer viaje lo contamos todo a nuestro padre, pero él no quería que nos acompañase. Forzados por el hambre hemos hecho este segundo viaje y para que nuestro padre le dejara venir yo he salido fiador por él ante nuestro padre. He prometido solemnemente a nuestro padre que volvería conmigo. Si ahora vuelvo a casa sin él nuestro anciano padre morirá de tristeza. No puedo volver sin él, por ello os ruego que me toméis a mí por esclavo en lugar de él, para que él pueda ir libre a nuestro padre.

Calla, su voz tiembla, las lágrimas corren por su rostro.

Judá aquí es un símbolo de Jesucristo, que salió fiador por su pueblo, por sus elegidos, por todos aquellos que son convertidos por Dios. El Señor Jesús sufrió el castigo en lugar de los suyos, fue muerto para que su pueblo pueda vivir eternamente.

Jóvenes, ¿creéis que Cristo ha muerto también por vosotros? Orad para que podáis reconocerlo.

Cuando Judá calla se hace un gran silencio. Todos contienen la respiración. ¿Qué responderá el gobernador? ¿Aceptará la proposición? No lo saben, no se atreven a mirarle a la cara,



Jan Boon

José se da a conocer a sus hermanos

todos esperan ansiosos. De pronto el gobernador ordena a todos los egipcios que están presentes que salgan de la habitación y cierren la puerta.

Cuando está José solamente con sus hermanos comienza a llorar a voz en grito.

–Soy José –balbucea– ¿vive aún mi padre? Sus hermanos se espantan. ¡José! ¡Si nosotros le vendimos como un esclavo! Piensan que estará muy enfadado con ellos y ahora se vengará. No pueden pronunciar palabra. Han quedado paralizados por el temor. José les dice:

–Acercaos un poco más. Soy José, ¿no lo creéis? ¿Tenéis miedo de mí? No tenéis por qué temer, no os voy a hacer ningún daño, el Señor ha obrado así. Aún quedan cinco años de hambre. Volved rápidamente a casa y contad todo a nuestro padre y volved para vivir aquí en Egipto, así os podré dar todo el trigo que necesitéis. Traed todo. Os proporcionaré campos donde podáis estableceros. Benjamín, ¿no crees tampoco que soy tu propio hermano? Ven aquí.

Benjamín se acerca. José abraza a Benjamín y le besa. Lloran de alegría. Después José besa a todos sus hermanos. La Biblia dice: «Después sus hermanos hablaron con él».

¿Qué le han dicho? ¿Le han pedido perdón? No lo sabemos. Faraón se entera que los hermanos de José están allí y aprueba que se establezcan en Egipto.

José ordena que se les provea de carros y caballos para el traslado a Egipto. Han de trasladar todos sus enseres y traer a sus mujeres e hijos. Les promete que les dará el mejor lugar de Egipto. Todo se prepara con rapidez.

José da regalos a todos sus hermanos. Reciben ropas nuevas, pero Benjamín recibe cinco veces más que los demás, también les da dinero y víveres para el viaje.

Cuando todo está preparado, les dice:

–No riñáis por el camino –es decir– no debéis discutir por el camino, id de prisa y traed a mi padre y a toda mi familia. Espero vuestro regreso con impaciencia.

Salen de la ciudad, ya no tienen miedo, van contentos.

Tal vez os estáis preguntando: ¿Por qué estaba la copa en el saco de Benjamín? ¿La había robado Benjamín?

No, José había hecho poner la copa en el saco de Benjamín porque quería saber si sus hermanos odiaban también a Benjamín, como le habían odiado a él. Temía que odiasen también a Benjamín, pero al ver cómo defendían a su hermano menor, se dio cuenta de que no le odiaban, sino que le protegían y fue entonces cuando se dio a conocer a ellos.

Capítulo 25

UN ENCUENTRO FELIZ

Génesis 46 y 47

Con angustiosa tensión está esperando Jacob el regreso de sus hijos. ¿Qué habrá sucedido? ¿Se habrá mostrado en esta ocasión más amable ese extraño gobernador? ¿Volverá Simeón con ellos? ¿Le habrá ocurrido algo a Benjamín? Todas estas preguntas y temores se agolpan en el pensamiento de Jacob, y no sabe qué responder.

Toda la noche la pasa pensando en ello, no puede conciliar el sueño. Cruza sus manos y ora. Así van pasando los días.

Podéis estar seguros que ha calculado más o menos cuándo estarán sus hijos de vuelta. Pero antes de lo que espera regresan.

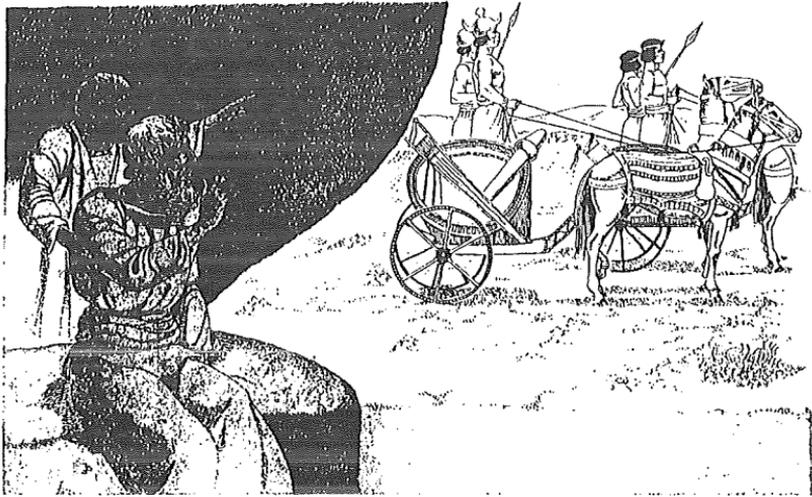
Oye gritos que dicen:

—Padre nuestro, José aún vive. Le hemos visto, hemos hablado con él. Es ese severo gobernador que rige todo el país de Egipto. El viejo Jacob se sobresaltó, siente un vértigo. Tiene que sujetarse para no caer al suelo. La Biblia nos dice: «Y su corazón se desmayó.»

Con una expresión de dolor niega con la cabeza, las lágrimas llenan sus ojos. No lo cree. Con voz temblorosa dice:

—Hijos, es imposible, debéis estar en un error.

—No, padre, no nos equivocamos, estamos seguros. Venimos a buscarte. Debes venir con nosotros a Egipto. José lo ha dicho



Jacob anciano viaja a Egipto

y ha enviado sus carros para llevarte a ti, a nuestras mujeres y niños y toda nuestra hacienda. Ven fuera con nosotros.

Le flaquean las rodillas al viejo Jacob. Sale y ve los carros y los caballos enviados por su hijo José. Sí, ahora debe creerlo, José no ha muerto, no ha sido devorado por ninguna fiera, José vive.

El anciano Jacob se llena de gozo, sus ojos brillan de alegría.

—Basta —exclama— ahora lo creo. Voy a verle antes de morir.

El cruel engaño de sus hijos ha quedado ahora al descubierto, sin embargo, en ninguna parte leemos que Jacob se enojara con sus hijos. Quizás, pensó en que él había hecho lo mismo con su ciego padre. Jacob inclina la cabeza y calla. Lo ve como un castigo del Señor por sus pecados pasados y lo acepta.

Jacob no duerme en toda la noche, su corazón está lleno de gratitud. Benjamín y Simeón han regresado sanos y salvos y volverá a ver a José. No se olvida de dar gracias a Dios por todo ello.

Ahora, irá a Egipto, pero... ¿Es ésa la voluntad del Señor? ¿Querrá el Señor que salga para Egipto? Tiene miedo a hacer algo que no esté en consonancia con la voluntad del Señor, muchas veces lo ha hecho y siempre ha traído amargas consecuencias a su vida.

Al día siguiente todo se prepara para el viaje. Cuando todo está listo salen hacia el sur. En los límites del país de Canaán Jacob edifica un altar y ofrece un holocausto.

—Señor, ¿apruebas esta partida? ¿Es ésta tu voluntad? Contéstame —suplica Jacob. El Señor le da respuesta pues cuando de noche Jacob está en su cama oye que le llaman:

—Jacob, Jacob. Es el Señor quien le llama.

—Jacob, deseas conocer si es mi voluntad que marches a Egipto, ¿verdad? Puedes ir sin miedo, sí es mi voluntad. Te acompañaré, te pondré entre muchas gentes y traeré de nuevo a tus descendientes a esta tierra. Tú morirás en Egipto y José cerrará tus ojos.

Ahora Jacob ya está tranquilo y a la mañana siguiente continúan el viaje. Judá es enviado delante para que informe a José de que su padre se acerca.

Cuanto más se aproxima Jacob a Egipto, tanto más arde en deseos de ver a José.

De pronto descubren en la lejanía un bulto que se va agrandando más y más. Con gran velocidad ven que se aproxima un carro, en ese carro llega José. Arde en deseos de ver a su padre y cuando ha recibido la noticia de que Jacob se acerca, no ha podido esperar y ha salido al encuentro de su querido padre.

Cuando José se acerca, salta del carro, pero también Jacob ha reconocido a su hijo y marcha a su encuentro.

Se acercan el uno al otro.

—Padre mío, padre mío —exclama José.

—Hijo mío, hijo mío —llora Jacob. Grandes lágrimas surcan esa cara vieja y arrugada, pero no son lágrimas de tristeza sino de alegría.

José echa sus fuertes brazos al cuello de su padre y Jacob abraza con sus temblorosos brazos a su hijo favorito, a quien creía muerto.

Tan grande es su alegría que no puede contener el llanto.

¡Cuántos dolores y tristezas había conocido en su vida! Sin embargo, ahora, el Señor le da una alegría. Dice la Palabra de Dios: «Y lloró sobre su cuello abundantemente.»

–Hijo mío, José –exclama por fin– ahora ya puedo morir tranquilo después de haber visto tu rostro.

No, Jacob, no morirás ahora, aún vivirás por algún tiempo y permanecerás al lado de José. Este tiempo ha sido un período muy feliz en la vida de Jacob.

–Ven, padre mío, ¿me acompañas? –dice José– deshaciéndose suavemente del abrazo de Jacob.

Rápidamente prosiguen el viaje. José les indica el camino que han de seguir y así entran en la región de Gosén.

En seguida José, acompañado de cinco de sus hermanos, se presenta ante Faraón, el rey de Egipto, el cual les recibe con mucha amabilidad.

–¿Cuál es vuestro trabajo? ¿Qué oficio tenéis? –pregunta.

Le responden:

–Somos pastores de ovejas, tenemos mucho ganado. ¿Podremos vivir en la región de Gosén?

Egipto era un país principalmente agrícola en el que se cultiva mucho trigo.

La región de Gosén se encontraba próxima a la frontera oriental y se componía de grandes praderas en su mayor parte, por tanto, era muy apropiada para ellos, puesto que sus vacas y ovejas necesitaban mucha hierba y allí la había muy abundante.

Faraón se muestra de acuerdo y les concede su petición. José ordena que sean construidas allí casas para su padre y sus hermanos.

Los hijos de Jacob estaban todos casados y tenían hijos. En total eran setenta personas.

Cuando terminaron de construir las casas, las amueblaron y así de esta forma vive Jacob con toda su familia en el nuevo país.

El Señor les ha cuidado y ayudado en todo.

Los hijos de Jacob tenían prohibido habitar entre los egipcios; con esta prohibición se trataba de evitar que se mezclaran con ellos y llegaran a formar un solo pueblo. El Señor

les ha ordenado que vivan separados para conservar su propia identidad como pueblo, distinguidos claramente de los egipcios.

Cuando Jacob ha descansado del viaje, José le conduce a la presencia del Faraón, quien mira con respeto a este anciano y le pregunta:

—¿Qué edad tienes?

Jacob le responde:

—Tengo ciento treinta años. Pocos y malos son los años de mi vida, pues no soy tan viejo como era mi padre, ni como fue mi abuelo.

Después Jacob bendijo al rey y se marchó.

José cuida de la manutención de su padre y sus hermanos, es decir, les ha suministrado trigo en abundancia para que pudieran hacer pan ya que el hambre aún duraría cinco años.

Durante este tiempo los egipcios han tenido que acudir a José para comprar trigo. Cuando se les terminó el dinero tuvieron que vender sus ganados, sus vacas; luego sus tierras, después sus propias casas y, por último, tuvieron que venderse ellos mismos como esclavos.

¿Hizo José esclavos de ellos? No, no llegó a eso. Cuando finalizaron los siete años de hambre, podían vivir en sus propias casas y sembrar sus tierras, pero de la producción que recolectaban tenían que dar la quinta parte a Faraón. Por ejemplo, si recogían una cosecha de veinte hectólitros de trigo, tenían que entregar cuatro a Faraón, el resto era para ellos.

Gran alegría hubo en Egipto cuando después de siete años volvieron a ver crecer de nuevo el trigo.

Jacob ha vivido durante diecisiete años en Egipto, como es natural, José, le habrá visitado muchas veces y Jacob le ha hecho prometerle que después de su muerte no le sepultaría en Egipto, sino que lo trasladaría a Canaán y lo sepultaría en la cueva de Macpela.

Génesis 48

Un día Jacob cae enfermo, es muy anciano y está casi ciego, precisamente igual que su padre Isaac que no veía nada. José se entera de ello y acude a visitar a su padre y lleva con él a sus dos hijos, Manasés y Efraín. Jacob bendice a los dos jóvenes.

Manasés es el mayor y, por tanto, ha de recibir la bendición



Jacob bendice a Efraín y Manasés

de primogenitura. Como Jacob no puede ver nada, José coloca a sus dos hijos cerca de su abuelo de tal forma que la mano derecha de Jacob repose sobre la cabeza de Manasés y la izquierda sobre la cabeza de Efraín.

Jacob levanta sus dos brazos, pero cruza sus manos de forma que su mano derecha en lugar de reposar sobre Manasés reposa sobre Efraín y la izquierda sobre Manasés.

–Padre mío, te has equivocado –le advierte José. Jacob niega con la cabeza y dice:

–No me equivoco, lo hago intencionadamente, pues no es Manasés, sino Efraín, quien ha de recibir la mayor bendición. José lo acepta pues se ha dado cuenta que ésa es la voluntad del Señor. Dios quiere que Efraín obtenga la bendición de la primogenitura.

Génesis 49

Poco tiempo después Jacob está en el lecho de muerte. Ha cumplido ciento cuarenta y siete años. Todos sus hijos están alrededor del lecho. Es un momento muy emocionante.

Amigos, si alguno de vosotros habéis pasado por esta experiencia lo comprenderéis muy bien, ¿verdad? Son momentos inolvidables. Es algo que difícilmente se puede borrar de nuestras mentes.

Jacob bendice a sus hijos uno por uno. Comienza por el mayor, por Rubén, pero éste no recibe la bendición de primogenitura; siguen después Simeón y Leví, pero tampoco reciben dicha bendición. Judá es el cuarto hijo y a Judá da Jacob la bendición más rica. Solemnemente suenan las palabras de Jacob:

–Judá, tú eres cachorro de león. No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre tus pies, hasta que venga Shiloh.

El cetro es un bastoncillo que los reyes tenían en sus manos. ¿Y Shiloh? ¿Qué es Shiloh? Con esta referencia quiere indicar al Señor Jesucristo, que nacerá de la tribu de Judá.

Todos los hijos de Jacob reciben la bendición. Jacob habla con tranquilidad y seguridad pues sabe que sucederá como él

dice. Los bendice por fe. Por fin termina, se recuesta, encoge sus pies, levanta los ojos al cielo, un suspiro y Jacob ha muerto.

¿No sentía miedo Jacob en esos momentos? ¿No tenía miedo a la muerte? No, no le tenía ningún temor. Estaba alegre, sí, alegre porque sabía que sus pecados habían sido perdonados, Jacob estaba feliz, su alma iba al cielo. Allí no habría más tristeza, ni llanto, allí cantará la gloria eterna de Dios por siempre.

¿Os gustaría morir así, con esa tranquilidad, con esa felicidad?

Todos los hombres lo desean, pero no es fácil. Si queremos tener una muerte como la de Jacob, tenemos que vivir también como Jacob. Jacob ha temido al Señor durante su juventud. ¿Podéis decir lo mismo vosotros? Si es así, será una gran felicidad para vosotros, jóvenes.

José pone la mano sobre los ojos de Jacob, los cierra y llora como un niño.

Génesis 50

Un gran cortejo de hombres sale de Egipto; junto con ellos van también soldados. ¿Soldados? ¿Hay guerra...? ¿Van a luchar? No, afortunadamente no.

En medio de este cortejo va un carro que conduce el cuerpo de Jacob para ser sepultado. ¿A dónde se dirigen? Van a Canaán, a la cueva de Macpela, pues así se lo había prometido José a su anciano padre. Los soldados les acompañan para protegerlos. José, el poderoso gobernador de Egipto, va con ellos.

Con gran respeto abre José la cueva de Macpela. Allí reposan Abraham y Sara, Isaac y Rebeca. También Jacob sepultó allí a Lea.

Con gran cuidado el cuerpo de Jacob es depositado en esta cueva mortuoria. José queda en ella por unos momentos.

También llegará para él el día de la muerte, pero no lo teme, no le preocupa porque José también teme al Señor con gran sinceridad.

Meticulosamente la entrada de la cueva es cerrada con una pesada piedra y José vuelve a Egipto donde le esperan sus ocupaciones.

Después de morir Jacob, José vive durante cincuenta y cuatro años más. Sus hermanos le habían vendido sin compasión. José les había perdonado de todo corazón. Les ha dicho:

-No estoy yo en el lugar de Dios. Ha tranquilizado a sus hermanos, ya que éstos creían que después de muerto su padre se vengaría de ellos. Pero no ha sido así, durante todos estos años José ha cuidado muy bien de sus hermanos para que no les faltara nada.

A la edad de ciento diez años muere José. Antes de morir ha mandado llamar a sus hermanos y les ha dicho:

-Dios conducirá de nuevo a nuestros descendientes al país de Canaán. Es completamente cierto, pues el Señor así lo ha prometido. Sepultadme ahora en Egipto, pero cuando Dios lleve a nuestro pueblo a Canaán, mis huesos deben ir con ellos, no quiero reposar aquí en Egipto, deseo ser sepultado en Canaán, en medio de mi pueblo.

José murió y su alma fue al cielo y en el día del juicio José resucitará también junto con su padre. Entonces sus cuerpos también irán al cielo, allí se encontrarán y habrá una gran alegría al verse, pero entonces no para estar juntos solamente diecisiete años, sino para siempre.

Capítulo 26

MI SIERVO JOB

Libro de Job

¿Sufrís dolores, estáis tristes a veces? Estoy seguro de que estáis pensando: «Vaya pregunta más absurda.»

Naturalmente que algunas veces sufrimos dolores, claro que estamos tristes en algunas ocasiones.

¿Por qué nos ocurre todo esto con tanta naturalidad?

Cuando Dios creó la tierra no existía el dolor, ni tristeza. Entonces todo era perfecto y cuanto existía cantaba la gloria de Dios.

¿De dónde, pues, ha venido toda esta miseria humana? Seguro que lo sabéis muy bien, muchos de vosotros ya tenéis la respuesta preparada, ¿verdad? Podéis decirlo:

—Por causa del pecado.

Sí, el pecado es la causa por la cual existe toda la miseria humana y todo el dolor que se sufre en este mundo.

Dios no tiene la culpa de ello, nosotros mismos somos los culpables, sin embargo, vemos que muchas personas echan la culpa de todo a Dios. Esto es una impiedad y una blasfemia contra Dios.

¿Os enfadáis a veces con el Señor? No os atrevéis a responder, ¿verdad? Por el pecado, el hombre se ha hecho enemigo de Dios. Sí, escuchadlo bien, todo el mundo. ¿Lo creéis?

Sí, jóvenes, también vuestro corazón vive en enemistad

contra Dios. Tal vez, algunos de vosotros estáis pensando: «No, no lo creo.» Pues, pese a ello, es verdad.

Muchas veces escuchamos:

—Debéis amar al Señor Jesús, a Dios.

Claro que debemos hacerlo, pero no podemos. Por causa del pecado solamente podemos odiar a Dios. Necesitamos que el mismo Dios nos dé un corazón nuevo para que podamos amarle. Entonces, cuando nacemos de nuevo, cuando recibimos ese nuevo corazón que viene del Señor, entonces sí podemos amarle. Jóvenes, orad al Señor para que cambie vuestro corazón, para que os convierta. Solamente los hombres conversos pueden amar a Dios y renunciar al pecado, viviendo para honrar y servir a Dios.

¿Creéis que las personas convertidas no padecen dolores ni están tristes? ¿Pensáis que Dios las preserva de ello? ¿Creéis que el pueblo de Dios vive siempre en este mundo en felicidad y prosperidad? ¿Pensáis que los creyentes son todos ricos y felices en este mundo? No, no es así, muchas veces vemos lo contrario, vemos que el pueblo de Dios sufre y en cambio los malos, los blasfemos llevan una vida llena de riqueza y comodidad, viven en lujosas casas, mientras el pueblo de Dios habita en casas humildes e incluso, miserables. No hay muchos ricos que sirven a Dios; sinceramente son una minoría, aunque es verdad que hay algunos.

Hubo un hombre temeroso de Dios, que era muy rico, es posible que viviera en tiempos de Isaac y Jacob en el país de Hus. Se llamaba Job. El país de Hus se encontraba cerca de Mesopotamia.

Abraham, como bien sabéis, también vivía en ese país antes de que Dios le llamara y tenía un hermano que se llamaba Nacor, cuyo hijo mayor se llamó Hus, así, pues, es probable que Job fuera uno de los descendientes de Nacor y por consiguiente de la familia de Abraham.

Job era el hombre más rico del país. Tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, es decir, mil bueyes, y quinientas asnas. Además, la Biblia dice que tenía muchos servidores, es decir, muchos criados y criadas que trabajaban sus tierras y cuidaban sus ganados. Difícilmente

podemos encontrar hoy un hombre con tantas cabezas de ganado.

Job, por tanto, era un hombre muy rico a quien todo el mundo saludaba cortésmente cuando pasaban a su lado. Muchas personas acudían a él para pedirle consejo. Si había pobres en el país de Hus que no tenían para comer iban a casa de Job para solicitar alimento.



Job un hombre importante

¿Eran despachados de vacío? No, Job era riquísimo, pero también temía a Dios. ¿Sabéis lo que dice la Biblia? Escuchad:

«Job era un hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal.» Así está escrito, pero ¿es verdad? ¿Quién es quien lo dice? Es el mismo Señor quien lo dice y Dios nunca se equivoca. Job no quería blasfemar, ni burlarse y cuando lo oía a otros les castigaba y amonestaba.

Job estaba casado y tenía diez hijos, siete muchachos y tres muchachas. El Señor bendecía a Job muy abundantemente, de tal forma que, como ya os he dicho, era el más rico del país. ¡Cuán feliz sería Job! ¿Verdad?

Pero... un día se acercó un hombre corriendo a toda prisa, llegaba jadeante, grandes gotas de sudor corrían por su frente. Job le vio acercarse y salió de su casa.

–Señor, señor –dijo este hombre– estábamos arando con los bueyes. Cerca de nosotros estaban las asnas y de repente un grupo de soldados sabeos nos atacaron y mataron a todos los criados que estaban cuidando las asnas, a los que estaban arando y después se llevaron todas las asnas y los bueyes. Sólo yo escapé y no pudieron cogermé.

Mientras este hombre estaba aún hablando, se acerca en la lejanía otro hombre, el cual al aproximarse gritó:

–Señor, señor, estábamos con las ovejas y de pronto cayó del cielo fuego de Dios y abrasó a todas las ovejas y pastores. Solamente yo escapé para traerte la noticia. Calla este segundo criado, Job también permanece callado. Un tercer hombre se acerca corriendo y cuando está ante Job dice:

–Señor, estábamos cuidando los tres mil camellos, cuando nos cercaron y atacaron tres bandas de bandidos caldeos. Mataron a todos los pastores y se llevaron los camellos. Sólo pude escapar yo para traerte la noticia. Como podéis ver es terrible.

De nuevo se acerca un cuarto hombre y dice:

–Señor, tus hijos, tus siete hijos y tus tres hijas estaban reunidos en casa de tu hijo mayor precisamente sentados a la mesa. De repente se ha levantado un violento huracán que ha derrumbado la casa y todos han muerto. Sólo yo he quedado para traerte la noticia.

Allí está Job, rasga sus vestidos y cae a tierra. Es un golpe terrible, ¿verdad? En un momento, todo, todo lo ha perdido. Sus ovejas, camellos, bueyes, asnas, todo, incluso sus hijos. No le queda absolutamente nada. Del hombre más rico del país se ha convertido en el hombre más pobre. ¿Qué dice? ¿Comienza a blasfemar de Dios? Quizás, como lo hacéis vosotros algunas veces cuando perdéis algo o se os rompe alguna cosa ¿no? Job no hizo eso, escuchad lo que dice:

–El Señor me lo ha dado, el Señor me lo quita, sea el nombre de Dios bendito.

Esto fue lo que dijo Job. Pero, ¿por qué le fue arrebatado de repente todo a Job? ¿No podía el Señor haberlo impedido? Efectivamente el Señor podía haberlo impedido, pero no lo hizo. ¿Por qué razón? Seguid leyendo.

El diablo dijo un día a Dios:

–No es extraño que Job te ame y te sirva porque le das todo lo que quiere, de esta forma, todo el mundo te amaría. Pero quítale todo lo que tiene y verás como entonces Job te maldecirá. El Señor le dijo:

–Pruébalo. Quítale todos sus bienes, pero te prohíbo que pongas tu mano sobre la persona de Job.

Fue, pues, el diablo el que mandó a los bandidos, el que hizo caer fuego del cielo, quien hizo derrumbarse la casa. Como podéis ver el diablo tiene mucho poder, pero no lo olvidéis, es porque Dios se lo permite y por ello él puede hacer lo que quiere.

¿Tendría razón el diablo? ¿Maldeciría Job a Dios? Ya hemos visto que Job no maldijo a Dios, Job lo aceptó. No había pensado el diablo en esa posibilidad, fue una desilusión, había perdido.

Entonces el diablo dijo otra vez a Dios:

–Job no te ha maldecido, pero es porque no me has permitido hacerle daño, tiene buena salud. Pero si cayera enfermo ya verías como entonces Job te maldeciría. Entonces el Señor permitió al diablo que tocara a Job en su salud.

De pronto todo el cuerpo de Job, sus manos, sus pies, su cabeza, su cuerpo entero se cubrió de grandes úlceras, que le producían un gran dolor y picor al mismo tiempo. ¡Pobre Job!

¡Está sentado en medio de cenizas y tiene que coger una teja para rascarse con ella!

¿Acertó el diablo esta vez? ¿Comenzó Job a maldecir a Dios? Por fortuna Job no maldijo a Dios.

Su mujer se acerca a Job.

–Bendice a Dios y muérete –le dice. ¿Sabéis qué es lo que quiere decir eso? Es como si ella le dijera:

–Has servido siempre al Señor, pero ahora te darás cuenta de que no te ha servido de nada. Maldice a Dios y pon fin a tu vida. Suicídate.

Algunas personas se ahorcan, otras se arrojan al agua para ahogarse, son suicidas y es algo muy trágico. Orad al Señor para que os libre de estos pensamientos.

La mujer de Job quería que su esposo se suicidase, es una idea impía y malvada. Sin embargo, Job contestó:

–¿Recibiremos el bien de Dios y el mal no lo recibiremos? Job quería decir con ello:

–No, mujer, primeramente el Señor me ha bendecido y me ha dado riquezas. Ahora el Señor me lo ha quitado todo, soy pobre y ésta es la voluntad de Dios.

Ahora la gente ya no honra a Job, no le saludan; los niños no se inclinan ante él, por el contrario, se burlan de él, se ríen de él, le sacan la lengua y le insultan e incluso, escupen a Job. Quizás eso mismo hacéis vosotros cuando veis a una persona en ese estado. No debe hacerse eso, no debéis reiros de ninguna persona, hay que ser amables y ayudarlas en lo que podáis.

Los niños de Hus hicieron mal burlándose de Job.

Un día tres hombres vinieron a ver a Job, eran tres de sus amigos. Se llamaban Elifaz, Bildad y Sofar. Se han enterado de las desgracias que han ocurrido a Job y vienen a consolarle. Cuando llegan a él ni siquiera le conocen, tanto ha cambiado. Se sientan junto a él, no se atreven a pronunciar ni una sola palabra, tienen miedo. No creían que su situación era tan grave. Pensaban: «¿Es este Job aquel hombre tan robusto y sano? Es imposible.» Sin embargo, era la realidad.

Durante siete días y siete noches están sentados en silencio junto a Job.

Finalmente toman la palabra, pero no para consolarle sino



Los tres amigos visitan a Job

para acusarle. Le dicen que debe ser un hombre muy impío, pues de lo contrario Dios no le habría castigado de esa manera. Dicen:

–Job, has hecho cosas muy malas, eres un hipócrita.

Job les responde que no es cierto; dice:

–Dios sabe que no soy un hipócrita.

Entonces, la Biblia, nos dice que Job maldecía el día en

que nació. ¿Cómo? Por fin ¿blasfema Job ahora? ¿Maldice al Señor? No, jóvenes, Job no ha maldecido al Señor. Sólo ha dicho:

—¡Oh si no hubiese nacido jamás! Pero no maldice a Dios, al contrario, escuchad lo que dice:

—Vosotros me culpáis, pero el Señor me salvará, pues yo sé que mi Salvador vive. Job tenía fe de que el Señor le ayudaría y le defendería. Creía que al final iría al cielo, que llegaría la hora en que no sufriría más dolores, ni tendría más tristeza. Sus tres amigos mueven las cabezas diciendo que Job se equivoca, que se engaña a sí mismo. Esta situación era desagradable para Job. Más tarde un cuarto amigo, Elihú, confiesa que Job no era un hipócrita.

De pronto comenzó a tronar. Una tormenta es siempre algo que infunde temor. El cielo se oscurece y de vez en cuando es cruzado por brillantes relámpagos. Pero en esta tormenta Dios habla a Job, Dios da una respuesta a Job. El Señor le dice que Él ha creado todas las cosas y que Él gobierna y dirige toda la creación.

Luego el Señor se dirige a los tres amigos de Job y les dice:

—Vosotros no habéis hablado bien. Habéis dicho que Job es un hipócrita, pero eso no es verdad. Job no es un hipócrita. Volved de nuevo ante Job y pedidle perdón. Tenéis que pedir a Job que ore por vosotros.

Gran susto debieron sufrir estos tres hombres al ver cómo Dios les castiga. Pero hacen lo que el Señor les dice y Job ora por ellos. Después el Señor sanó a Job por completo y quedó totalmente restablecida su salud.

Todos sus amigos de antes de la desgracia vinieron a verle y le traían regalos, unos le traían dinero, otros corderos, etc., pero, lo más importante era que el Señor bendecía a Job.

Nuevamente tuvo ovejas, camellos, bueyes y asnos, de nuevo se hizo un hombre rico. Era mucho más rico que antes, todo cuanto tenía antes ahora lo tenía al doble, de forma que si antes tenía siete mil ovejas, ahora tenía catorce mil, antes poseía tres mil camellos y ahora tenía seis mil, quinientas yuntas de bueyes, ahora mil; antes tuvo quinientas asnas y ahora mil.

Antes Job tenía diez hijos y ahora tuvo de nuevo diez hijos, sus hijos no se doblaron en número.

Después de todos estos sucesos Job vivió aún durante ciento cuarenta años y vio a sus hijos, a sus nietos, hasta la cuarta generación. Finalmente Job murió, ahora ya el diablo no podría hacerle ningún mal.

En el cielo, Job, canta eternamente la gloria de Dios.

Jóvenes, el diablo había perdido, decía que Job maldeciría a Dios, pero Job no maldijo a Dios. El diablo siempre perderá. Dios ganará siempre. El día del juicio el diablo será arrojado para siempre en el infierno y no solamente el diablo sino también todos aquellos que no han servido aquí en la tierra al Señor.

Jóvenes, ¿dónde iréis vosotros? ¿Habéis pensado en ello? Sólo hay dos caminos, el camino ancho, de pecado que lleva a la perdición y la senda estrecha.

Orad a Dios para que no vayáis al infierno, porque allí será terrible.

Capítulo 27

ISRAEL OPRIMIDO

Éxodo 1

—¡Vamos, date prisa, perezoso, trabaja! A estas palabras acompañaba un azote. El hombre que recibía el golpe, se retorció por el agudo dolor durante unos momentos y suspirando profundamente, recogía la pesada carga de ladrillos y marchaba nuevamente vacilando. Estaba tan cansado que difícilmente podía tenerse en pie, pero no le quedaba más remedio que seguir trabajando, pues el capataz ya tenía de nuevo en alto su bastón para descargarlo sobre sus espaldas si dejaba caer algún ladrillo.

Haciendo grandes esfuerzos llevaba el pobre esclavo su pesada carga. Con una sonrisa burlona se alejó el capataz, volviendo la mirada con recelo para ver si el esclavo seguía trabajando.

Tal vez pensáis que este capataz es un hombre antipático y cruel, ¿verdad? ¿De quién se trata?

Es un egipcio y ¿quién es el esclavo? Un israelita, descendiente de Jacob. ¿Es posible? ¿No eran los egipcios muy buenos amigos de los israelitas?

Como recordaréis José había sido gobernador de Egipto; él salvó la vida de los egipcios, durante los siete años de hambre y durante estos terribles años con la autorización de Faraón, Jacob y sus hijos se habían establecido en Egipto. Les habían

concedido una tierra muy fértil, la región de Gosén. Vivían en amistad con los egipcios, pero no como esclavos. ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Por qué razón ha habido este cambio? Sí, jóvenes, las cosas han cambiado mucho desde entonces. Como recordaréis Jacob murió y también había muerto José. A la muerte de José sus hermanos ya llevaban viviendo en Egipto más de setenta años y se habían multiplicado en gran manera. Cuando llegaron a Egipto eran en total setenta personas y a la muerte de José eran muchos cientos y así siguieron creciendo llegando a ser miles. La Biblia nos dice que la región de Gosén se fue llenando de ellos. Dios había prometido a Abraham que de él saldría una nación grande y poderosa y ahora esa promesa se ha cumplido. El número de los israelitas crecía más y más, pues Dios les bendecía en gran manera. En Egipto se encontraban muy bien, eran respetados y los egipcios les trataban muy bien.

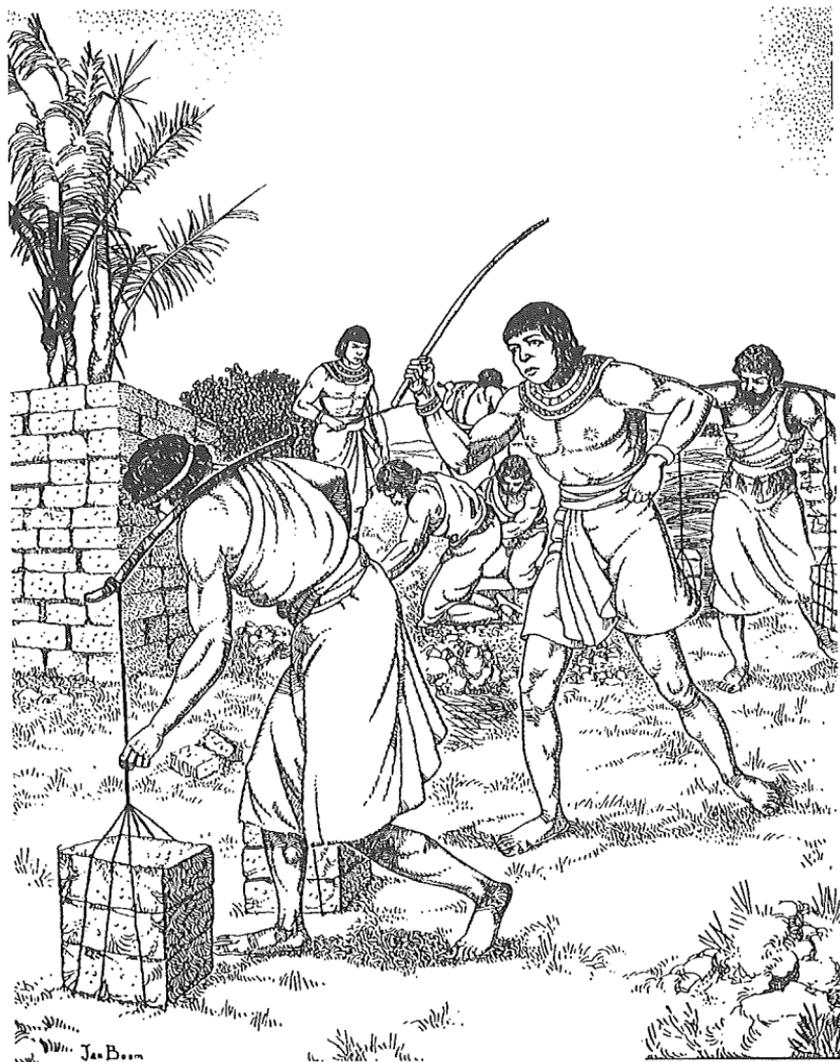
El pueblo egipcio era un pueblo sabio y trabajador. Por todo el país había innumerables templos y palacios que ellos mismos habían construido. Era un pueblo instruido que sabía leer y escribir. Con las cañas que crecían a las orillas del Nilo fabricaban un papel, conocido con el nombre de «papiro». En la agricultura conocían todos los secretos. Los israelitas aprendieron mucho de ellos. Por ello estaban tan a gusto allí, pero los israelitas no olvidan una cosa, que Egipto no era su patria. No había dicho Dios a Abraham:

–Daré Egipto a tu descendencia, sino que le había dicho:

–Canaán daré a tu descendencia. Por tanto ellos sabían muy bien que Egipto no sería su patria, sino Canaán. Sin embargo, los israelitas no sienten ningún deseo de volver a su tierra prometida. Pero... muy pronto sus deseos cambiarán, porque...

Faraón, el rey, murió y un nuevo rey gobernó Egipto. Este nuevo rey no era hijo del anterior, era una persona totalmente extraña y, por tanto, no había conocido a José, ni siquiera había oído hablar de él.

Una vez que el nuevo Faraón hubo ocupado el trono hizo un viaje por todo el país para inspeccionarlo. Durante este viaje visitó la región de Gosén y allí vio a los israelitas y se dio cuenta de que no eran egipcios, sino un pueblo extranjero.



... Jan Boon

La opresión de los israelitas

–¿Quiénes son estas personas? –preguntó a sus criados.

–Son los israelitas que vinieron de Canaán –le respondieron.

–¿Qué hacen aquí? ¿Por qué han venido hasta aquí? –siguió preguntando.

Los criados le respondieron:

–Debieron llegar aquí en tiempos de gran escasez.

El rey musitó algo para sí. Veía que eran tantos que temió que pronto llenarían todo el país y ello podría crearles dificultades.

Si estallase una guerra y los israelitas se unieran a los enemigos de Egipto no tardarían en conquistar todo el país. Eran más poderosos que los mismos egipcios.

Entonces el rey dijo:

–Esto no puede seguir así. Los haremos esclavos y de esta forma evitaremos que se puedan volver contra nosotros.

Pronto puso sobre ellos capataces egipcios que obligaron a los israelitas a construir dos ciudades en la región de Gosén.

Los egipcios no preguntaron a los israelitas si deseaban ayudarlos, no, les forzaron a hacerlo. Así fue cómo los israelitas llegaron a ser esclavos de los egipcios.

Tenían que trabajar mucho, les obligaban a trabajar desde muy temprano hasta ya avanzada la noche. No les permitían descansar ni un momento y frecuentemente eran golpeados.

Faraón esperaba que con este trato duro e inhumano muchos israelitas no lo podrían soportar, enfermarían y morirían y así se iría reduciendo el número de ellos. Pero no sucedió así, el Señor lo evitó. Cuanto más los hacían trabajar, cuanto más les pegaban, más crecía el pueblo.

Los israelitas no murieron, su número aumentaba, pues tenían muchos hijos. Estos israelitas que antes vivían tan a gusto en el país de Egipto, ahora deseaban abandonar el país. Poco a poco iba aumentando en ellos el deseo de regresar a Canaán. ¿Por qué no se marcharon? No se atrevían, temían la venganza de Faraón.

Ahora oraban a Dios, al Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Cada noche doblaban sus rodillas y pedían a Dios que les salvase y les ayudase. Ellos sabían que no podían hacer nada, pero el Señor podía ayudarles.

Sin embargo, parecía como si el Señor no los oyese, sus oraciones parecían en vano, pues en lugar de mejorar la situación cada día iba de mal en peor.

Cuando Faraón se dio cuenta de que su propósito había fracasado, ya que en lugar de disminuir el número de los israelitas aumentaba, ordenó que se les aumentase el trabajo. Desde ahora deberían no solamente preparar el barro y fabricar los ladrillos, sino que además tendrían que labrar la tierra. Además tendrían que llevar el agua para regar la tierra, ya que en Egipto la lluvia es muy escasa. También este intento de Faraón fue un fracaso.

Faraón estaba furioso y desalentado. ¿Qué podría hacer para acabar con ellos?

La solución fue diabólica.

Cuando nacía un niño acudía siempre una enfermera para ayudar en el parto.

Entre los israelitas había también estas enfermeras, la Biblia las llama: «Parteras». Dos de estas mujeres se llamaban Sifra y Fúa. Un día recibieron aviso para que se presentaran ante Faraón. Es posible que se hayan quedado sorprendidas. ¿Para qué las quería Faraón?

Obedientes acudieron al palacio:

¿Qué les dijo el rey? Es casi imposible decirlo, es terrible. Faraón les dijo:

—Cuando ayudéis a las mujeres israelitas en sus partos si veis que son varones debéis matarlos.

¿No creéis que esto es algo terrible?

Sin embargo, estas dos parteras no lo hicieron, no querían matar a esos pobres niños. Temían a Dios y no podían hacerlo.

Faraón se enteró y lleno de furia ordenó traer a las dos mujeres y les dijo:

—¿Por qué no hacéis lo que os he ordenado? Os he ordenado matar a todos los niños israelitas. ¿Por qué no lo hacéis? ¿Qué responderían estas dos mujeres al rey? Eran astutas y respondieron:

—Señor, la culpa no es nuestra, las mujeres de los israelitas son tan robustas que siempre dan a luz antes de que nosotras lleguemos.

Dios las bendijo porque no querían colaborar en tal maldad, no querían cargar sobre sus conciencias esos crímenes.

Faraón estaba cada día más enojado y pensaba: «El número de los israelitas crece de día en día y se hacen demasiado poderosos. Haré matar a todos los niños, si estas mujeres no lo hacen, lo haremos nosotros.»

Al día siguiente llamó a sus oficiales y les dijo:

–Cuando nazca un niño israelita debéis tomar a ese niño y echarle al río Nilo hasta que se ahogue.

Estos oficiales no rehusaron obedecer la orden de Faraón, pese a que era algo horroroso.

Cuando en una casa israelita un niño pequeño estaba durmiendo en su cunita, estos oficiales egipcios venían, lo tomaban y lo arrojaban al agua. Las mujeres gritaban de desesperación y trataban de retener a sus hijos, defendiéndolos con todas sus fuerzas, pero eran empujadas y recibían una patada o eran azotadas hasta que tenían que soltar a su pequeño querido. Llorando angustiosamente veían impotentes cómo sus hijos eran ahogados en el Nilo.

Las niñas no eran matadas, las dejaban vivir.

–Ésas no pueden luchar –había dicho Faraón– dejad vivir a las niñas, que ellas serán nuestras esclavas después.

Pero todos los pequeños inocentes eran ahogados. Esto era un acto cruel, diabólico.

Los israelitas oraban más incesantemente a Dios pidiendo que les salvase y les condujese al país de Canaán.

Ellos no podían hacer nada por sí mismos, ni se atrevían a intentarlo, pero Dios sí podría hacerlo y Dios lo hizo.

Dios ha escuchado sus ruegos, ha visto todas sus lágrimas y Dios castigará severamente a los egipcios por todas sus crueldades.

Capítulo 28

MOISÉS

Éxodo 2:1-15

La vida de los israelitas en la tierra de Gosén se hizo insoportable. Los capataces se paseaban por la tierra con aire orgulloso y cruel. Continuamente maltrataban a los israelitas sometiéndolos a la obediencia. Si alguno se resistía era matado sin piedad.

Pero los oficiales egipcios hacían aún más, espiaban las casas de los israelitas para sorprender el llanto de algún niño pequeño y entonces entraban inesperadamente y les sorprendían y si se trataba de una niña respetaban su vida, pero de lo contrario implacablemente lo arrojaban al río. No escuchaban las súplicas y lamentos de la madre.

Un día en una de las casas de los israelitas nació un niño. En esta casa vivían unos descendientes de Leví, tercer hijo de Jacob. Amram, el padre del niño, no estaba alegre y Jocabed, la madre, lloraba. ¿Sería también su hijo arrojado a las aguas del Nilo? Era la orden del rey, angustiados no separaban sus ojos de la cuna del niño, era un niño tan pequeñín y tan guapo...

¿Avisarían a los oficiales de que les había nacido un hijo? No, no lo hicieron, ya que si lo hacían les sería arrebatado y ahogado en las aguas. Juntos han doblado sus rodillas y han pedido a Dios que guarde a su hijo. De acuerdo deciden es-

conderlo. Con temor vigilan por la ventana para ver si se aproxima algún oficial egipcio.

Durante el día Amram sale a trabajar, todo el día tiene en su pensamiento el hogar, de vez en cuando, una oración sube a Dios pidiendo que salve a su hijo. Piensa en lo que sucedería si alguien le denunciase, si algún egipcio entrase en su casa de repente y tiembla con estos pensamientos. Durante toda la jornada muchas veces pide a Dios por el niño.

Cuando por la noche regresa a casa Amram, su corazón palpita con angustia. ¿Habrán descubierto al niño? ¿Se lo habrán llevado...?

No, no han descubierto al niño todavía, duerme plácida-mente en su cunita. Dan gracias a Dios por ello y le suplican que le guarde también al día siguiente.

Amram y Jocabed perseveran en sus oraciones, confían en que el Señor les escuchará, confían en que el niño no será ahogado. Por la fe mantienen a su hijo escondido y así van pasando las semanas y los meses. Ya han pasado tres meses y el pequeño crece prósperamente. Jocabed tenía gran temor a que los egipcios oyesen al niño; al principio su voz era débil y delicada, pero ahora cuanto más crecía, su llanto era más fuerte. Ya no se atrevían a tenerlo por más tiempo oculto en casa pues se daban cuenta de que más tarde o más pronto sería descubierto y también ellos serían castigados. Por la noche Amram y Jocabed discutían sobre lo que deberían hacer.

Un día Amram se puso a hacer una pequeña cesta de juncos, cuando terminó de hacerla la impregnó de pez y betún por fuera y por dentro, de forma que el agua no pudiera penetrar en ella y después preparó en ella una especie de cama.

Luego llorando, tomó a su querido hijo de la cuna y lo colocó en aquella cesta de juncos; una vez más besó al niño, cubrió la cesta y salió de casa con ella.

No podía aceptar la idea de que su pequeño hijo fuera matado. Amram y Jocabed tenían otros dos hijos, uno se llamaba Aarón, era el mayor, la otra se llamaba María. Aarón había nacido antes de que Faraón diera la orden de matar a todos los niños varones.

Cuando Jocabed salió de casa llamó a María y le dijo:

–Acompáñame. Las dos se dirigen al Nilo; Jocabed tiembla cuando mira el agua a la que tantos niños han sido arrojados. Se acerca a la orilla del río y allí entre unas cañas deposita la cesta con el niño. Después dice a María:

–Ahora te quedarás por aquí cerca para que puedas ver lo que sucede con tu hermanito. Si ocurre algo, avísame en seguida.

Vuelta a casa se postra de rodillas y pone a su hijo al cuidado de Dios:

–Señor mío, no puedo ocultarle por más tiempo en casa, pero cuida tú de él –oró. Todo lo que hace, lo hace por la fe.

María quedó cerca del lugar donde fue escondida la cesta vigilando para ver si sucedía algo. No perdía de vista la cesta ni un solo momento. De pronto se sobresaltó, la hija de Faraón se acercaba con unas doncellas, iban a bañarse al Nilo. La hija de Faraón estaba casada pero no tenía hijos.

Cuando la comitiva está dentro del agua, ve la cesta y ordena a una de sus criadas que se la lleve sin tardanza. Con curiosidad la abre y ve a un niño pequeñito dentro de ella, que está llorando.

–Oh –dice con voz emocionada– éste es sin duda uno de los hijos de los israelitas, ese pueblo de esclavos. Qué niño tan bonito. Se compadece de ese pequeñín lloroso. ¡Cuánto desea tener un hijo! Ahora, en esta cesta hay un niño y ¡cómo deseaba que este niño fuera su hijo! Mientras tanto, María se ha acercado. De pronto dice:

–Señora, ¿quiere que vaya a buscar a una mujer para que cuide de este niño hasta que sea mayor?

La princesa mira a la muchacha que está allí de pie. Quizás haya dudado por un momento, pero... rápidamente decide. Adoptará a ese niño como hijo. Su padre es seguro que estará de acuerdo.

–Muy bien –responde a María– ve a buscar a una mujer.

María se aleja corriendo y, sin lugar a dudas, va hacia su madre.

–Mamá, mamá –grita jadeando– ven de prisa conmigo. La princesa ha encontrado la cesta y ahora busca a alguien que pueda cuidar de nuestro hermanito.



La hija de Faraón descubre

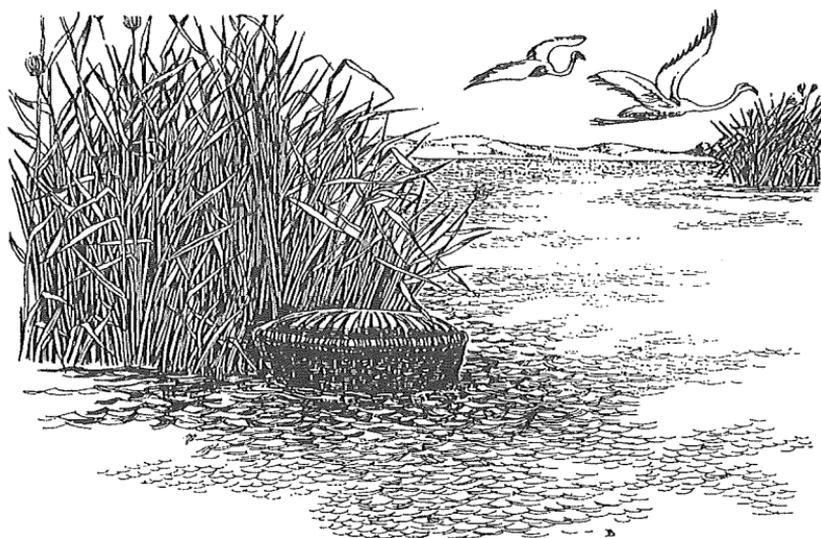
A Jocabed se le saltan las lágrimas y rápidamente va con María, llegando al río donde la princesa está esperando.

—¿Quieres cuidar de este niño y entregármelo cuando sea mayor? —preguntó la princesa a Jocabed.

Como podréis suponer Jocabed aceptó encantada, pero no dijo a la princesa que se trataba de su hijo, simuló desconocer al niño.

Toma de nuevo la cesta y camina hacia su casa. Qué gran alegría inundaría su corazón al poder tener de nuevo a su hijo en casa. Ahora ya no temería a los oficiales egipcios, pues no podrían quitarle a su hijo ya que lo estaba criando para la princesa.

Pasaron algunos años, Jocabed ha contado a su hijo las historias del pueblo de Israel y las promesas de Dios a ese pueblo.



una canasta de juncos

Cuando el niño creció y andaba por sí mismo y hablaba, lo llevó al palacio de Faraón.

Al igual que nosotros tenemos un nombre, también la princesa dio un nombre a ese niño, le llamó Moisés, que quiere decir «sacado de las aguas».

Ahora Moisés era un príncipe y como tal tenía magníficos vestidos y hermosos juguetes. Había llegado a ser hijo de la princesa, hijo adoptivo. En palacio Moisés aprendía a leer, escribir, calcular, etc.

La Biblia dice: «Fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios.» Moisés era un alumno aplicado y no tardó mucho en dominar los estudios.

Fue un gran privilegio para él. Era un hombre importante y rico. Todos le saludaban respetuosamente al encontrarle por la calle.

Tal vez, alguno de vosotros pensará que Moisés se olvidó de su pueblo. No, no se olvidó, no podía olvidar lo que su madre le había contado. De noche meditaba en ello porque amaba a su pueblo.

Por muchos años Moisés vive en el palacio de Faraón, desempeñando diligentemente sus deberes. La Biblia dice que «era poderoso en palabras y obras».

Tal vez haya sido oficial en el ejército egipcio. Sin embargo, Moisés estaba triste porque su pueblo tenía que soportar una terrible opresión. Bien es verdad que él no sufría esa opresión, pero le era imposible tolerar tales sufrimientos.

Cuando tenía cuarenta años, un día iba a ver a su pueblo. No iba para mirar, sino para ayudar a los suyos. Moisés sabía muy bien que esto iba a molestar mucho a Faraón, pero, sin embargo, se decidió por su pueblo. Prefería pertenecer a ese pueblo de esclavos y menospreciado, que ser honrado y disfrutar de las riquezas del palacio de Faraón. ¿Pensáis que Moisés era tonto al hacer tal cosa? Vosotros no lo haríais ¿verdad? ¿Por qué lo hizo Moisés?

En el fondo de su alma Moisés tenía arraigado el amor hacia su pueblo y más fuerte aún era el amor por el Dios de su pueblo. Los dioses de los egipcios no eran dioses, sino ídolos. Moisés sabía que todas las riquezas de Egipto eran pasajeras. Cuando muriera no podría llevarse nada con él. Pero la bendición que Dios había dado a Israel no era temporal, sino eterna. Por eso Moisés escogió ponerse al lado del pueblo de esclavos.

También vosotros, jóvenes, tendréis que tomar una decisión en vuestras vidas. Tal vez no olvidéis nunca las lecciones de vuestra madre, acudáis a la Iglesia, leáis diariamente la Biblia, no olvidéis a Dios. Es muy posible que muchos se rían de vosotros. Quizás, escojáis los honores, las riquezas, el camino ancho...

No olvidéis una cosa: los honores, las riquezas de este mundo son perecederas, pero las riquezas que son en Dios son para siempre.

Las riquezas y honores de este mundo terminan con la muerte, nada os podréis llevar con vosotros, todo tenéis que

dejarlo aquí, pero si teméis al Señor, entonces tendréis una riqueza que permanecerá también después de la muerte.

Así lo ha visto Moisés y por ello ha escogido al Dios de los israelitas.

Cuando Moisés ha cumplido cuarenta años de edad, va pues a ayudarlos. Apenas ha llegado a la región de Gosén ve cómo un egipcio azota sin piedad a un israelita. Esta acción irrita tanto a Moisés que mata a ese egipcio. Cuando lo ha hecho mira a su alrededor para ver si alguien lo ha visto, luego cava rápidamente un hoyo y en él coloca al egipcio muerto.

Al día siguiente ve cómo dos israelitas se están peleando entre sí. Se acerca a ellos y pregunta a uno:

—¿Por qué pegas a tu hermano? No debes hacerlo. Sois del mismo pueblo y en lugar de pelearos, lo que debéis hacer es ayudaros los unos a los otros.

Ese israelita se enoja con Moisés y le dice:

—¿Quién te ha mandado meterte en esto? ¿Te ha llamado alguien? ¿Quieres matarme a mí también como mataste ayer al egipcio?

Moisés se sobresalta al oír que su incidente con el egipcio ha sido descubierto, teme que muy pronto llegue a oídos de Faraón, como así sucedió.

Cuando Faraón se enteró se enfureció y procuró matar a Moisés. Cuando Moisés se enteró de las intenciones de Faraón, huyó. No tenía otra solución si quería conservar la vida. Abandonó Egipto y se fue a la tierra de Madián.

Tenía muy buenas intenciones, quería salvar a su pueblo, pero su pueblo no confiaba en él. Lo mismo ocurriría más tarde en la vida del Señor Jesucristo. Él vino a rescatar a su pueblo de sus pecados, pero los hombres tampoco creyeron en Jesucristo, negaron al Señor y le crucificaron.

Capítulo 29

==== VOCACIÓN DE MOISÉS ====

Éxodo 2:16-25

—¡No, no, nosotras estamos primero! Dejados pasar —así suena la voz resuelta de algunas pastoras que han venido al pozo a dar de beber a sus ovejas.

Estas pastoras se resisten diciendo:

—Nosotras estábamos aquí primero. No está bien que vosotros queráis pasar antes que nosotras.

Pero es inútil, los pastores son más fuertes que esas muchachas, que son apartadas bruscamente, sus ovejas espantadas y los pastores se preparan para llenar de agua las pilas para que beban sus ovejas.

Con pesar esas jóvenes pastoras se ven forzadas a dejar pasar primero a los pastores y esta misma escena se repite un día y otro. Ahora tendrán que esperar mucho tiempo hasta que todos los pastores hayan dado de beber a sus rebaños. Después, cuando los pastores hayan terminado, ellas podrán dar de beber a los suyos. Desanimadas miran a su alrededor, pero no hay nadie que se atreva a ayudarlas, no hay por allí ningún conocido. Sólo un hombre extranjero y desconocido está sentado cerca de ellas, no se han fijado en él, ya que tal persona no las ayudará.

De pronto se quedan sorprendidas, ese extranjero se levanta encolerizado y dice a los pastores:

—Eso no se hace, estas jóvenes estaban aquí antes de que vosotros llegaseis y por tanto a ellas les corresponde dar de beber a sus rebaños antes que a vosotros. Dejadlas pasar. Con fuertes manotazos aparta a los pastores abriendo paso a las jóvenes.

—Acercaos con vuestras ovejas —dice amablemente. En seguida se acercan alegres y sorprendidas.

Los pastores se agrupan murmurando, aunque no se atreven a oponerse ya que el extranjero parece una persona importante; por sus hermosos vestidos deducen que es originario del vecino país de Egipto. La presencia de ese extranjero no admite contradicción. Él mismo llena las pilas hasta que las ovejas están saciadas. Cuando terminan, dice a los pastores:

—Ahora os toca a vosotros y se sienta de nuevo como si nada hubiera ocurrido. Las pastoras se alejan, esta tarde llegan a sus casas antes que otros días, van alegres y contentas:

—¿Ya de vuelta? —pregunta su padre con asombro— ¿cómo habéis venido tan pronto?

—Papá, los pastores nuevamente nos impedían que diéramos de beber a las ovejas antes que ellos, pero junto al pozo había un hombre extranjero y nos ha ayudado.

—¿Por qué no le habéis invitado a que coma con nosotros? Id a buscarle. El extranjero llega a la casa y come con ellos y mientras tanto les cuenta quién es y de dónde viene.

Sin duda alguna ya os habéis dado cuenta de que este extranjero es Moisés, el príncipe egipcio. ¡Qué diferencia! Ayer era un hombre importante, respetado y honrado por todos los egipcios y hoy es un fugitivo.

Ello era debido a su acción y parece que no se arrepentía, pues si se hubiera arrepentido habría acudido a pedir perdón a Faraón, quien es posible que le hubiera perdonado. Moisés no quería hacerlo, pues ello significaba ponerse contra su pueblo, romper los lazos con su pueblo. Si lo hacía debería abandonar al Dios de su pueblo y esto él no podía hacerlo.

Pero Dios lo ha ordenado todo de tal forma que Moisés se ha podido quedar a vivir con el padre de las pastoras, que se llama Jetro.

Moisés queda a cargo de los rebaños de Jetro, se ha quedado a su servicio como pastor. Poco tiempo después se casó con una de las hijas de Jetro, con Séfora y les nacieron dos hijos que se llamaron Gerson y Eliezer.

Moisés, pues, era un simple pastor. Nadie hubiera pensado tal cosa. Día a día caminaba con las ovejas de su suegro por el gran desierto en busca de pastos. Llevaba una vida tranquila y monótona, muy distinta a la que llevaba antes en Egipto; allí estaba muy ocupado, era uno de los hombres más importantes, aquí poco tenía que hacer, sólo cuidar las ovejas.

Los años iban pasando, ya tenía cuarenta años largos. Moisés ya conocía aquel desierto perfectamente. Antes tenía muchas personas con las que conversar, ahora apenas encontraba a nadie con quien poder hablar, esto le hizo volverse un hombre silencioso y taciturno.

La Biblia nos dice que antes era un hombre poderoso en palabras y obras. Ahora, por el contrario, era un hombre que casi no podía hablar, él mismo dice:

—No soy hombre de palabras.

Tal vez, Moisés, piensa que toda su vida será un pastor y que como tal morirá.

Éxodo 3 y 4

Cierto día Moisés marchó con las ovejas muy lejos de la casa. En las cercanías no había ya mucha hierba y esto le obliga a ir más lejos en busca de pastos, sucede con frecuencia. Ha llegado con sus rebaños cerca del monte Horeb, llamado también Sinaí.

Es una tarde muy calurosa. A su alrededor hay zarzas y arbustos, quizás, está sentado a la débil sombra de alguno de estos arbustos. De repente ve que uno de los arbustos cercanos está ardiendo, era algo normal en aquella región. Pronto de aquel arbusto no quedarían más que cenizas y el fuego se apagaría por sí mismo. Sin embargo, aquella zarza ardía y ardía sin consumirse.

«Qué cosa más extraña –piensa Moisés– esa zarza arde sin cesar y sin embargo no se consume. Voy a ver qué es lo que pasa.»

Con curiosidad se dirige hacia la zarza, oye bramar las llamas y chisporrotear las ramas. De pronto se detiene asustado, pues de en medio de las llamas ardientes suena una voz:

–¡Moisés!

En seguida se da cuenta que es el Señor quien le llama. Con su voz temblorosa responde:

–Heme aquí.



Moisés ante la zarza ardiente

–No te acerques, Moisés, quítate tus sandalias, porque el lugar en que estás, tierra santa es.

Moisés obedece sin tardanza, gran respeto llena su corazón; sin decir ni una sola palabra queda allí de pie, descalzo y esperando. De nuevo el Señor dice:

–Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.

Cuando Moisés lo oye, cubre el rostro con sus manos, porque no se atreve a mirar a ese Dios Santo.

Después, el Señor le dice que ha visto la opresión de los israelitas, que ha escuchado sus gemidos y sus ruegos han subido hasta Él.

Quizás, Moisés, ha pensado muchas veces que su situación ya no iba a cambiar, pero se ha equivocado, porque ahora el Señor le ordena que vuelva a Egipto. Debe ir ante Faraón, porque el Señor va a librar a su pueblo y sacarlo de Egipto y los llevará al país que ha prometido a Abraham, Isaac y Jacob.

Seguro que pensaréis que esto significaría una gran alegría para Moisés, ya que hacía cuarenta años él también quería ayudar a ese pueblo y liberarlo. En aquel tiempo él confiaba que el Señor le utilizaría para liberar a su pueblo.

Ahora recibe la orden, una orden divina, para ir a Egipto.

Antes había fracasado porque los israelitas desconfiaban de él y no quisieron escucharle; ahora, sin embargo, el Señor le dice que no será un fracaso, sino que el pueblo será liberado.

Nosotros pensaríamos que esto alegraría a Moisés y ardería en deseos de ir. Pues, no, Moisés no estaba alegre, ahora no le interesaba volver. Escuchad lo que dice:

–Señor, ¿quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Yo no puedo hacerlo.

Pero el Señor contesta:

–No serás tú quien lo haga, lo haré Yo. Te ayudaré, Moisés, ve porque Yo estaré contigo... ¿No lo crees? Te daré una señal. Aquí sobre este mismo monte me serviréis.

Moisés, pues, no tiene por qué temer, no está solo. Sin embargo, sigue poniendo disculpas.

–No sé qué decir –responde.

Dios también le responde a esta objeción, dice:

–Ve a Egipto, reúne a los ancianos del pueblo y diles: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob me ha enviado. El: «YO SOY EL QUE SOY».

–Te escucharán y te obedecerán. Después irás a Faraón, rey de Egipto y le dirás que el Dios de ese pueblo de esclavos te ha hablado y que debe dejar salir a ese pueblo al desierto durante tres días, para que allí sirvan al Señor, a su Dios. En mi Nombre has de decirle que conceda a ese pueblo tres días de descanso. Faraón no te escuchará, no dejará salir al pueblo. Pero, al final, no le quedará más remedio que obedecer, me cuidaré de ello, heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en medio de ellos.

Continúa Dios:

–El pueblo ha trabajado siempre mucho y no ha ganado nada, ahora yo les haré pagar. Pedirán oro y plata a los egipcios y ellos se lo darán.

Nuevamente Moisés pone disculpas:

–Los israelitas no me creerán, pensarán que me burlo de ellos.

–¿Qué tienes en la mano? –pregunta el Señor.

–Una vara –responde.

–Échala en tierra –ordena el Señor–. Moisés obedece. Es terrible, la vara de repente se transforma en una culebra que se arrastra por el suelo silbando. Moisés, asustado huye de ella.

Sin embargo Dios le ordena que coja esa culebra por la cola.

Moisés lo hace y de nuevo tiene la vara en sus manos.

También se le ordena que meta la mano en su pecho y cuando la saca está llena de lepra. Entonces el Señor le ordena que vuelva a meterla en su pecho y al sacarla nuevamente, la mano está limpia, ha sanado.

El Señor manda a Moisés que haga estas señales delante del pueblo para que le crean. Si aun así no le creyeran entonces tendrá que derramar agua del río sobre la tierra y ese agua se convertirá en sangre.

Pese a ello, Moisés, se resiste:

–Señor, yo no soy hombre de palabras, no sé qué decir.

El Señor, desde la zarza ardiente, le contesta:

-¿Quién dio la boca al hombre? ¿No soy Yo Jehová? Ve, yo estaré contigo y te diré lo que tengas que hablar.

Todas las objeciones de Moisés han sido respondidas, sin embargo, Moisés, se atreve a decir:

-Señor, envía a otro, yo no me atrevo a ir.

Entonces el Señor se enojó con Moisés y le dijo:

-Te enviaré a tu hermano Aarón, él habla bien y será él quien hable por ti. Tú le dirás las palabras y él se las dirá a los israelitas y a Faraón. Toma tu vara y vete.

Moisés ya no se atreve a resistirse más. Vuelve con las ovejas a su suegro Jetro y le dice que tiene que volver a Egipto para ver si aún vive su familia.

Jetro lo aprueba y le dice:

-Ve en paz.

Cuando Moisés parte, su esposa Séfora y sus dos hijos le acompañan. No debe tener miedo, pues el Faraón que tanto se había enfadado y quería matarle ya ha muerto. Ahora gobierna otro Faraón.

Luego Moisés ha regresado sin su mujer y sus hijos porque éstos no le podían ser útiles y se quedan con Jetro. No sabemos cuándo lo han hecho.

Capítulo 30

MOISÉS Y FARAÓN

Éxodo 5 y 6

Éxodo 7:1-13

Faraón se encuentra en su palacio, mirando por la ventana; alrededor de él están sus criados esperando sus órdenes.

Es rico y poderoso el rey de todo Egipto.

Tiene un ejército poderoso, con cientos de carros de combate y miles de jinetes que podrán destruir a cualquier enemigo que los ataque. Por todo el país hay numerosos palacios y templos. El mismo Faraón es adorado como si fuera un dios.

Además es el dueño de un gran pueblo de esclavos, de los menospreciados israelitas. A sus órdenes tienen que trabajar estos esclavos desde la madrugada hasta bien entrada la noche; estos esclavos trabajan para él y le hacen más poderoso, más rico de lo que aun es. Fabrican ladrillos y con ellos ordena construir nuevas ciudades, palacios y nuevos templos.

Faraón está pensando en ello y una sonrisa se dibuja en sus labios. Todo va muy bien así. Es posible que llegue a ser el rey más poderoso del mundo entero.

Dos hombres con vestidos humildes entran en el espléndido palacio dirigiéndose hacia el rey, quedan ante él de pie.

El rey los mira fijamente. Son israelitas, rápidamente se ha dado cuenta de ello; se trata, pues, de dos de sus esclavos, pero ¿quiénes son y qué quieren?

Son Moisés y su hermano Aarón. En el capítulo anterior ya leísteis que por orden del Señor, Moisés volvió a Egipto, de donde había huido hacía cuarenta años. En el camino se ha encontrado con su hermano Aarón y juntos han ido a la región de Gosén, donde vivía su pueblo. Allí han reunido a los ancianos, los principales de los israelitas y Aarón les ha narrado lo que ha sucedido. Cómo Dios se ha aparecido a Moisés en una zarza ardiendo y le ha dicho que no olvidaba a Su pueblo, por el contrario, ha escuchado sus ruegos. Al mismo tiempo les dice que Moisés tiene que ir a la presencia de Faraón por mandato de Dios; seguidamente Aarón ha hecho las mismas señales que Moisés hizo cerca de la zarza, las señales de la vara y la mano, la culebra que silbaba y la mano leprosa.

Los ancianos de Israel han escuchado silenciosamente, su corazón estaba lleno de respeto. En la Biblia vemos que tenían fe. Muchas veces habían pensado que sus oraciones eran en vano, que Dios no les escuchaba. Pero ahora podían estar firmemente seguros de que Dios había atendido sus ruegos, de que el Señor les liberaría.

Dan gracias a Dios. Todos están llenos de gran alegría porque saben que ahora está cercana su liberación. Sus ojos brillan de satisfacción. Después de informarles Moisés y Aarón parten para ver a Faraón y ahora los vemos ante el poderoso rey de Egipto.

—¿Cuál es el objeto de vuestra visita? —pregunta severamente Faraón.

—Señor, estamos delante de ti por orden de nuestro Dios —contestan con sinceridad— el Señor, el Dios de Israel, dice: «Tienes que dar permiso a este pueblo por unos días para que puedan celebrar en el desierto una fiesta en honor de su Dios.»

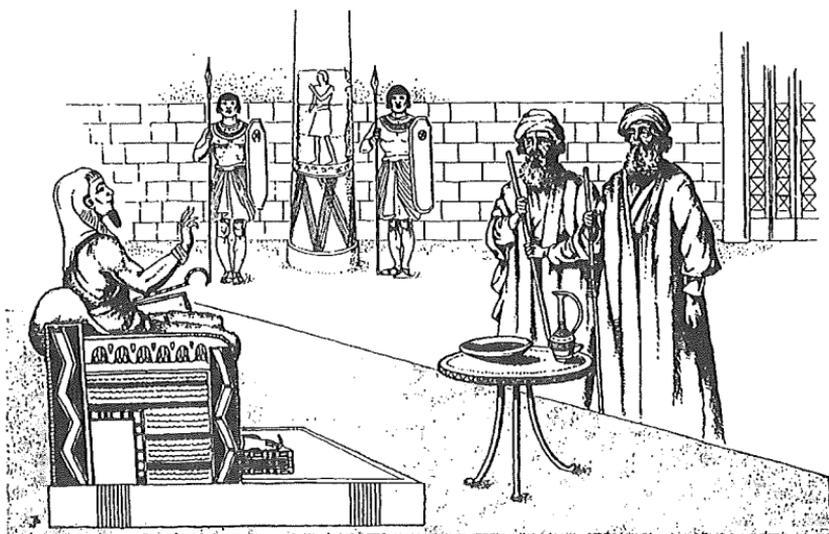
Faraón enrojece de ira. ¿Cómo...? ¿Ha oído bien...? ¿Debe dar unos días libres a este pueblo de esclavos para celebrar una fiesta...?

Ni mucho menos. Mueve la cabeza negativamente.

—¿Quién es el Señor? —pregunta en tono irónico—. No conozco al Señor y no dejaré ir a vuestro pueblo. No lo permitiré.

Se hace un profundo silencio, todos retienen la respiración.

Escuchad lo que dicen los dos hombres:



Moisés y Aarón ante Faraón

—Señor —dicen— el Dios al que servimos ha hablado con nosotros. Déjanos ir, pues de lo contrario, tememos a nuestro Dios y es posible que nos sobrevenga algún mal, quizás, caigamos enfermos o, tal vez, moriremos a espada.

Esperan la respuesta con angustia.

Por segunda vez Faraón responde:

—Os he dicho que no os dejaré ir. No comprendo cómo os habéis atrevido a venir aquí. Vosotros no podéis celebrar ninguna fiesta, lo que tenéis que hacer es trabajar. El pueblo de los israelitas ya tiene demasiado poder y si les dejo unos días libres se harán más poderosos aún. No se hable más de ello. Volved pronto a vuestro trabajo.

Sin decir ni una palabra más Moisés y Aarón abandonan la sala. El Señor les había prevenido de antemano que Faraón no les escucharía. Lleno de cólera Faraón les sigue con la vista.

¿Qué se habrán creído esos dos tipos? –piensa. Ese pueblo quiere celebrar una fiesta, yo les quitaré las ganas de fiesta.

Faraón ordena que los capataces vengan ante él sin tardar y así sucede.

–Acaban de presentarse aquí unos israelitas –suena su voz airada– y me han pedido permiso para que les deje celebrar una fiesta. Pero no lo he permitido. Desde ahora no daréis más paja a los israelitas, tendrán que recogerla ellos mismos y no olvidéis que tendrán que seguir fabricando la misma cantidad de ladrillos que hasta ahora. Así, pues, tendrán que trabajar más intensamente.

Jóvenes, los ladrillos los fabricaban con arcilla y para que se endureciera la arcilla la mezclaban con un poco de paja muy menuda. Cada mañana los israelitas recibían una cantidad de paja, que ellos tenían que cortar para amasarla con la arcilla. Era un trabajo duro y difícil. A partir de ahora este trabajo sería aún más duro por la orden de Faraón.

Al día siguiente no les dieron la paja, ahora tendrían que ir ellos mismos por los rastrojos y recoger los sacos o los cestos con la paja. Lógicamente este trabajo les llevaba mucho tiempo y al llegar la noche habían hecho menos ladrillos que los días anteriores. Los egipcios se encolerizaron y llamaron a los capataces israelitas que ellos mismos habían nombrado y les dijeron que no debería mermar la cantidad de ladrillos, después los azotaron y los humillaron. Los israelitas gritaron y gimieron, pero sin resultado. Trabajaban duramente, tenían que recoger la paja y no les daba tiempo a hacer los mismos ladrillos. Era imposible. Fueron ante Faraón y se quejaron de la situación y de la injusticia que tenían que sufrir. Faraón, con tono burlón e insultante, les dijo:

–¿Cómo...? ¿Venís a quejaros...? ¿De qué...? Me he dado cuenta de que os aburríais y por esta razón queréis ir a celebrar vuestra fiesta. Lo que he ordenado debéis cumplirlo. No recibiréis más paja, sin embargo, el número de ladrillos deberá ser el mismo, ¿habéis entendido? Basta de protestas. El asunto está terminado, ahora id rápidamente a trabajar. Se alejan con las cabezas bajas. Creían que las condiciones mejorarían y, sin embargo, ahora todo está peor.

Fuera se encuentran Moisés y Aarón con los ancianos de su pueblo. Una ola de amargura invade sus almas, están furiosos y, durante el camino, les dicen:

–Es por vuestra culpa que Faraón está enojado con nosotros. Deberíais haber cerrado vuestras bocas.

No era justo el reproche de estos israelitas, ya que Moisés no había obrado por su cuenta, sino por orden del Señor. Hubiera sido mejor que hubieran dejado sus quejas al juicio del Señor.

Moisés no sabe qué pensar, busca la soledad y habla con Dios.

–Señor mío –dice– me has mandado ir a Faraón y desde el momento que me presenté ante Faraón, la situación se ha agravado. ¿Por qué me has enviado? Prometiste que liberarías a este pueblo y no ha sucedido así.

Jóvenes, vemos que Moisés de nuevo se resiste a obedecer.

El Señor ordena a Moisés que vuelva nuevamente a los hijos de Israel y les diga que el Dios todopoderoso de la Alianza les llevará a la tierra de Canaán. Le envía de nuevo a Faraón para ordenarle que «deje salir a ese pueblo». Pero de antemano, el Señor le dice que Faraón no le escuchará.

Moisés y Aarón aparecen por segunda vez en el palacio real. Faraón les reconoce de inmediato y les dice con tono enojado:

–¿De nuevo aquí? ¿No os ordené que trabajaseis sin descanso?

–Señor, así dice el Señor, Dios de los israelitas: «Deja salir a este pueblo».

Faraón calla por un momento. Se maravilla de que estos dos hombres hayan tenido la osadía de volver a presentarse ante él. Podría costarles la vida. A una sola palabra suya serían matados. No se trata, pues, de unos cobardes.

–Bien –contesta lentamente el rey– ¿lo dice el Dios de los israelitas? No conozco a ese Dios. Hacedme una señal. Mostradme que vuestro Dios es realmente poderoso.

Con una sonrisa burlona mira a Moisés y Aarón. Piensa que se asustarán porque no podrán satisfacer sus exigencias, pero se equivoca.

Moisés y Aarón no se asustan, permanecen serenos ante él.

A una orden de Moisés, Aarón echa su vara delante de Faraón y los ojos de los egipcios se abren llenos de asombro. Esa vara se ha convertido en una culebra que se arrastra y silba.

Faraón, ahí tienes una señal, una prueba del poder del Dios de Israel. Pero Faraón manda llamar a los sabios y encantadores y les cuenta lo sucedido y les dice:

—Haced también vosotros lo mismo.

Los encantadores egipcios echan también sus varas y esas varas también se transforman en culebras.

Quizás, penséis, ¿cómo es posible? ¿Es que esos encantadores eran tan poderosos como el Señor?

No, naturalmente que no. Mirad lo que sucede, la culebra procedente de la vara de Aarón se arrastra en dirección a las otras culebras y las devora, se las come. Por medio de ello el Señor muestra que Él es más fuerte. Por un momento el Señor lo permite, pero ahora muestra que Él es más poderoso que los encantadores y que los ídolos de Egipto.

Todos quedan admirados, es algo maravilloso. ¿Por qué no devoraron las otras serpientes a la de Aarón? Nadie es capaz de comprenderlo.

Faraón, sin embargo, no quiere enterarse, no quiere escuchar. La Biblia nos dice que el corazón de Faraón se endureció.

Es horrible, jóvenes, no quiere escuchar la voz del Señor.

Entonces despide a Moisés y Aarón. El Señor le ha hecho una demostración, pero Faraón no acepta esa amonestación.

¿Qué hacéis vosotros cuando escucháis la voz del Señor para que abandonéis el pecado y temáis al Señor? ¿Hacéis lo mismo que Faraón? ¿Queréis de verdad servir al Señor? No os pregunto si queréis ir al cielo, todo el mundo lo quiere. Os pregunto si de verdad deseáis temer a Dios.

Es necesario que os convirtáis, que vuestro corazón sea renovado, debéis pedirlo cada día. Si no lo hacéis así, estáis haciendo lo mismo que Faraón, que tampoco quería escuchar. Puede ocurrir también que vuestro corazón sea endurecido.

Capítulo 31

== LAS PLAGAS DE EGIPTO ==

Éxodo 7:14-25

En Egipto se adoraba al río Nilo como si se tratara de un dios, ya que el caudal de este río fertilizaba la árida tierra de Egipto. En este país llueve muy poco, esto ocurre actualmente y también ocurría en los tiempos de Moisés.

Una vez al año el río se desbordaba y, de esta forma, se anegaban todas las tierras ribereñas del Nilo. Como consecuencia de dicho desbordamiento, la tierra cogía humedad y era cubierta con una capa de barro que era arrastrado por el río, de forma que cuando las aguas eran absorbidas por la tierra, ésta quedaba cubierta por una capa de limo, que más tarde los campesinos araban y de este modo esta tierra árida era convertida en una tierra muy fértil que producía un trigo muy bueno.

Pero más aún, el Nilo no sólo fertilizaba la tierra egipcia, sino que en él había también muchos peces, los cuales los pescadores vendían. Egipto era un gran consumidor de pesca y con este trabajo miles de personas se ganaban la vida.

Así, pues, los egipcios iban cada mañana a la orilla del Nilo para adorarlo. Hoy esto lo consideramos absurdo, ya que el Nilo no era un dios, sino simplemente un río. Los egipcios deberían haber dado gracias al Señor, ya que era Él quien hacía desbordar el río, aunque ellos no lo supieran.

También Faraón, cada mañana, se dirigía hasta las orillas del Nilo para adorarlo y rendirle honores divinos.

Un día, muy de mañana, Faraón, como de costumbre se dirige hacia el Nilo. Los israelitas ya llevan horas trabajando intensamente, y al verlos, Faraón sonríe y piensa: «¿Quieren celebrar sus fiestas? Él les enseñará lo que es bueno, deberán trabajar cada día más intensamente.»

Cuando llega a las orillas del Nilo súbitamente aparecen ante él Moisés y Aarón.

Faraón se enoja. Estos hombres son unos impertinentes, piensa. Pero antes de que Faraón pueda abrir su boca, Aarón dice:

—Así dice el Señor, Dios de los hebreos, deja ir a mi pueblo para que me sirva en el desierto.

Los israelitas se llamaban a sí mismos «hebreos», por lo



El agua convertida en sangre

tanto, debéis comprender que el «Dios de los Hebreos» es el mismo Dios que el de los israelitas.

Faraón mueve negativamente la cabeza. No lo hará, no dejará ir al pueblo. El Dios de los hebreos no manda allí, allí manda él.

Faraón rehúsa nuevamente obedecer y entonces Aarón extiende su vara sobre el río; de pronto ocurre algo terrible cuando todas las aguas del Nilo se convierten instantáneamente en sangre...

Ahora no es un río lleno de aguas, sino un río lleno de sangre el que corre por Egipto. Los egipcios se llevan un enorme susto, el mismo Faraón se asusta, pero aquel susto dura sólo unos momentos. En seguida ordena llamar a los encantadores y les dice que hagan lo mismo y realmente hacen lo mismo.

–Como veis –dice Faraón– no es nada extraordinario, pues mis encantadores hacen lo mismo.

Dicho esto se vuelve a su palacio y no obedece. Pero el Nilo queda lleno de sangre.

–Venid, encantadores, y haced que la sangre se torne de nuevo agua.

No, amigos, no lo pueden hacer.

Durante una semana, durante siete largos días, la sangre sigue corriendo por el Nilo.

Los egipcios bebían siempre agua del Nilo, pero ahora les es imposible hacerlo. Para no morir de sed comenzaron a cavar pozos y el agua que brotaba les servía para beber, pero este agua no era tan buena como la que estaban acostumbrados a beber; sin embargo, tenían que aguntarse, no había otra opción.

Todos los peces que vivían en el Nilo se murieron ya que no podían vivir en la sangre.

El Señor, así, mostró que era más fuerte. ¿No era el Nilo un dios de los egipcios? ¿Cómo es que el Dios de los hebreos ha convertido a su dios en sangre?

Fue un severo castigo porque muchas veces las aguas del Nilo habían enrojecido con la sangre de los niños israelitas; esta sangre es ahora vengada, todo el Nilo se ha convertido en sangre.

Por fin, al cabo de siete días volvió el agua, pero no había ni un solo pez en el río.

Podéis imaginaros que estos siete días parecieron a los egipcios una eternidad.

Ésta fue la primera plaga en Egipto.

Éxodo 8

Imaginaos la mayor cantidad posible de ranas, tantas, que jamás las habéis visto. Tampoco los egipcios habían visto nunca tantas ranas. La tierra entera de Egipto estaba llena de ranas. No solamente en el río; había ranas en todas partes, en los campos, en las calles, en las casas, en las habitaciones, encima de las mesas, y de las camas de los egipcios saltaban las ranas. Era una situación molesta e insoportable.

¿Qué había ocurrido? Faraón no había querido escuchar y una segunda plaga había venido sobre Egipto.

Primero el Señor le advirtió y cuando se obstinó en desobedecer, Aarón extendió su vara sobre las aguas de Egipto y de pronto llegaron millares de ranas.

Los egipcios no pueden dar ni un solo paso sin pisarlas; cuando están comiendo, las ranas saltan sobre sus platos, saltan hasta los hornos y en las artesas de amasar el pan...

De noche, en las camas, saltan sobre sus ropas, sobre sus rostros. La gente no puede conciliar el sueño.

También en el palacio de Faraón hay ranas, tampoco él puede dormir. Éste es el segundo castigo por la desobediencia de Faraón. Ha mandado llamar nuevamente a los encantadores y éstos han vuelto a imitar la plaga, han hecho venir ranas, pero les fue imposible quitar luego las ranas. Faraón no sabe qué hacer. ¿Qué remedio hay contra las ranas? Llama a Moisés y Aarón.

–Ah –dice– qué plaga tan terrible. Suplicad al Señor que quite las ranas y entonces os dejaré ir para que celebréis la fiesta del Señor.

–Bien –respondió Moisés– dínos cuándo puede hacerse.
Faraón quedó pensando por unos momentos.

–Que desaparezcan mañana –decide.

¿Por qué no inmediatamente? Faraón en su interior esperaba que las ranas desaparecerían por sí mismas y así no necesitaría nada del Señor. Pero, no, no sucede como Faraón piensa.

A la mañana siguiente Moisés ora y todas las ranas mueren. Los egipcios limpian sus casas y todas las ranas muertas son juntadas en grandes montones. No pasa mucho tiempo cuando las ranas comienzan a pudrirse y despiden un olor insoportable. La Biblia dice que: «el olorapestaba toda la tierra».

Muertas las ranas, Faraón dijo:

–En verdad he prometido que dejaría ir a los israelitas, pero no lo haré.

Faraón era un mentiroso, un engañador.

¿Os habéis dado cuenta alguna vez cuando estando en un cuarto completamente oscuro, que un rayito de luz se filtra por la contraventana o por las cortinas y que forma un haz de puntitos blancos y brillantes? Pues bien, esos puntitos blancos son polvo. Hay polvo en todas partes.

Faraón había prometido dejar ir a los israelitas, pero ha roto su promesa. ¿Qué es lo que sucedió entonces?

Para castigar la mentira de Faraón, por orden de Dios todos esos puntitos se convirtieron en piojos. En todas partes se arremolinaban los piojos. En los caminos, en los campos, en las casas, sobre los mismos hombres, por todas partes había piojos.

Ésta era la tercera plaga, el tercer castigo del Dios de los israelitas.

Faraón mandó llamar de nuevo a los encantadores y les ordenó que sacasen también piojos. Pero esta vez, no pudieron hacerlo; por más que lo intentaron no tuvieron éxito, de tal forma que los mismos encantadores impíos tenían que reconocer:

–Esto es el dedo de Dios, no podemos hacer nada en contra de ello. No podemos imitarlo.

Pero, a pesar de esto, Faraón no quería dejar ir al pueblo, no quería obedecer al Dios de los israelitas.

Terrible situación, ¿verdad?

Jóvenes, ¿quién de vosotros actúa de la misma forma que Faraón? ¿Quién de vosotros a pesar de las amonestaciones sigue viviendo en los pecados? Si alguno de vosotros continúa así, acabará mal.

Escuchad, ¿oís cómo gritan esos niños pequeños? ¿Qué sucede? ¿Por qué están llorando de ese modo?

Mirad esa niña pequeña, está gritando angustiosamente, agitando las manitas ante sí.

¿Qué sucede? Es algo horrible. Alrededor de su cabeza revolotean enjambres de avispas, abejas, mosquitos y moscas. La pican por todas partes. No nos extrañemos de que grite con tanta angustia. La pobre niña está cubierta de picaduras y aguijonazos.

Esto mismo está sucediendo con todos los niños de Egipto y no solamente con los niños, sino también con los adultos. Toda la tierra de Egipto estaba llena de pulgas. Era la cuarta plaga que hirió a Egipto. Una mezcolanza enorme de insectos.

Los adultos se lamentaban y gemían, los niños gritaban y pedían socorro. Pero entre los israelitas no había ni una sola avispa, abeja o mosca. Los niños israelitas jugaban tranquilamente en la calle.

Desde este momento el Señor hizo una separación entre Israel y Egipto. Las tres primeras plagas habían afectado también a la tierra de Gosén, pero no llegó allí la cuarta plaga. El mismo rey, Faraón, estaba lleno de picaduras y aguijonazos. En su palacio abundaban también las pulgas. No sabe qué hacer. Los encantadores no pueden ayudarle, son impotentes frente a la plaga. Por fin decide llamar a Moisés y a Aarón.

–Vosotros tenéis permiso para sacrificar y celebrar vuestra fiesta en Egipto –dice.

–No es posible –contesta Moisés– porque los egipcios nos apedrearán si sacrificamos ante ellos. Adoran al toro como un dios y cuando vean que nosotros sacrificamos su dios al Dios de los hebreos nos apedrearán. Queremos sacrificar para el Señor, nuestro Dios, en el desierto.

-De acuerdo, os doy permiso, pero orad al Señor para que quite esta plaga -dice Faraón.

Así sucede, Moisés ora y después de su oración Dios quita la plaga. Y... ¿Podrían ir como les había prometido Faraón?

No, el rey, de nuevo, faltaba a su palabra y no dejó ir a los israelitas al desierto. Sin duda que Faraón creía que podía burlarse de Dios, pero se equivocaba por completo.



Moisés extiende sus manos hacia el cielo

Éxodo 9:1-7

Los caballos de Egipto tenían mucha fama por todas partes. Más tarde hablaremos de ello.

Además de caballos había mucho ganado, como asnos, camellos, bueyes y ganado menor, como ovejas y cabras. El toro era adorado como si fuera un dios.

¡Qué vista más hermosa ofrecía todo ese ganado paciendo tranquilamente en las praderas de Egipto!

Los caballos y potros estaban pastando, las vacas estaban rumiando con toda tranquilidad. De repente, una vaca levanta la cabeza con un movimiento brusco, el animal muge, se tumba en medio de convulsiones y la bestia cae muerta. Cerca anda un caballo, de repente se para, las patas le tiemblan, de pronto relincha angustiosamente, cae a tierra, se extiende y muere.

A poca distancia un camello camina con pasos vacilantes, momentos después el animal cae muerto.

No pasa mucho tiempo y esas bellas praderas están cubiertas de animales muertos. Cada momento que pasa mueren más y quedan caídos por todas partes. Mueren por docenas, centenas, miles. Es una catástrofe. Todo ese hermoso ganado que estaba en las praderas ha muerto. ¿Qué ha ocurrido?

Jóvenes, ha sido un castigo del Dios de los israelitas sobre Egipto y su rey. ¿Por qué motivo? Ya lo sabéis, Faraón sigue siendo desobediente a la orden del Señor, no quiere dejar ir al pueblo de Israel.

Ésta es la quinta plaga que vino sobre Egipto.

Dios envió una severa peste entre el ganado. Todo el ganado que estaba en los campos murió.

Cuán impío es Faraón, máxime cuando sabía lo que iba a ocurrir.

El día antes Moisés y Aarón se habían presentado ante él y en el nombre del Dios de Israel le habían ordenado que dejase ir a los israelitas, que les diese descanso y si no lo hacía, todo el ganado que estaba en las praderas moriría. Durante toda la noche Faraón pudo meditar en ello, ha tenido tiempo para

prestar oídos a la orden del Señor. Había avisado, pero... no escuchaba. Entonces vino el castigo, que fue muy severo. Pero, vayamos a la tierra de Gosén...

Los israelitas también tenían muchas vacas, ovejas, cabras y asnos. Había muchos animales en las praderas, pero ni uno solo había muerto, gracias a Dios.

Faraón también se enteró de ello y mandó a uno de sus servidores para que comprobara si era verdad. Sí, Faraón, es verdad. ¿No te das cuenta que Dios guarda a los israelitas, que Dios les ayuda? Faraón no quería reconocerlo, ni permitirlo.

De nuevo, su corazón se endureció. Terrible cosa, ¿verdad?

Capítulo 32

==== LAS PLAGAS DE EGIPTO ====

(continuación)

Éxodo 9:8-35

–Mamá, mamá, ayúdame, me duele mucho –se quejaba con su vocecita angustiada un pequeño.

–Estáte quieto –amor mío– mamá te ayudará, le consolaba su madre, mientras con gran cuidado le lavaba poco a poco las dolorosas úlceras.

Ella misma estaba también cubierta con grandes y dolorosas úlceras; en su cabeza, brazos, piernas, por todo el cuerpo se extendían las úlceras; casi no se tenía en pie por los dolores, pero mordía sus labios y ayudaba a su hijo. En la habitación su esposo estaba sentado, gimiendo quedamente y limpiándose el sudor de la frente. Tampoco él sabía qué hacer pues su cuerpo también estaba cubierto de úlceras.

Ésta era la escena que podía verse en cada casa de los egipcios. Los hombres, las mujeres, los niños, todos estaban cubiertos de úlceras. Hasta el ganado que había sobrevivido de aquella terrible peste, bramaba y mugía por los dolores, también esos pobres animales estaban cubiertos de úlceras.

En su magnífico palacio, Faraón estaba sentado con una expresión dolorosa en su rostro, porque ni siquiera el rey había sido perdonado. Su mujer, sus hijos, sus criados, las damas del

palacio, todos, incluso los encantadores, no podían tenerse en pie por causa de las malignas úlceras.

Es la sexta plaga. Úlceras dolorosas para hombres y animales.

Ninguna de las plagas anteriores había tenido resultados y ahora Dios les enviaba otra plaga.

En esta ocasión no se ha prevenido a Faraón. Por orden de Dios, Moisés y Aarón han tomado unos puñados de ceniza del horno y la han esparcido al cielo. De esta forma tan simple el severo castigo ha venido a toda la tierra de Egipto.

Los israelitas, en cambio, no sufrían las úlceras, allí no se escuchan los llantos dolorosos de los niños, pues Dios, el Señor, ha hecho venir ese doloroso castigo solamente sobre los egipcios.

Faraón está sentado en el trono, está meditando. Toda esta miseria es culpa suya. ¿Dejará...? Mueve la cabeza.

—No, no —está murmurando— a pesar de todo no lo permitiré. Continúa obstinado en desobedecer la orden del Señor.

Oscuras nubes de tormenta se ciernen sobre Egipto. De cuando en cuando hay relámpagos y truenos. Cada momento que pasa se hace más oscuro en Egipto. Cada vez resuenan más rápida y estruendosamente los estampidos del trueno, la tormenta aumentaba por momentos, de repente comienza a granizar. Caen grandes y pesados granizos que destruyen todo.

Los campos lucían un esplendoroso verde, unos estaban sembrados de lino, cuyas flores ya habían brotado, otros de cebada que asomaban nutridas espigas. Todo ello ha sido destruido en un momento. Pese a que la cosecha prometía ser abundante, ya nada se recogerá.

Las hojas de los árboles han sido rotas por el granizo. El ganado, ya diezmado, por la peste y las úlceras, corre por las praderas, furioso de dolores ya que los granizos los golpean hasta producirles la muerte.

Las personas que están trabajando en los campos procuran volverse rápidamente a sus casas, pero no les da tiempo a llegar a sus hogares; por el camino caen muertas por las graves lesiones que les producen los granizos.

Los relámpagos se suceden sin cesar. Pedazos de fuego caen

con el granizo y por todas partes se levantan incendios. Es una nueva plaga, un nuevo castigo, es ya el séptimo.

El día antes el Señor había ordenado prevenir a Faraón. Moisés y Aarón han explicado detalladamente lo que iba a suceder. Han aconsejado a Faraón que los egipcios quedasen en sus casas y recogieran el ganado en los establos. Algunos han escuchado y no salieron de sus casas; y éstos no han sufrido daño alguno. Otros se han reído burlándose de ellos, han ido a sus tierras con sus ganados y han muerto todos. Fue su propia culpa.

Nuevamente Faraón había tenido tiempo para meditar, pero otra vez no ha obedecido y por ello Dios ha enviado el castigo. Las consecuencias han sido horribles, jamás antes había acaecido cosa tan grave en Egipto. En la tierra de Gosén, donde vivían los israelitas, el sol brillaba, no ha habido tormenta ni granizos.

Faraón se asoma a la ventana y ve la destrucción por doquier. Está temblando y tiritando de miedo. En su angustia hace llamar a Moisés y a Aarón. Se presentan ante él, no han sido tocados por los granizos.

Pálido y con voz balbuciente dice Faraón:

—He pecado. El Señor es justo, pero yo y mi pueblo somos impíos.

Ahora Faraón no ha repetido: «¿Quién es el Señor? No conozco al Señor.» No, no se atreve a decirlo, pues ahora ya conoce al Dios de los israelitas por sus severos castigos.

—Orad a Dios —suplica— ya es suficiente. Os permitiré que vayáis a servir a Dios. Pero orad, orad para que cese este temporal.

Moisés y Aarón lo prometen y salen. Saliendo fuera de la ciudad, Moisés extiende sus manos al cielo, ora a Dios y... de repente cesan los truenos y el granizo, las nubes se desgarran y penetra la luz del sol.

Pero... ¿Cómo es posible?

Viendo Faraón que la plaga había cesado volvió a endurecer su corazón y de nuevo violó su promesa. No les dejaría ir.

—A pesar de todo, no dejaré ir al pueblo —murmuró maliciosamente.

Éxodo 10:1-20

Una noche una tempestad vino sobre Egipto, las ráfagas huracanadas destruían las casas, arrancaban los árboles que crujián bajo su fuerza. Los egipcios estaban durmiendo y, tal vez, el viento los despertaba, pero si hubieran sabido lo que iba a suceder tras esa tempestad no hubieran seguido acostados tan tranquilamente.

Al amanecer del día siguiente grandes y oscuros nubarrones se cernían en el horizonte. Seguramente los egipcios se asustaron pensando que de nuevo se acercaba una tormenta de granizo como la pasada.

Pero cuando las grandes nubes se acercaban resultó que no se trataba de nubes de agua, sino que eran nubes de langostas. Las langostas son unos insectos con cuatro alas, tienen seis patas, dos de las cuales son fuertes y son las que les sirven para tomar impulso para saltar. De ahí el nombre por el que vulgarmente se las conoce de «saltones» o «saltamontes». Su tamaño es más o menos como el del dedo meñique.

Grandes enjambres de estas langostas cayeron sobre Egipto, todo fue cubierto por ellas. El granizo había destruido el lino y la cebada, pero el trigo y la avena no habían sido destruidos. Ahora, todos los campos de trigo y de avena fueron consumidos; las hojas rotas de los árboles fueron totalmente consumidas. Las langostas entraron hasta en las casas de los egipcios y roían las maderas. Era una catástrofe completa.

Nada fue respetado, en las praderas hasta el último tallo de hierba fue devorado. Con miedo y espanto miraban los egipcios todo esto. Sin embargo, algunos egipcios sabían que esto ocurriría. Entre ellos estaban el rey y sus servidores ya que el Señor había tenido la bondad de que Faraón fuera prevenido.

El día anterior Moisés y Aarón, por orden de Dios, habían acudido al palacio real y habían pedido a Faraón que dejara ir al pueblo de Israel.

—Debes saberlo, Faraón —habían dicho— si no dejas ir al pueblo, vendrán grandes nubes de langostas que devorarán

todo lo que ha quedado después del granizo. Pero, en esta ocasión, después de advertir a Faraón, salieron de su presencia sin esperar respuesta.

Después los servidores se acercaron a Faraón diciendo:

–Deja ir al pueblo. ¿No comprendes que de lo contrario todo Egipto será destruido? Si sigues oponiéndote cada vez ocurrirán cosas peores.

Entonces el rey había mandado llamar a Moisés y a Aarón y dijo:

–Id y servid al Señor, vuestro Dios. ¿Quiénes irán?

Moisés respondió:

–Todos, ni una sola persona se quedará atrás.

Oyéndolo Faraón se encolerizó y dijo:

–No, vuestros niños quedarán aquí.

Faraón dijo esto para asegurarse de que los israelitas volverían. En seguida Moisés y Aarón fueron expulsados de la presencia de Faraón.

Extiende tu mano sobre Egipto –había sonado la orden de Dios. Entonces una violenta tempestad vino del oriente y con ella llegaron las langostas, que destruyeron todo lo que había quedado.

Probablemente Faraón no pensó que sería tan grave, quizás pensó que sería un mal menor, pero su error fue enorme, fue una gran desilusión. Rápidamente son llamados Moisés y Aarón.

–He pecado –dice Faraón– suplicad a Dios que me quite esta muerte.

¿Habéis oído, jóvenes? Dice: «esta muerte». Ha debido ser terrible.

Moisés ha orado y nuevamente el Señor ha escuchado su ruego. Dios hizo venir un potente viento occidental que arrojó al mar todas las langostas. En tierra de Gosén no entró ni una sola langosta, todos los campos estaban verdes y llenos de flores.

Nada crecía en Egipto, todo se había convertido en un gran desierto y todo estaba ocurriendo por su propia culpa. Ésta fue la octava plaga. Cuando las langostas desaparecieron, Faraón,

nuevamente rehusó dejar ir a los hijos de Israel. En su impotente furor, apretó los puños, dando patadas en el suelo mientras sus ojos destellaban airados, murmuró:

-No los dejaré ir pase lo que pase.

Éxodo 10:21-29

La noche, la oscuridad siempre lleva consigo algo de «mal agüero». Si alguna noche os despertáis y la casa está completamente oscura y en silencio sentís miedo ¿verdad? Todo es distinto cuando no hay luz. A veces se oyen ruidos extraños que nos asustan y, a lo mejor, sólo se trata de una puerta mal cerrada o algún otro ruido provocado por el aire. Durante el día esto no nos asusta, ni siquiera lo oímos, pero durante la noche es diferente. Cuando aparece la luz del alba toda la angustia y miedo desaparecen. Pero es normal que cuando nos despertamos esperemos que ya luzca la luz de la mañana. En Egipto también es de noche, hay oscuridad. Sin embargo sucedió algo maravilloso; al llegar la mañana todo seguía oscuro, no llegó la luz. Los egipcios hacía mucho que se habían levantado porque era mañana avanzada. Todas las mañanas hacía sol, pero esa mañana no, todo eran tinieblas y esas densas tinieblas duraron tres días y tres noches. La Biblia dice: «Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días.»

Era tanta la oscuridad que nadie osaba moverse. Como podréis figuraros debía ser una situación angustiada; esos tres días debieron hacerse interminables.

Los pequeños comenzaron a tener hambre y sed y lloraban preguntando por sus madres. Pero sus madres no acudían a sus llamadas. Era tal la oscuridad que las madres no podían encontrar nada, ni preparar nada. Fue éste un castigo muy duro.

Era ésta la novena plaga que Dios envió sobre Egipto por causa de que Faraón se negaba a dejar salir a los israelitas. Cuando estaba en apuros Faraón prometía dejarlos ir, pero

cuando pasaba el apuro no lo hacía. Por causa de las plagas anteriores los egipcios sufrieron muchas penas; pensad en los piojos, las dolorosas úlceras, los daños sufridos por la muerte de sus ganados o las tierras destruidas. Esta plaga, sin embargo, no causó dolores ni pérdidas materiales, pero, a pesar de ello, era la más dura.

Quizás estéis pensando: ¿por qué?

Durante estos tres días y tres noches de completa oscuridad los egipcios han tenido que soportar las más terribles angustias. Miles de veces se han preguntado: ¿No amanecerá nunca más? ¿Volverá a brillar de nuevo el sol? Esta angustia, esta duda, eran peores que la picadura de una avispa o el dolor de una úlcera.

Entre los israelitas, en la tierra de Gosén, había luz, allí el sol brillaba, los niños jugaban como si nada ocurriera. Ninguna de estas plagas los hirieron. El Señor cuidaba de Su pueblo. Lo mismo ocurre hoy, jóvenes. El Señor cuida y cuidará de Su pueblo. Debe ser una felicidad para vosotros si es que también formáis parte de ese pueblo de Dios. ¿No os preguntáis sobre ello?

Por fin la luz llegó de nuevo. Fue una gran alegría para los egipcios. Todos estaban impresionados. También Faraón. Este impío rey había pensado si volvería o no a amanecer o las tinieblas permanecerían para siempre.

De nuevo hizo llamar a Moisés y Aarón.

–Vosotros podéis ir –dijo– también las mujeres y los niños pueden acompañaros.

Por fin Faraón parece que se decide a conceder su permiso. ¿Cumplirá su promesa?

Escuchad, que aún sigue hablando:

–Pero vuestras ovejas y vacas deben quedarse aquí, no pueden ir con vosotros.

Moisés y Aarón se niegan a aceptar esa condición.

–No –dicen– también nuestras ovejas y vacas irán con nosotros. Llevaremos todas nuestras posesiones. No quedará nada, ni una correa de zapato. Diríamos nosotros «ni un cordón del zapato».

La reacción de Faraón es terrible, se pone furioso, con violencia mueve su cabeza y les dice:

–No os dejaré ir nunca. Marchaos. Si os atrevéis a presentaros nuevamente ante mí, os haré matar. Iros ahora mismo...

Estas últimas palabras las grita rojo de furor. Faraón seguía, pues, negándose a dejarlos marchar.

Faraón, ¿acaso piensas que puedes vencer a Dios...? ¡Nunca jamás!

Capítulo 33

==== POR FIN LIBERADOS ====

Éxodo 11, 12 y 13

Nueve plagas habían sobrevenido ya sobre Egipto. El Nilo se había convertido en un río lleno de sangre y todos sus peces habían muerto.

Los animales, vacas, caballos, bueyes, ovejas y cabras habían muerto casi todos. Los campos llenos de trigo, cebada, lino y avena habían sido destruidos por el granizo o arrasados por las langostas.

A pesar de todo esto Faraón seguía obstinado sin querer dejar salir al pueblo. No quería humillarse ante el Todopoderoso Dios de Israel.

Es cierto que el Señor no concedía a Faraón la gracia de humillarse ante Él, pero Faraón seguía siendo responsable de sus propios actos, porque antes Dios había favorecido grandemente a Faraón y muchas veces le previno con antelación de los castigos que acarrearía su obstinación. Siempre que vino el castigo y Faraón pidió a Moisés que orase, el Señor atendió prontamente su ruego y el castigo terminó. Lo que Faraón pidió sucedió al instante. ¿Quién era, pues, culpable de toda esta miseria, de toda esta pobreza? ¿No era, acaso, culpa solamente de Faraón? ¿No había ocurrido todo porque no quería humillarse ante Dios y obedecerle?

Jóvenes, el Señor también es muy bueno para con vosotros.

Os da todo lo que necesitáis, comida, bebida, vestidos, muchas cosas que harían una lista interminable. Además os da la Biblia, que es la Palabra de Dios. El Señor os amonesta para que os convirtáis, no una vez ni diez, sino cientos de veces sois amonestados, domingo tras domingo se predica en la Iglesia y se lee la Palabra de Dios. En la escuela dominical, en casa, siempre sois amonestados y ¿qué hacéis? ¿Escucháis? ¿Obedecéis al Señor? Quizás decís: «Imposible».

Si pensáis que es imposible, permitidme que os haga una pregunta: ¿Cuántas veces habéis pedido al Señor que os enseñe cómo hacerlo? ¿Cuántas veces habéis suplicado al Señor que os convierta, que os dé un corazón nuevo? Queridos jóvenes, no dejéis de hacerlo, pues de lo contrario puede que estéis haciendo lo mismo que Faraón no prestando oídos a las amonestaciones del Señor.

Cuánta animación hay entre los israelitas. Todo el mundo, hombres y mujeres están muy alegres porque ya no tardarán mucho en ser liberados. Dios, el Señor, lo ha dicho.

Vendrá una plaga más y entonces... serán libres, se les permitirá marchar. Entre tanto comienzan los preparativos para el gran viaje, todo debe estar listo. ¿Trabajar? ¿Hacer ladrillos? Nadie piensa en ello. Ya no necesitan hacerlo más. Ahora tienen algo más importante que hacer. El ganado, sus ovejas y sus vacas, son reunidas cerca de sus casas.

Entran en las casas de los egipcios y les exigen oro y plata. Ha sido el Señor quien les ha ordenado que lo hagan. Las mujeres egipcias no se atreven a negárselo. Todo cuanto los israelitas piden les es concedido. Los egipcios están asustados.

Los israelitas tienen en su casa o en un rincón del establo preparado un cordero de un año exacto. Hace cuatro días que tuvieron que escogerlo y ponerlo aparte. Están, pues, en el último día.

Las mujeres toman harina y la amasan, cuecen pan, panes ázimos, es decir, panes en cuya masa no se ha puesto levadura; preparan una salsa amarga. Cuando llega la noche los hombres van al establo y matan el cordero, la sangre la recogen en una fuente. Miradlos, van fuera de su casa con la sangre. Tienen un hisopo hecho con retamas en la mano. Meten el hisopo en



«Allí donde Yo vea la sangre, Yo pasaré de largo»

la fuente con la sangre y con ella pintan los dos postes y el dintel de la puerta. Así les ha ordenado el Señor que lo hagan. Pero, ¿por qué motivo han de hacer esto? ¿Qué significado tiene?

En la noche que se aproxima va a suceder algo muy grave. Esa noche un ángel recorrerá toda la tierra de Egipto para matar al hijo mayor de cada casa, es decir, al hijo primogénito de cada familia. No solamente al primogénito de los hombres, sino también de las bestias. En las casas cuyos postes estuvieran pintados con la sangre, el ángel no se detendría, pasaría de largo y allí no sería matado el primogénito.

Ésta era la causa por la cual los israelitas habían teñido sus postes con la sangre del cordero. Detrás de esa sangre podían estar seguros.

¿Es que, acaso, la sangre de un animal los salvaría...? No. Esta sangre les señalaba al Señor Jesucristo, cuya sangre sería derramada más tarde en el Gólgota.

Una vez teñidos los postes con la sangre, prepararían el cordero para asarlo. No podían cortar el cordero en trozos, tampoco podían romper sus huesos, el cordero tenía que estar intacto. Del Señor Jesucristo tampoco sería quebrado ni un solo hueso.

Por fin, todo está preparado, el sol se ha puesto y se ha hecho de noche. Los egipcios se acuestan, pero los israelitas no se marchan a dormir, quedan en vela, ni siquiera los niños son acostados.

Miradlos, todos, tanto pequeños como adultos, padres, madres, niños y niñas, todos están de pie alrededor de la mesa. Todos comen un poco del cordero asado, toman del pan ázimo y lo ponen en la salsa amarga. Sus rostros tienen una expresión grave, todos son conscientes de que algo muy especial va a suceder esa noche. Hasta los mas pequeños están quietos y un poco asustados. No comprenden muy bien qué significa todo esto, es un tanto extraño y diferente a las demás noches. Efectivamente sucedería algo muy grave entre los egipcios.

A esta cena la llamaron «La Pascua» y al cordero «El cordero pascual». En el futuro los israelitas tenían que celebrar cada año la Pascua. El cordero pascual era un símbolo del

Señor Jesucristo. Ese cordero era sacrificado, de la misma manera que el Señor Jesucristo sería sacrificado y crucificado. Ese cordero pascual murió para que ellos vivieran, de la misma forma moriría también el Señor Jesucristo para que Su pueblo viviera eternamente. También vosotros, jóvenes, podéis vivir eternamente. Hoy ya no celebramos la Pascua. Seguro que alguno de vosotros está diciendo: «Pues claro que celebramos la Pascua.»

Es verdad, pero cuando celebramos la Pascua nosotros estamos recordando algo muy distinto que lo que recordaban los israelitas.

En la Pascua, nosotros recordamos la resurrección del Señor Jesús, en tanto que los israelitas con la Pascua conmemoraban el éxodo, la salida de Egipto.

Además la Pascua de los israelitas era y sigue siendo una señal.

En el capítulo 11 hablamos de la circuncisión, que también era una señal. Los israelitas, por consiguiente, tenían dos señales o símbolos: la Pascua y la circuncisión. También nosotros tenemos dos: el Bautismo y la Santa Cena.

En Israel los niños pequeños eran circuncidados. En Israel una vez al año tenían que celebrar la Pascua; nosotros, los cristianos, celebramos la Santa Cena varias veces al año. Además en la Santa Cena no se derrama sangre, sino que se emplea vino.

La sangre del cordero pascual señalaba la sangre del Señor Jesús que había de venir. El vino de la Santa Cena señala también al Señor Jesús que ya vino.

Procurad recordar esto ya que lo entenderéis mejor si el Señor actúa en vuestras vidas y os salva.

Así pues, los israelitas han celebrado su primera Pascua. Después de la cena todo era tranquilidad en la tierra de Gosén. Nadie se acostó, pero tampoco nadie salió de su casa, no podían hacerlo ni tampoco se atrevían. Todos esperaban, pero ¿qué esperaban?

Éxodo 12:29-39

Es media noche, son alrededor de las doce. Un silencio absoluto se extiende por todas partes, es el silencio de la noche. La luna ilumina con su tenue luz las casas de los egipcios, se filtra por las ramas de los árboles sin hojas, resplandece sobre los asolados campos. En algún lugar una madre egipcia se despierta, deja su cama y sigilosamente va a mirar a sus hijos; quedamente se acerca a la cama donde su hijo mayor está durmiendo. Pero cuando se acerca ve a su hijo acostado, pálido, inmóvil y tranquilo. Se agacha sobre él y entonces... se escucha un grito de dolor. Su hijo está muerto.

Su esposo se despierta, corre hacia ella y ve la terrible escena. El padre de ese niño sale de su casa y llama a la puerta de su vecino para despertarle, pero... también allí hay un muerto, también el hijo mayor está muerto en su cama. Así ocurre por todas partes de la tierra de Egipto. En algunas casas había más de un muerto ya que si el padre era el hijo mayor también había muerto.

No tardando mucho todas las casas de los egipcios están iluminadas, todos se han despertado, por todas partes se oyen gritos y lloros. Millares y millares de egipcios mueren en esa noche. Ancianos y jóvenes, pequeños y adultos. Era una situación terrible.

Pero, ¿por qué ha sucedido todo tan inesperadamente?

Queridos jóvenes, en las altas horas de la noche un ángel de Dios ha recorrido toda la tierra de Egipto, ha sido el ángel exterminador. Entró en cada hogar egipcio y sigilosamente, sin ningún ruido, mató al primogénito de cada familia.

Esta fue la décima plaga que envió Dios sobre Egipto.

Faraón, el rey, también se despertó a medianoche por causa de los gritos que venían de fuera; la Biblia nos dice que se levantó a medianoche.

Se había acostado normalmente a pesar de que había sido advertido de lo que ocurriría. Moisés y Aarón se lo habían dicho antes de que fueran expulsados por última vez. Pero tampoco los escuchó, tal vez, o se lo creyó y se acostó tranqui-

lamente. Ahora está despierto y en seguida corre hacia la cama de su hijo mayor, el príncipe heredero, que le sucederá en el trono a su muerte.

¡Qué horror! Allí está su hijo predilecto, tendido, pálido, muerto. También ese príncipe fue matado por el ángel exterminador.

También fueron matados los primogénitos de todos los animales. Egipto entero está lleno de gritos y de llantos. Sin embargo, en la tierra de Gosén hay tranquilidad, ni un perro ladra. Los hijos de Israel, sin embargo, no duermen; todos están despiertos esperando. El ángel exterminador ha pasado de largo por sus casas. ¿Por qué? Por causa de las rayas rojas en los postes de sus puertas. Es la sangre del cordero pascual, donde estaba esa sangre el ángel pasó de largo.

De repente en la tierra de Gosén se produce un movimiento. Moisés y Aarón son llamados. Tienen que presentarse urgentemente delante de Faraón.

—Id, id —dice Faraón—. Salid. Tomadlo todo, vuestras mujeres y niños, vuestras ovejas y vacas, vuestros enseres, todas vuestras cosas. Tomadlo todo y bendecidme también. Lo cual quiere decir «orad a Dios por mí».

Se abren todas las puertas de las casas de los israelitas. En Egipto hay luto y tristeza, pero entre los israelitas hay alegría y satisfacción. Los animales son sacados de los establos. Hasta los egipcios se prestan a ayudar.

—Apresuraos, apresuraos —dice una angustiada voz— o de otra manera todos nosotros moriremos.

Los israelitas desde allí se encaminan hacia el desierto ordenados en filas de cinco personas, unas al lado de otras.

Fijaos, un grupo de israelitas llevan una caja. ¿Qué van a hacer con ella? ¿Qué contiene dicha caja? ¿Oro o plata, quizás? No, en esa caja llevan un muerto. ¿Un cadáver? ¿De quién...? Es el cadáver de José, el anterior virrey de Egipto.

A su muerte sus hermanos le habían prometido reunirlo con sus padres y ahora cumplen su promesa. En medio de su alegría y regocijo no lo han olvidado. No debe quedar el cadáver de José en Egipto, sino que debe ser sepultado definitivamente en Canaán, en medio del pueblo al que tanto había amado.

Inmensas filas salen del país, hay seiscientos mil hombres de más de veinte años, sin contar las mujeres y los niños. Algunos eruditos dicen que la totalidad del pueblo superaba los dos millones de personas. Entre ellos van también algunos egipcios, ya que la Biblia nos dice que: «subió con ellos gran multitud de toda clase de gente».

Podemos imaginarnos cómo había crecido ese pueblo que había sido tratado como esclavo menospreciado. Al llegar Jacob a Egipto no eran más de setenta, ahora son más de dos millones. Con qué bondad ha cuidado Dios de ese pueblo.

Los aviesos propósitos de Faraón fracasaron totalmente, por fin, eran libres.

Al amanecer, a la salida del sol ni un solo israelita quedaba en la tierra de Gosén, todas las casas estaban vacías, los establos desiertos, sólo había silencio y soledad.

El pueblo israelita marchaba camino de Canaán, la Tierra Prometida.

Capítulo 34

==== POR EL MAR ROJO ====

Éxodo 14

Grande era la alegría entre los israelitas al comprobar que por fin podían salir de Egipto, donde tuvieron que trabajar duramente, donde habían sido maltratados y torturados por los capataces egipcios. Ahora ya no son un pueblo de esclavos, sino un pueblo libre. ¡Qué privilegio para ellos!

No había desorden entre ellos, todo estaba cuidadosamente preparado. Recorrían la tierra de Egipto en fila de cinco personas. ¿Sabéis, jóvenes, quién les indicaba el camino?

Por encima de la multitud de los israelitas había una nube, que se extendía sobre los hombres, mujeres y niños. En el desierto hace un calor sofocante, durante todo el día el sol abrasa la arena. Pero el Señor les da una nube que impide que el sol abrasador caiga sobre ellos, de esta manera los hijos de Israel caminan a la sombra. Cuando caía la noche esa nube se transforma en una columna de fuego que les iluminaba el sendero. De esta forma también podían caminar durante la noche, si ello era necesario.

Además, la nube de fuego les protegía contra las fieras durante la noche. Esa columna de nube y fuego eran señales de Dios y eran las que les indicaban el camino que habían de seguir. Muchas veces los israelitas alzaban sus ojos al cielo con gratitud y alegría, pues se sentían seguros bajo la protección de Dios.



El camino más directo hacia la tierra de Canaán era siguiendo el desierto, hacia el norte, a lo largo del Mediterráneo. De esta forma podrían llegar allí lo más pronto posible. Pero... de repente la columna de nube volvió, dio la vuelta. ¿Qué significaba aquello? ¿Deberían volver? Los israelitas no entienden aquello pero, sin embargo, como es la columna de nube la que les señala el camino deben seguirla.

Es posible que muchos de ellos hayan hecho gestos de duda y hayan murmurado: «Esto no puede salir bien, vamos a ir de mal en peor.» En lugar de salir hacia el norte, los israelitas caminan de nuevo hacia el sur.

Por fin la columna de nube se detiene y los israelitas montan sus tiendas. La Biblia dice: «Asentaron su campo.» Lo cual quiere decir que descansaron y no continuaron su viaje, porque delante de ellos veían el oleaje del Mar Rojo, a su derecha e izquierda había grandes montañas a las que era imposible ascender. No podían pasar por ninguna parte. ¿Por qué estaban allí? Todo tomó un giro extraño, maravilloso, totalmente diferente a lo que ellos habían pensado.

Ya hacía unos días que habían abandonado Egipto y sin embargo no habían avanzado mucho, y además habían llegado a un lugar en donde parecía que iban a quedar atrapados ya que sólo el camino de regreso a Egipto era lo único que les quedaba.

De pronto miran hacia ese camino y se llenan de temor llamándose con gritos los unos a los otros:

—¡Mirad, mirad! Sus ojos tienen una expresión de terror, sus rostros están pálidos y entre ese polvo ven brillar las armaduras de los soldados. A lo lejos oyen las ruedas de los carros de combate y el tableteo de los pasos de miles y miles de soldados. ¿Qué ocurre? ¿Qué significa todo aquello? ¿Quiénes son esos soldados? No tardan en comprender todo aquello. Es Faraón, el malvado rey de Egipto, que les persigue con un formidable ejército.

Faraón desea retenerlos. Está arrepentido de haber dejado salir a ese pueblo de esclavos.

El temor embarga ahora a los israelitas. ¿A dónde irán? Están completamente cercados; delante de ellos el Mar Rojo, a su izquierda y a su derecha grandes montañas, detrás de ellos Faraón y todo su ejército. No pueden ir a ninguna parte, de allí no pueden escapar.

¿Y...luchar...? ¿Defenderse? Ni siquiera se atreven a pensarlo, Faraón es mucho más fuerte que ellos. Lleva seiscientos carros de combate consigo; estos carros de combate llevaban unidos a las ruedas grandes y agudos cuchillos que destruían

o mataban todo lo que encontraban. Si los israelitas trataban de luchar no tendrían ninguna posibilidad de salir victoriosos.

Angustiosos gritos de desesperación van flotando por todo el aire.

Al día siguiente de la salida de los israelitas de Egipto, los egipcios habían sepultado a sus innumerables muertos y cuando terminaron vieron la tierra de Gosén que estaba abandonada, vieron las casas vacías de los israelitas y lamentaron su decisión. No solamente Faraón, sino también todos los egipcios lamentaron haber dejado marchar a los israelitas.

Más tarde Faraón se enteró de que los israelitas habían vuelto y estaban acampados frente al Mar Rojo, lo cual sería debido a que habían perdido el camino. Una risa burlona recorrió el rostro de Faraón, mientras pensaba: «Esos imbéciles esclavos ya no se acuerdan del camino. Esto se pone muy bien.»

Llama a sus criados y dice:

—¿Me acompañáis? Vamos a coger a los israelitas y a traerlos. Ellos deberán reconstruir nuestra devastada tierra. Nos hemos empobrecido, pero esos esclavos deberán enriquecernos nuevamente. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, sí —exclaman los servidores de Faraón.

De esta forma salen todos y al frente de ellos Faraón mismo.

Los latigazos cortan el aire y los caballos se encabritan y a gran galope persiguen a los israelitas y no tardan en acercarse a ellos. Cuando los ven, Faraón grita:

—Daos prisa, daos prisa.

Comienza a anochecer y sin embargo a Faraón no le importa, siguen avanzando. No es pues de extrañar que los israelitas tengan miedo. En su desesperación acuden a Moisés, todos vociferan sin orden ni concierto.

—¿Por qué nos has sacado de Egipto? —reprochan a Moisés—. Ahora estamos peor que antes. Faraón nos matará a todos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que nos hubiéramos quedado en Egipto!

Tampoco Moisés sabe qué hacer pero trata, sin embargo, de aparentar serenidad y procura calmar al pueblo que está desesperado.

—No temáis —dice— el Señor nos ayudará, el Señor nos

librará, el Señor nos salvará. Pero los israelitas no quieren escucharle. Le miran amenazantes.

Moisés, en medio de este gran apuro, invoca a Dios:

–Señor, ayúdanos, líbranos –suplica.

El Señor le responde:

–Di a los hijos de Israel que inicien la marcha –así suena la orden del Señor–. El Señor les ayudará.

Mirad. La columna de nube vuelve hacia atrás y se sitúa entre los israelitas y los egipcios. De pronto del lado de los egipcios se hace una densa oscuridad, pero en la parte de los israelitas hay luz. Los egipcios no pueden seguir caminando debido a la densa oscuridad, de tal forma que tienen que pararse forzosamente para acampar y esperar a que vuelva la luz. Los israelitas emprenden su marcha; obedeciendo la orden del Señor. Moisés extiende su vara sobre el Mar. De pronto se levanta un fuerte viento oriental y... mirad. ¡En medio del mar se abre un camino! En la Biblia se nos dice: «Las aguas quedaron divididas.» Las aguas formaban como un gran muro a la izquierda y a la derecha y en medio quedaba un camino seco. Es una maravilla de la omnipotencia de Dios, queridos jóvenes.

Con gran tranquilidad los israelitas penetran en el mar, hombres, mujeres, niños y también las vacas, ovejas y demás animales.

No marchan en desorden, no se produce una huida atropellada. Siempre detrás de ellos está la columna de nube, que a su vez irradia una clara luz sobre los israelitas para que puedan caminar.

Se han formado largas filas, cuando unos están ya en la otra parte del mar, otros siguen aún de pie a la entrada del mar; nadie se apresura para pasar el primero, cada uno espera su turno. El paso dura toda la noche.

Los egipcios no podían hacer nada, habían tenido que quedar acampados debido a la oscuridad, no tenían otra opción ya que no podían ver nada. Faraón estaba pensando: «Esperaremos esta noche, pero mañana les atraparemos. Ese pueblo de esclavos no puede ir a ninguna parte. Están cercados en una trampa.»



Moisés extiende su vara sobre el Mar Rojo

Cuando a la mañana siguiente comienza a clarear, Faraón da la orden de avanzar, pero para su gran asombro no ve a nadie.

¿Qué es lo que ha pasado? ¿Es que han podido huir? ¿Por dónde?

Cuando llegan al mar, entonces se dan cuenta de lo ocurrido. En el mar hay un camino y en la lejanía ve marchar a los últimos israelitas, a los que falta poco para arribar a la otra orilla.

¿Qué ha ocurrido? Por un momento Faraón quedó dudando, pero en seguida pensó: «Por donde pueden pasar los israelitas también podemos pasar nosotros.»

Faraón, en su ira, ordena:

—Adelante, penetrad en el mar.

¡Cuán impertinente es Faraón! —jóvenes.

Dios había abierto una senda para los israelitas, pero no para los egipcios. Pero Faraón no piensa en ello, tiene el atrevimiento temerario de adentrarse en el mar.

Faraón, ¿no ves esos muros de agua a tu derecha y a tu izquierda? ¿No tienes miedo de que esos muros se desplomen sobre ti? Faraón ni mira a su derecha, ni a su izquierda, sino solamente a los israelitas que tiene delante de sí. Su corazón está lleno de venganza y odio. Ese pueblo de esclavos debe volver y volverá, ése es su único pensamiento. Él, él ganará a pesar de todo, porque él es el más fuerte.

Mirad, los primeros carros de combate ya se adentran en el mar. No mucho después todo el ejército egipcio se encuentra en el mar. Entonces ocurre algo terrible. En la Biblia se nos dice que el Señor, desde la columna de nube miró a los egipcios.

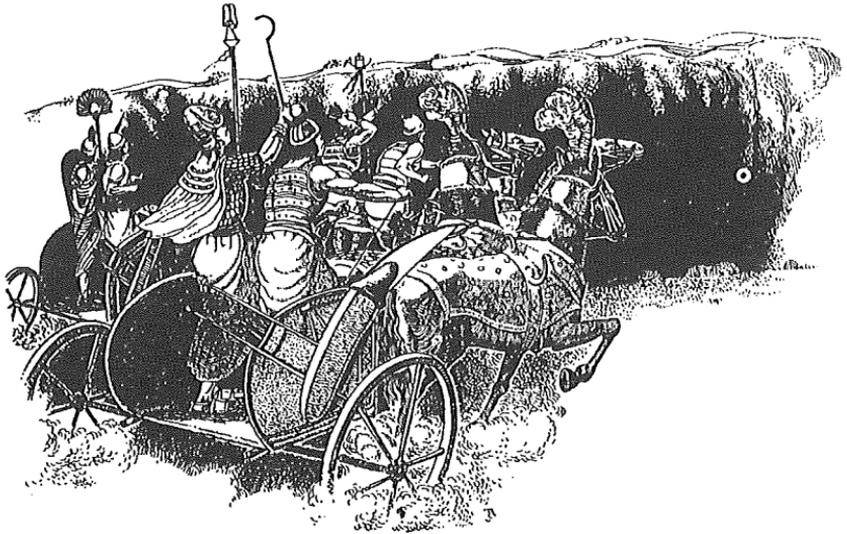
Es posible que hayan notado el calor del fuego de esa nube. Tienen miedo. Los primeros no se atreven a seguir avanzando, pero los últimos avanzan más rápidamente. De pronto las ruedas de los carros se rompen y, esto no ocurre por accidente; la Biblia dice: «El Señor les quitó las ruedas de los carros.»

Se produce una gran confusión, los carros chocan unos con otros. Estridentes gritos de angustia llenan el aire. No pueden avanzar más, pero tampoco pueden retroceder. Ahora sí que los egipcios se encuentran metidos en la trampa. Tratan de escapar, pero esto no hace más que aumentar la confusión y el caos.

En la otra ribera del mar suben a tierra los últimos israelitas. Cuando el último israelita ha salido del mar, el Señor ordena a Moisés que extienda su vara sobre el mar y en ese instante los muros de agua se desploman cubriendo por completo a los soldados egipcios. Todos los egipcios se ahogan, también todos los caballos, también Faraón parece ahogado, ha sido el fin.

Cuántas veces había avisado el Señor a Faraón. Hasta ahora el Señor lo había salvado, pero en ese momento Dios ya no salva a Faraón, ahora todo ha terminado, tal ha sido su suerte.

Los israelitas ven lo que ocurre, están mirando; ahora ya no deben temer que vuelva Faraón, ni tampoco sus soldados.



Faraón persigue a los israelitas

Todos han muerto en el Mar Rojo. Los israelitas saltan de alegría, ahora ya serán por siempre libres.

Esta historia nos ofrece también una lección para nuestra vida.

Tenemos salud, Dios nos da alimentos, vestido y todo cuanto necesitamos. El Señor nos amonesta para que nos convirtamos. Si no escuchamos y seguimos viviendo en nuestros pecados, también para nosotros llegará el día de la muerte. No quiero decir que nos ahogemos como Faraón y sus soldados, no, eso no es necesario. Podemos enfermar, o sufrir un accidente. Pero, la realidad, es que la muerte llegará, es lo único que no falla, nadie nos libramos de ella.

Si morimos sin ser convertidos, nuestra suerte será terrible. Buscad al Señor mientras podáis hallarlo.

Capítulo 35

CAMINANDO

Éxodo 15:22-27

¡Mirad qué gran muchedumbre! Todos están apiñados como si fueran un solo hombre. Aprietan los puños y gritan malhumorados.

—¿Qué bebemos ahora? —preguntan con enfado a Moisés.

Éste permanece tranquilo en medio de la enfurecida multitud de los israelitas.

¿Por qué causa están tan enfurecidos los israelitas? ¿Les ha hecho algún mal Moisés? No, no es eso.

Hace ya tres días que cruzaron el Mar Rojo, han pasado tres días en que Faraón y todo su ejército perecieron ahogados. Con esperanza continuaron su camino. La columna de nube les indicaba el camino, pero seguían caminando hacia el sur y la tierra de Canaán estaba al norte. ¿Tal vez es ésa la causa de su enfado? Tampoco es ésa la razón. Caminaban a través de un desierto tórrido, árido y seco y aunque el ardor del sol es mitigado por la nube, sin embargo hace calor.

El calor y el caminar les causan gran sed; el agua que llevaban consigo se les ha agotado. Durante todo el camino van inspeccionando para ver si encuentran alguna fuente, pero por ninguna parte hay el más leve indicio de agua. En Egipto nunca habían sufrido esa falta, pues allí había agua en abundancia, el agua del Nilo. Pero ahora en el desierto no había agua y si no la encontraban pronto morirían todos de sed.



El pueblo murmura porque no tiene agua

Por fin descubren un lugar con vegetación, se trata de un oasis y allí ven que hay agua, corren hacia ella y la beben ávidamente, pero... inmediatamente comienzan a vomitarla, es agua amarga y no pueden soportar su sabor. Se sienten deprimidos. ¿Qué pueden hacer? No lo saben. Piensan que van a morir de sed y por ello están enojados. Se enojan contra Moisés y le hacen a él responsable. Aunque no tenían ninguna razón, pues no era culpa de Moisés.

Sin embargo, Moisés suplicó al Señor y Dios atendió su ruego. El Señor le señaló un trozo de madera y le dijo que lo arrojara al agua, y en ese momento el agua dejó de ser amarga y podían beberla. ¿Endulzó ese trozo de madera el agua? Ni mucho menos, fue el Señor quien obró esa maravilla y utilizó ese pedazo de madera tan sólo como un medio. De pronto todo es animación y agitación; todos beben hasta saciarse. Toman agua en sus vasijas y nuevamente emprenden la marcha. A este lugar lo llamaron «Mara», que quiere decir «amargura».

Días más tarde llegaron a un lugar donde había doce fuentes y setenta palmeras por lo que a este lugar lo llamaron «Elim», que significa «palmeras». Éste era un oasis en medio del desierto en el cual el agua brotaba de la tierra. Aquí pudieron acampar los hijos de Israel para descansar un poco.

Éxodo 16

Un mañana el Señor les ordenó reanudar el viaje. De nuevo su camino se inició a través del árido desierto, el desierto de Sin.

Ha transcurrido un mes desde que salieron de Egipto. Cuando salieron de allí, aquella terrible noche, iban bien provistos de víveres, que les sirvieron de alimento durante todo aquel tiempo. Sin embargo, el alimento ya se iba agotando. ¿Cómo conseguirían más alimentos? En el desierto no había forma de conseguir alimentos, sólo había seca y ardiente arena y rocas duras. No habían calculado todo esto. ¿Qué debían hacer? El temor les va embargando y no debe extrañarnos. Su angustia poco a poco se va transformando en ira. Acuden a Moisés y comienzan a increparle y también a acusarle:

—¿Por qué nos sacaste de Egipto?—gritan— allí teníamos pan y carne en abundancia. Aquí no tenemos nada. Ojalá nos hubiéramos quedado en Egipto, porque ahora aquí vamos a morir de hambre.

Pueblo ingrato son los israelitas, ¿verdad? El Señor les había ayudado infinidad de veces.

Pero ¿no sois también vosotros muchas veces desagradecidos? ¿No murmuráis de vez en cuando? Y sin embargo, ¿acaso, no os bendice también el Señor copiosamente? Queridos jóvenes, muchas veces somos tan ingratos como el pueblo de Israel.

De nuevo están enojados contra Moisés y Aarón. Sin embargo, el Señor había escuchado las murmuraciones del pueblo y prometió Su ayuda. ¡Qué paciencia tiene el Señor con este pueblo ingrato! En su cólera el Señor podía haberles castigado y, sin embargo, les bendice.

Al anochecer grandes bandadas de aves llegaron al campamento, eran codornices. Ya no se irían a dormir con el estómago vacío. De esta forma cada día el Señor les ayudaba para que tuvieran comida.

A la mañana siguiente al despertarse y salir de sus tiendas observaron que alrededor de sus tiendas había una espesa capa de unos pequeños y esféricos granos. Unos a otros se preguntaban qué sería aquello.

—Es vuestro pan —respondió Moisés— el Señor hace descender este pan desde el cielo para vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos a fin de que no carezcáis de nada. Cogedlo y comed el pan con ello.

Inmediatamente los israelitas iniciaron el trabajo recogiendo con gran cuidado para no tomar con ello granos de arena. Algunos con un tanto de avaricia lo amontonaron muy rápidamente, temían no tener la suficiente cantidad para saciarse. Estas personas no pensaban en los demás, solamente pensaban en sí mismas.

Los israelitas tenían que recoger estos granos antes de que saliera el sol, ya que con el calor del sol se deshacían y desaparecían. Una vez recogido lo llevaban a sus tiendas, donde las mujeres y las jóvenes los molían y con la harina resultante preparaban los panes.

Con gran curiosidad lo probaron y comprobaron que era delicioso, les gustó mucho. Era algo muy semejante a las hojuelas con miel. A este alimento lo llamaron «Maná».

—Cuidado —dijo Moisés— no debe quedar nada para mañana, debéis comer cada ración en el día. No guardaréis nada para mañana.

Había sido el Señor quien así lo había ordenado para que los israelitas aprendiesen a tener confianza en Él. Cada día Dios hacía caer el maná como un rocío del cielo sobre la tierra, el Señor daba ese delicioso pan a los israelitas. Cada día caía tanto como necesitaban y deseaban comer. ¡Cuán gran poder es el del Señor! ¿Verdad?

Sin embargo, algunos israelitas pensaban: «Guardaré un poco para mañana, no sea que mañana no haya maná y no tenga nada para comer.»

No se fiaban de lo que Moisés les había dicho por orden de Dios, no querían escuchar. Había sido el Señor quien había ordenado que no guardasen nada para el día siguiente y, sin embargo, no obedecían. Pero a la mañana siguiente cuando iban a comerlo, con gran sorpresa comprobaban que se había podrido, los gusanos bullían por todas partes.

Durante los cuarenta años que los israelitas estuvieron en el desierto comieron maná. Tal vez os preguntéis qué hacían el domingo. Primero os diré algo que debéis saber.

Los israelitas tenían como día de reposo el día que corresponde a nuestro sábado (Sábado, «sabat» quiere decir, «reposo»). Este día era para ellos el día del Señor en el cual no podían trabajar, al igual que nosotros tampoco podemos trabajar el domingo y debemos acudir a la Iglesia. La mañana del viernes, es decir, la que precedía al sábado, los israelitas como de costumbre recogían el maná, pero ese día tomaban doble cantidad, recogían maná para dos días y, por tanto, debían guardar una porción de ese pan para el sábado. Tal vez alguno se pregunte: ¿y no se corrompía? No, cuando en la mañana del sábado tomaban ese pan para comerlo se encontraba en perfecto estado, no tenía gusanos, no se había corrompido. Esto, sin embargo, sólo ocurría los sábados, los demás días de la semana, si alguno osaba guardar el pan a la mañana siguiente se había podrido. A pesar de ello algunos israelitas en la mañana del sábado salían al campo para recogerlo, pero en esa mañana no había un solo grano de maná. El sábado era el día de reposo y no les estaba permitido hacer pan y, por esta razón, el Señor el viernes les enviaba doble ración. De nuevo el Señor cuidaba de forma maravillosa a su pueblo.

Éxodo 17

Días más tarde los hijos de Israel volvieron a murmurar. ¿Qué ocurría? ¿Por qué estaban descontentos?

El agua que habían recogido en Elim se estaba agotando y por ninguna parte hallaban agua. Si el pueblo en lugar de murmurar hubiese pedido agua al Señor, con toda seguridad que Él se la daría. Pero no lo hacen. Comienzan de nuevo a murmurar contra Moisés y dicen:

—¿Por qué nos has sacado de Egipto? Deberíamos habernos quedado allí, aquí vamos a morir todos por culpa tuya.

Tan irritados están contra Moisés que poco falta para que le apedreen. Es tremendo. ¿No temen el castigo del Señor?

Sin embargo, el Señor no les castiga por su impiedad, al contrario, les saca del apuro. Qué paciencia tan grande tiene el Señor para con los hijos de Israel, ¿verdad?

Pero... si el Señor nos castigara inmediatamente después de hacer algo malo, creo que ninguno viviríamos. El Señor también tiene inmensa paciencia con nosotros. ¿No pensáis alguna vez en ello?

Mirad, Moisés toma su vara en la mano y con ella golpea la dura peña, tal como se lo había ordenado el Señor. Se oye un estruendoso crujido y ese gran bloque de piedra se abre y de repente comienza a salir un gran chorro de cristalina y pura agua. Los israelitas pueden ahora saciar su sed abundantemente.

Una vez más vemos una prueba del gran poder de Dios. Sólo Dios puede hacer que de una gran roca del desierto mane agua. A este lugar le llamaron Masa, que significaba «prueba».

Después de un período de descanso continuaron su viaje. Cada vez iban más lejos. Era una larga fila de hombres y animales. Los hombres siempre vigilantes por si les acechaba algún peligro. De pronto todos levantan sus cabezas y escuchan. En la lejanía se oyen gritos de angustia. A sus espaldas oyen gritos de socorro. ¿Qué sucede? Nadie se lo explica, pero no tardan en comprobarlo. Un pueblo enemigo, que vivía en

el desierto, los amalecitas, por sorpresa han atacado a los israelitas por la espalda. Era una emboscada de cobardes, ya que si hubieran sido valientes habrían atacado a los israelitas de frente. Pero al frente marchaban los hombres jóvenes más fuertes y valientes y por eso no se atreven. Atacan por atrás, que es donde marchaban los más débiles, las mujeres y los niños, los cuales no pueden defenderse. ¿Qué pueden hacer? Los israelitas no saben luchar, no lo han hecho nunca. Sin embargo, rápidamente se forma un pequeño ejército. Un joven llamado Josué, será el jefe. Con presteza marchan hacia donde está el enemigo.

Pero... ¿Y Moisés, por qué no marcha al frente de ellos?

Moisés con su hermano Aarón y otro israelita llamado Hur, suben a un alto collado. Moisés tiene la vara en su mano.

En lo alto del collado Moisés levanta la vara y los israelitas rechazan a los amalecitas con gran fuerza. El brazo de Moisés se cansa y por un momento la vara baja. Cuando así ocurre los amalecitas triunfan sobre los israelitas y Josué y sus soldados emprenden la huida. Cuando Moisés ve la escena inmediatamente levanta la vara y de nuevo los israelitas se vuelven contra los amalecitas y los vencen. Sin embargo, el brazo de Moisés se cansa, está fatigado, no puede más; por un momento la vara vuelve a caer y en el acto los amalecitas comienzan de nuevo a atacar a los israelitas. Si continúan así Josué no vencerá jamás. Moisés se sienta en una gran piedra y nuevamente alza la vara, pero ¿cuánto tiempo podrá sostenerse así?

Mirad, mirad, Aarón y Hur sostienen los brazos de Moisés, ahora la vara queda levantada. Josué se lanza impetuosamente sobre los amalecitas. El enemigo emprende la huida, pero en su intento muchos caen y son muertos por los israelitas. Los israelitas están exultantes de alegría y gozo. El Señor los ha ayudado, sólo Él podía hacerlo.

Vemos como cuando Moisés levantaba la vara hacia el cielo, desde arriba el Señor venía en su ayuda.

El Señor ordena a Moisés que escriba esta historia en un libro. Ese cobarde ataque de los amalecitas no deberá ser olvidado. Más tarde recibirán un gran castigo.



Aarón y Hur sostienen los brazos de Moisés

Éxodo 18

Un pequeño grupo de personas se acercan al campamento de los israelitas, son un anciano, una mujer y dos niños.

Alguien corre hacia la tienda de Moisés y susurra unas palabras a su oído.

¿Quiénes son estas personas? Son muy conocidos de Moisés. Ese anciano es el suegro de Moisés, Jetro; la mujer es Séfora, la esposa de Moisés y los dos niños son sus hijos: Gerson y Eliezer.

No es extraño, pues, que Moisés esté tan alegre. Jetro se había enterado que Israel había salido de Egipto y sin tardanza acude a su encuentro llevando consigo a Séfora y sus dos hijos. Hay una velada muy agradable en la tienda de Moisés, quien les narra todo lo ocurrido. Su llegada a Egipto, sus visitas a Faraón, las diez plagas. El paso por el Mar Rojo, el suceso del agua amarga en Mara, el maná, el agua que brotó de la peña y finalmente la batalla con los amalecitas.

Es casi de madrugada cuando se acuestan. Al día siguiente Moisés tiene mucho que hacer. Muchos israelitas acuden a Moisés para pedirle consejo. Durante todo el día hay un desfile de personas ante él. Es algo muy bueno, pero son demasiadas personas. Ni siquiera le queda tiempo para comer con tranquilidad. Al anoecer Moisés disfruta de un merecido descanso. Cuando están reunidos confortablemente en su tienda Jetro dice:

—Moisés, debes organizar tu trabajo, no debes hacerlo tú todo, es demasiado para ti. ¿Sabes lo que debes hacer? Debes buscarte unos ayudantes y que ellos resuelvan los asuntos menos importantes y tú dedícate solamente a los casos más graves e importantes.

Moisés escucha a su suegro y sigue su consejo, de esta forma, podrá estar más tranquilo. Pasados unos días Jetro vuelve a su tierra, pero Séfora y sus hijos permanecen con Moisés.

Nuevamente el pueblo de Israel emprende su marcha hasta llegar al desierto de Sinaí, al monte Sinaí. Fue en esta región donde el Señor se había presentado a Moisés en una zarza ardiente. Cerca del monte Sinaí los israelitas plantan sus tiendas y permanecen allí por largo tiempo, ya que en este lugar habían de suceder muchas cosas, de las que hablaremos en capítulos sucesivos.

Capítulo 36

== LOS DIEZ MANDAMIENTOS ==

Éxodo 19:1-15

Millares y millares de tiendas se alzan en largas filas en la llanura que está delante del monte Sinaí.

¿Quiénes son los habitantes de esas tiendas...? En ellas mora el pueblo de los israelitas, a quienes Dios ha librado milagrosamente de Egipto y han sido encaminados por sendas maravillosas hasta este lugar por el Señor. Entre las tiendas hay hombres, mujeres y niños. Todos están muy ocupados. Unos limpian el campamento, otros lavan las ropas, los cántaros, los utensilios de cocina. Hay gran animación y movimiento.

Sin embargo, no ríen, la expresión de sus rostros es de seriedad. Se habla en voz muy baja. De vez en cuando estas laboriosas personas interrumpen su trabajo para descansar un poco y entonces dirigen sus miradas con curiosidad a lo alto del monte, que está frente a ellos. Luego continúan trabajando diligentemente.

Abajo, al pie del monte, hay un grupo de hombres. También están muy ocupados. Unos transportan estacas, otros las clavan profundamente en tierra formando un gran círculo alrededor del monte. Están formando una valla al pie del monte.

¿Cuál es la razón por la que construyen eso? ¿Por qué trabaja tan afanosamente el pueblo de los israelitas? Están cumpliendo una orden del Señor.

Dios ha ordenado a Moisés que subiera al monte y allí le ha hablado desde la columna de nube. El Señor le ha dicho que los hijos de Israel deben purificarse y estar preparados para el tercer día. También le ha dicho que tenían que construir una valla alrededor del monte, ya que nadie podría pisar el monte, pues de lo contrario moriría.

Los adultos podían comprender esta orden, pero los niños no y sin darse cuenta podrían introducirse en el monte y, por tanto, morirían y para evitar esto, debería construirse una valla, de tal forma que nadie pudiera subir al monte. Tampoco los animales podrían pisar el monte, porque el Señor tampoco salvaría a los animales. Esa valla tenía la misión de impedir que las vacas y las ovejas entrasen en el monte. Es por eso que los israelitas están tan ocupados en cumplir las órdenes del Señor. Están ya en el segundo día y deben darse prisa, deben estar preparados para el tercer día; mañana el Señor descenderá en una nube para hablar a los hijos de Israel. Incluso los niños están más tranquilos que de ordinario. Durante sus juegos hablan muy bajito ya que sus papás les han dicho que al día siguiente va a suceder algo muy extraño, algo maravilloso. El Señor, El que está en los altos cielos les hablará.

Los niños no entienden muy bien todo aquello y extraños pensamientos cruzan por sus cabezas. Al anoecer los israelitas han terminado su trabajo. Los niños son acostados, pero no pueden conciliar el sueño, siguen hablando sobre lo que sucederá al día siguiente. Sienten un poco de miedo, están un poco angustiados. Finalmente un profundo sueño los rinde. Más tarde se acuestan los adultos y por todo el campamento reina un silencio absoluto.

Éxodo 19:16-25

Al amanecer se despiertan sobresaltados. Oyen truenos. Continuamente raudos relámpagos rasgan el cielo y estrepitosos truenos despiertan al pueblo. Algunos salen de las tiendas

para ver si se trata de una tormenta, pero con sorpresa, miran al cielo y descubren que hace un tiempo espléndido y que el cielo está completamente azul.

¿Qué puede ser aquello? Sin embargo, los truenos siguen.

De pronto descubren con asombro que alrededor de la cima del Sinaí hay una oscura y pesada nube. Desde esa nube salen continuamente relámpagos. Allí se producen también los continuos truenos. Sin embargo no llueve. No se trata, pues, de una tormenta normal, es algo extraordinario. Muchos quedan mirando mientras las mujeres preparan la comida. Comen silenciosamente, los niños están un poco asustados, miran a sus padres tratando de descubrir si ellos también tienen miedo. Después de comer todos quedan a la expectativa. De pronto desde la cima del monte perciben que llega el sonido de una trompeta, al principio es un sonido suave pero poco a poco va en aumento. Es como si alguien estuviera en la cima tocando con fuerza una trompeta.

Pese al estruendo de los truenos perciben claramente el toque de la trompeta. Es el aviso para que el pueblo se acerque.

Todos salen de sus tiendas, los niños se cogen a las faldas de sus madres o dan las manos a sus padres. Lentamente se van acercando hasta el monte, justo hasta el lugar donde está situada la valla. Reina un absoluto silencio. Todos quedan mirando hacia el monte Sinaí con gran respeto, pero también un poco asustados.

El espectáculo es impresionante, el monte está humeando y temblando. Los truenos se suceden con más frecuencia, el sonido de la trompeta cada vez se escucha más fuerte y con mayor claridad. La visión es angustiada, los israelitas tiemblan, los niños se cubren el rostro con sus manos, otros esconden sus rostros en las faldas de sus madres; no se atreven a mirar. Al frente va Moisés, su rostro está pálido, está temblando también.

Todo el pueblo está esperando con un impresionante respeto. Millares, sí, decenas de millares de hombres están reunidos. De pronto cesan los truenos, no se oye el toque de la trompeta, se hace un extraño silencio. Nadie se atreve a hablar, el silencio es profundo.

De pronto desde la oscura nube que cubre el monte sale una clara voz que todo el mundo puede escuchar.

¿Quién habla? Escuchad.

Éxodo 20

—Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. ¿Oís? Es el Señor, el Dios de Israel, quien habla.

A continuación el Señor pronuncia de forma lenta y clara la ley de los diez mandamientos. Sin duda que ya los conocéis. Cada domingo por la mañana se leen en la Iglesia. Escuchadlo bien el próximo domingo.

En el primer mandamiento el Señor dice que hay un solo Dios y que no se puede adorar ni honrar a las imágenes. Eso lo hacen los paganos. También eso hacían los egipcios. ¿Recordáis que, incluso, el río Nilo era un Dios para ellos al que adoraban?

En el segundo mandamiento nos ordena el Señor que no hagamos imágenes para adorarlas. No se pueden hacer imágenes de madera, piedra u otro material para honrarlas ni adorarlas. Raquel, la esposa de Jacob, había robado unos pequeños ídolos a su padre Labán. ¿Lo recordáis? En la iglesia católica hay multitud de imágenes a las que las gentes veneran. Sin embargo, en el segundo mandamiento el Señor prohíbe tal cosa.

En el tercer mandamiento el Señor prohíbe la blasfemia. Sin embargo, con cuánta frecuencia se blasfema actualmente. La blasfemia es abominable, jóvenes, no blasfeméis nunca, porque ofenderéis al Señor y es un pecado que el Señor castigará con toda seguridad y si oís blasfemar a alguien, avisadle del peligro, es vuestro deber.

En el cuarto mandamiento el Señor dice que el día de descanso, el domingo, no podemos trabajar. No solamente se trata de no trabajar, sino que ese día debemos santificarlo, lo cual quiere decir que debemos dedicarlo al servicio del Señor.

¿Qué hacéis el domingo? Sin duda que vais a la Iglesia, pero, después, ¿qué hacéis? Procurad que no deshonréis el Día del Señor.

En el quinto mandamiento el Señor nos manda amar y obedecer a los padres. ¿Cuál es vuestra actitud? ¿Causáis aflicción a vuestros padres? Si es así estáis pecando contra el quinto mandamiento. En este mandamiento el Señor ha prometido que bendecirá a los que amen y obedezcan a sus padres y el Señor siempre cumple Sus promesas.

En el sexto mandamiento el Señor nos prohíbe matar.

Caín mató a su hermano Abel. Caín fue, pues, un asesino. En todos los sitios hay asesinos y esto es terrible. Pedid siempre al Señor que os guarde de ello. Cuando en vuestros corazones deseáis la muerte de alguien, porque habéis reñido con él, pensad que eso es un gran pecado.

En el séptimo mandamiento Dios prohíbe cometer adulterio. ¿Qué significa esto? Pues precisamente lo que deseaba la esposa de Potifar. Esta mujer que estaba casada con Potifar no lo amaba y deseaba unirse a José. Eso era cometer adulterio.

El Señor prohíbe robar en el octavo mandamiento. Actualmente vemos que se roba con gran frecuencia, basta que leamos un periódico y veamos cuántos robos se cometen cada día. Pero cuando a escondidas cogéis las pastas que vuestras madres tienen guardadas o unas monedas de su monedero o alguna cosa de vuestros compañeros, entonces también vosotros estáis robando. Robéis poco o mucho es un pecado. Jóvenes, sed honestos, pensad que Dios lo ve todo.

En el noveno mandamiento Dios prohíbe decir falso testimonio. ¿Lo hacéis alguna vez? Sí, ¿verdad? Cuando contáis cosas que no son verdad de vuestros amigos o amigas estáis levantando un falso testimonio. Es algo indigno, pero, también hoy ocurre con mucha frecuencia.

En el décimo mandamiento el Señor nos dice que no debemos codiciar. ¿Qué quiere decir esto? Si vuestro hermano o hermana ha recibido un regalo interesante o algo por el estilo, ¿no ocurre, a veces, que estáis celosos? Queréis que sea para vosotros. Pensáis: «Éstos pesados siempre reciben las mejores cosas y yo nunca recibo nada.» Tenéis envidia, queréis poseerlo

vosotros. Eso es un pecado. Codiciáis las cosas de otros. Fue lo mismo que hicieron los hermanos de José, ¿lo recordáis? Lo mismo que hizo Jacob, que quería obtener la bendición que correspondía a Esaú y se la compró por un plato de lentejas. Éstos son los diez mandamientos que el Señor proclamó con toda claridad desde el monte Sinaí. Jóvenes, escuchadlos muy atentamente cuando el domingo se lean.

Silenciosa y reverentemente escuchan los israelitas las palabras de Dios. Por fin cesa la voz, calla el Señor. En seguida comienzan de nuevo los truenos y el toque de trompeta. Los israelitas se asustan, se asustan tanto que no se atreven a permanecer allí por más tiempo. Lentamente van retrocediendo, alejándose cada vez más del monte, que ahora humea más intensamente y se agita violentamente. Se dirigen a Moisés y le dicen:

—No nos atrevemos a quedarnos aquí por más tiempo. Que el Señor te diga a ti cuanto tenga que decir y tú, después, nos lo dirás a nosotros. Moisés transmite este ruego al Señor y Él lo aprueba.

Desde ahora el Señor sólo hablaría a Moisés y éste lo contaría después a todos los hijos de Israel.

Así, ahora, los israelitas pueden volver a sus tiendas. Están muy angustiados. Comentan lo que ha sucedido. Ese día no lo olvidarán nunca. No han visto a su Dios, pero han escuchado su voz. Todo les ha impresionado mucho.

—Todo lo que el Señor ha hablado, haremos —dicen a Moisés—. Está muy bien, han prometido obedecer al Señor. En ese momento lo han decidido. Tienen el firme propósito de obedecer. Pero, por desgracia... no ha sido así.

Muchas veces rompen vergonzosamente su promesa.

Pero... ¿Y vosotros, jóvenes, obedecéis al Señor? ¿Quebrantáis sus mandamientos?

Pedid al Señor que os haga obedientes a sus mandamientos, ¿lo haréis? ¿Sabéis lo que necesitamos? La sangre del Señor Jesús para que nuestros pecados sean perdonados.

Capítulo 37

EL BECERRO DE ORO

Éxodo 32, 33 y 34

Normalmente siempre que celebramos una fiesta nos encontramos muy satisfechos y alegres, ¿verdad?

Hay un ambiente confortable y animado, podemos divertirnos mucho. Con días e incluso semanas de antelación, estamos deseando que llegue el día de la fiesta. Estamos con espíritu festivo cuando se celebra la fiesta nacional de nuestro país, las fiestas regionales o locales. Deberían estas fiestas ser motivo de gratitud al Señor porque nos ha permitido un año más llegar a ellas. Sin embargo, desgraciadamente durante las fiestas pueden hacerse cosas que son pecaminosas, a veces se realizan actos peligrosos en los que, algunos jóvenes, hasta exponen sus vidas, se causan accidentes graves con desenlaces fatales. Muchas veces sería preferible no acudir a dichas fiestas.

Cerca del monte Sinaí los israelitas están celebrando también una fiesta. Mirad, se han agarrado de la mano formando un gran corro y están saltando y gritando de alegría. Hombres, mujeres, niños y niñas, casi todos participan en el gozo común.

Sus cantos y risas invaden todos los alrededores.

En medio de esa gente que está cantando y bailando se levanta una estatua que brilla como el sol. Es un becerro de oro. En honor de ese becerro están celebrando ahora aquella fiesta.

Probablemente os preguntaráis: ¿Pero, podían hacer tal cosa? No, queridos jóvenes, no podían ni debían hacer tal cosa.

¿Acaso hizo Moisés ese becerro? No, en ese momento Moisés no está con ellos. Hace más de cinco semanas que está ausente. ¿Ha muerto...? Por fortuna no. Moisés ha subido al monte Sinaí por orden del Señor. Su ayudante, Josué, le ha acompañado.

Los israelitas los siguieron con la vista hasta que desaparecieron en la oscura nube que circundaba el monte Sinaí. Los truenos y el toque de la trompeta no se habían vuelto a escuchar. Ahora reinaba el silencio, sólo había quedado la oscura nube sobre la cima del monte.

Han pasado varias semanas desde la promulgación de los diez mandamientos por el Señor. En tal ocasión el pueblo había prometido:

–Haremos todo lo que ha hablado el Señor.

Algunos días después de la proclamación de la ley, Moisés había edificado un altar y había ofrecido sacrificios. Moisés había matado bueyes jóvenes. La sangre de estos animales la había recogido en unas fuentes; luego puso los bueyes sobre el altar y encendió leña para quemarlos. Después tomó la sangre y la mitad la derramó sobre el altar y con la otra mitad roció al pueblo. Ésa era la señal de que Dios había hecho un pacto con el pueblo de Israel.

Después Moisés subió al monte con Josué. Aarón, hermano de Moisés, permaneció, mientras tanto, al frente del pueblo. Cada día miraban al monte para ver si Moisés descendía. Tardaba mucho, habían pasado dos, tres semanas y Moisés no volvía.

El pueblo estaba inquieto. No era posible ir a buscarlo, pues el monte estaba rodeado con la gran valla que habían formado con las estacas. Además el Señor les había prohibido subir al monte Sinaí. Pasó la cuarta y la quinta semana y Moisés no había vuelto.

–Quizás hace tiempo que ha muerto –se decían los unos a los otros.

Una mañana se dirigen a Aarón y le dicen:

—Levántate y haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a Moisés no sabemos qué le ha podido suceder. Es posible que haya muerto.

Pero, ¿se atrevió Aarón a hacer tal cosa? El Señor le había prohibido hacerlo. No podían hacerse ídolos. Ya no pensaban en ello. Querían tener algo visible, querían tener un dios al que pudieran mirar, lo mismo que los egipcios.

Habían olvidado su solemne promesa, la rompieron vergonzosamente. Aarón debería haberles dicho:

—No, no haré tal cosa, Dios nos lo ha prohibido y no podemos hacerlo. Deberíais avergonzaros de pedir tal cosa. Deberíais avergonzaros sólo de pensar en ello.

Debería haberles señalado hacia arriba, hacia la columna de nube, la señal de la presencia del Señor. Debería haberles recordado el maná, señal del cuidado amoroso de Dios. Dios no los había abandonado. Y aunque no sabían nada de Moisés, por ello no deberían dudar. Dios estaba presente. Moisés no era su Dios. Les debería haber dicho Aarón. Pero no lo hizo, ni siquiera se atrevió, tenía miedo de que se enfadasen con él y le mataran. Dijo:

—Apartad los zarzillos de oro que habéis recogido de los egipcios. Tal vez pensaba: «No se atreverán a hacerlo.» Pero se equivocó. Todos entregaron su oro a Aarón.

Lo mismo sucede hoy día, queridos jóvenes, no queremos entregar mucho dinero para el servicio del Señor, pero si hay una fiesta en la ciudad estamos dispuestos a derrochar el dinero en diversiones o bebidas. Lo mismo hacen los israelitas. Ofrecieron mucho oro. Ahora Aarón no tenía más remedio que satisfacerles y de esta forma hizo el becerro de oro. Los israelitas estaban muy contentos, decían:

—Ved aquí nuestro dios que nos sacó de la tierra de Egipto. ¡Qué insensatez!

Al día siguiente comenzaron a celebrar una fiesta, por eso ahora los vemos cantando y bailando alrededor de ese becerro de oro.

Su insensatez es incalificable, jóvenes. Precisamente al pie del monte, coronado por la oscura nube, como señal de la presencia de Dios, celebran una fiesta en honor de un ídolo.

De pronto se hace un silencio sobrecogedor. Cesan en sus cantos y bailes. Unos se ponen pálidos de espanto, otros agachan avergonzados sus cabezas. Allí, al pie del monte está Moisés. Nadie había pensado en ello, nadie le había visto descender del monte, estaban demasiado ocupados y aturridos con el ruido de la fiesta.

Durante cuarenta días y cuarenta noches había estado Moisés en el monte sin comer ni beber y, sin embargo, no había muerto, estaba allí vivo. El Señor había cuidado de él. Era otra nueva maravilla del Señor, el Dios Todopoderoso.

En el monte Dios había hablado a Moisés. El Señor hizo también dos tablas de piedra y en esas tablas había escrito el Señor la ley de los diez mandamientos. El Señor lo hizo para que los israelitas no olvidasen nunca los diez mandamientos. Cuando queremos recordar alguna cosa nosotros solemos anotarlo en un papel, sin embargo, el Señor no lo escribió en un papel, sino en piedra.

Después el Señor reveló a Moisés lo que estaba sucediendo al pie del monte.

—Desciende —le dijo el Señor— pues tu pueblo se ha corrompido. Me han olvidado a Mí y se han hecho un becerro de oro, se inclinan ante él y le adoran. Los castigaré por todos sus pecados. Los mataré y haré de ti un gran pueblo.

Por eso está tan asustado. Cae de rodillas y ruega al Señor que no haga tal cosa.

—Señor mío —dice— no es mi pueblo, sino tu pueblo.

Moisés ora por ese pueblo culpable de Israel.

Desciende cautelosa y lentamente del monte, de esta forma llega hasta el pie del monte sin ser advertido. Sin pronunciar una palabra observa a toda aquella gente bulliciosa, que cantan y bailan alrededor del becerro.

Moisés se aflige y se enfada. Lleva consigo las dos tablas de piedra sobre las que el Señor ha escrito la ley, las arroja al suelo y se rompen. Se hace un profundo silencio. Todos miran a Moisés con angustia. Lo sienten, se dan cuenta de que han hecho algo indigno, más aún, se han portado como unos impíos.

En silencio Moisés camina entre toda esa gente dirigiéndose



Moisés destruye el becerro de oro

hacia el becerro de oro. Los israelitas se apartan hacia los lados abriéndole paso tímidamente. Moisés llega ante el ídolo, toma un martillo y de un solo golpe hace pedazos ese becerro de oro.

Recoge los pedazos y los arroja al fuego para que se quemem, luego recoge las cenizas con una pala y las derrama sobre el agua potable de los israelitas. Ahora han de beber a su dios, al que han hecho con sus propias manos. Moisés se burla de ellos.

Está sumamente enojado con su hermano Aarón.

-¿Por qué razón hiciste eso? -pregunta con voz airada.

-No fue culpa mía -contesta Aarón asustado- el pueblo lo quería, lo exigía y temí por mi vida.

-Has actuado insensatamente -responde Moisés-. Aarón no osa responder, calla.

Moisés se aleja un poco de los israelitas y de repente grita:

-Quien esté por Jehová, que se acerque a mí. Es como si quisiera decir: «Si algunos no han participado de esta fiesta impía que se acerquen a mí.»

Espere y en efecto, algunos se acercan. Una tribu completa no ha participado en esta fiesta al becerro de oro, es la tribu de Leví.

-Id al lugar de la fiesta -les ordena Moisés- y matad a cuantos encontréis allí.

Acuden al lugar. La mayoría de los israelitas se han marchado ya a sus tiendas, pero muchos aún permanecían allí. Lamentaban que la fiesta tuviese un fin tan inesperado. Reunidos en grupo comentan con disgusto. Repentinamente son atacados por la tribu de Leví y muchos de ellos son muertos. En poco tiempo el suelo se cubre de cadáveres. Tres mil personas deberían comparecer ante Dios inesperadamente. Aquel día que había comenzado con una fiesta, terminó en luto.

A la mañana siguiente los muertos son sepultados. Se cava una gran zanja y una larga fila de cadáveres son sepultados en ella. Era el castigo por su impiedad. Dios no puede ser burlado.

Luego Moisés levantó una tienda fuera del campamento, es decir, alejada de las demás tiendas y cada uno de los que se arrepienten han de acudir a aquella tienda a suplicar el perdón del Señor.

Por causa de los pecados del pueblo, el Señor les dice:

-No seré Yo quien os llevará a Canaán, será mi Ángel quien irá delante de vosotros.

Cuando oyen esto se espantan y se afligen. Pero no es una tristeza genuina, muchos están tristes por el castigo, pero no es una tristeza por el pecado.

¿Sabéis quién realmente está afligido? Moisés. Cae de rodillas y suplica a Dios:

—Señor —ora— sin Ti no me atrevo a seguir adelante, si no me acompañas, permíteme que me quede aquí. Sin Ti no puedo ni quiero seguir el viaje.

El Señor atiende la súplica de Moisés y promete que irá con él, que a pesar de ese pueblo pecador y culpable, les ayudará.

¡Cuán grande es la bondad del Señor!, amigos. Cuando hagáis algún mal doblad vuestras rodillas y pedid perdón al Señor. Si lo hacéis con un arrepentimiento sincero, el Señor os perdonará.

Moisés debe subir nuevamente al monte Sinaí. Lleva consigo dos piedras, ya que las primeras habían sido destruidas. En esas piedras escribe de nuevo el Señor la ley de los diez mandamientos. En la primera tabla están escritos los cuatro primeros mandamientos y en la segunda los seis restantes.

Otra vez Moisés está ausente cuarenta días y cuarenta noches, pero ahora los israelitas no hacen un becerro de oro. Cuando Moisés regresa su rostro está resplandeciente, una luz celestial hacía brillar su rostro.

Aarón y los israelitas le ven y no se atreven a acercarse a él. Al darse cuenta Moisés de ello cubre su rostro con un velo.

Jóvenes, tal vez penséis que os está permitido hacer lo que bien queráis, que Dios no ve ni oye lo que hacéis. Es un error enorme, el Señor ve muy bien todo cuanto hacéis y si hacéis el mal os castigará sin lugar a dudas. Igual que hizo con los israelitas.

FIN DEL TOMO I

Niños y mayores se deleitan con las historias, y especialmente la juventud tiene predilección por los libros de historias y aventuras. No hay duda de que la Santa Biblia es el libro más famoso de la Humanidad, pero algunas partes de su texto pueden resultar poco interesantes para el lector que busca una lectura amena.

La idea de seleccionar los relatos y aventuras más prominentes de la Sagrada Escritura tuvo tal aceptación que ha sido necesario en los últimos veinte años repetir las ediciones, pues los jóvenes lo han leído con interés y muchos maestros de Escuela Bíblica Dominical lo han usado de texto básico para sus lecciones.

Recomendamos toda la colección que abarca el Antiguo y Nuevo Testamentos.

